



KATE L. MORGAN

*Adorable
inocencia*



Adorable
Inocencia

KATE L. MORGAN

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

PRÓLOGO

Si él fuera un plebeyo, si fuera un hombre sin fortuna, sin título, y, si adoleciera de falta de carácter, habría caído en la trampa cuidadosamente urdida. Jason Bennet Craven, cuarto conde de Whernside, había embarcado en el Galatea, el velero de tres mástiles propiedad de los Craven. Huía de Inglaterra, y del peligro que la arpía lady Crowe representaba para él. La dama era una manipuladora que se mantenía siempre acechando a la presa para atraparla entre sus redes. Esperaba el momento idóneo para atacar y tragarse vivo todo lo que tuviera libras. Ya lo hizo en el pasado cuando atrapó al ingenuo y anciano marqués de Theare, lo sedujo obcecándolo, y logró casarse con él, pero el anciano había muerto de repente, y ella había derrochado su fortuna en largos y complicados pleitos con los herederos legítimos que la acusaban de asesinato. Jason había ignorado la maledicencia de la dama cada vez que asistía a diversas fiestas y eventos a los que también acudía la mujer atraída por su cuantiosa fortuna.

Lady Crowe, con una sola palabra, había decidido que sería la cuarta condesa de Whernside. Él, con una sola mirada, había decidido que jamás lo sería, aunque había escapado de Londres y su trampa por puro milagro.

Ahora, mientras navegaba por el Mar Irlandés con rumbo a la Isla de Arran, el lugar más escondido de todos, y donde nadie podría encontrarlo, se sentía relajado. Solo su tío materno conocía la existencia de esa propiedad que él había adquirido años atrás en uno de sus viajes. A Jason le encantaba navegar, adoraba la aventura, y, gracias a las maquinaciones de lady Crowe, podría escaparse unas semanas o incluso meses alejado de la corte, y de las innumerables fiestas que ya lo hastiaban. Mientras se encontraba navegando, se sentía feliz, y poco le importaba el resto del mundo.

CAPÍTULO 1

Debía estar muerto porque se sentía así.

Jason despertó con la boca llena de tierra húmeda, la escupió, e intentó abrir los párpados, pero le pesaban. Al tratar de masajearlos para aliviar la sensación de picor, percibió que tenía las yemas de los dedos arrugadas: como si hubiera pasado mucho tiempo dentro el agua.

Tosió sal, sufrió un escalofrío, y, de repente, lo recordó todo: el Galatea, su precioso navío, había naufragado.

La tormenta se había abatido sobre el barco con inusitada fuerza haciéndolo zozobrar de izquierda a derecha. Toneles llenos de alimentos, y varios enseres que estaban colocados encima de la cubierta para su larga estancia en la Isla de Arran, habían terminado en el mar, y lo último que recordaba era la sensación inquieta de que iba a ser engullido sin remedio en las profundidades. A pesar de su experiencia como marino en el manejo del Galatea, nunca había contemplado una escena tan espantosa pues el mar había levantado unas olas enormes que estrellaba contra el barco sin cumplirse un minuto entre una y la siguiente, aunque lo peor estaba todavía por llegar. El temporal se cerró sobre el barco con tanta violencia, que aunque el barco era sólido, con cada ola se hundía un poco más. El segundo de abordó y dos marineros hicieron apoyo común, pero el grumete más experimentado anunció que existía una vía de agua que ya alcanzaba los dos pies de altura. Todos hicieron piña y comenzaron a achicar agua, pero resultó inútil. El viento huracanado quebró el trinquete, y poco después la mayor amenazó con desplomarse sobre ellos. Sus sacudidas hacían balancear el barco de una forma tan precaria y peligrosa, que no quedó más remedio que cortarlo, aunque ninguna de las medidas tomadas pudo impedir el desastre: el Galatea terminó naufragando.

Jason hizo recuento de su estado físico: las piernas y los brazos respondían a sus órdenes: señal de que no tenía nada roto, pero estaba dolorido, también agotado. Apoyó las palmas de las manos en la tierra y con esfuerzo logró ponerse de pie. Todo estaba oscuro a su alrededor, aunque escuchaba con nitidez el ruido del agua al deslizarse y después golpear en un chapoteo constante.

No podía verla, sin embargo, el agua estaba justo detrás de él.

Inspiró profundamente para apaciguar la sequedad que sentía en el cielo de la boca, también el escozor de la garganta. Examinó el lugar donde se encontraba. Parecía una cueva, aunque la escasa luz no le permitía hacer una valoración más precisa sobre el entorno. Ignoraba si era de día o de noche, si era lunes o domingo, solamente era consciente de lo que había pasado: estaba perdido, sentía las rodillas temblorosas, y los vellos de la nuca como puntas de alfiler.

Se animó a dar un paso, luego otro, hasta que comenzó una caminata en círculo para reconocer el territorio. Al soltar el aire de golpe e insuflar de nuevo, sintió un escalofrío que le recorrió la columna. Comenzó a tiritar, y supuso que el aliento que exhalaba debía parecerse al humo de las chimeneas de Londres cuando humean porque están atascadas.

Extendió los brazos y tocó con las manos la piedra fría: percibió los diversos relieves y las grietas donde crecía el musgo alimentado por la humedad. Arrastraba los pies para evitar un tropiezo, y, de pronto, llegó a un hueco que se abría hacia un pasillo mucho más estrecho. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, divisó un pequeño estanque sobre el que caía un pequeño salto de agua. Él, había estado muy cerca de la orilla, por ese motivo tenía los zapatos mojados, en realidad tenía toda la ropa empapada.

Debía encender un fuego o moriría congelado, pero salvo tierra y piedras, en la cueva no había nada, con la excepción del agua aunque ignoraba si era dulce o salada, por ese motivo se decidió a probarla. Cuando llegó hasta ella y sorbió de su mano, su sorpresa fue inmediata; era dulce y fría.

Lo primordial era hallar una salida, encontrar un haz de luz para orientarse, y buscar algo de leña para prender un fuego porque empezaban a entumecerse los dedos de los pies, también las manos que las sentía torpes. Se las llevó a la boca y sopló aliento sobre ellas tratando de templarlas. El agua del pequeño estanque estaba helada, mucho más que la del mar. Decidió adentrarse por el estrecho pasillo para averiguar hacia dónde lo conducía.

Cuando llevaba varios pasos caminando en línea recta, observó que se extendía hacia él un espacio amplio y seco. A su izquierda divisó un rayo de luna y supo que la cavidad estaba abierta en el techo. Cuando el sonido del agua quedó amortiguado en la distancia, percibió otro muy diferente, era el mar. Podía oírlo con claridad golpeando las rocas con ese sonido peculiar que se asemeja al siseo de espuma cuando se deshace.

Cruzó los pasos que lo separaban del claro de luna porque desde allí podía observar con más detenimiento la altura y la profundidad de la cueva.

Se ayudó con las manos tanteando las paredes de roca, en algunos puntos era lisa, en otros rasposa, y cuando llegó a una zona más elevada, alzó el rostro hacia arriba. La luna estaba justo encima de él. Soltó un suspiro largo y se sentó en la polvorienta tierra. ¿Cómo había llegado al interior de la cueva? ¿En qué hora de la noche había caído al mar? No recordaba nada salvo el frío que lo había abrazado cuando su cuerpo tocó el agua y se sumergió en una completa oscuridad. ¿Qué había ocurrido con el resto de la tripulación? Los interrogantes que había pospuesto tras despertar de la inconsciencia, los analizaba uno a uno.

Durante varias horas no se movió de su posición sentada. Apenas sentía los pies, si bien no podía apartar la mirada de la luna esperando que desapareciera de su campo de visión. Mucho tiempo después, sintió una rampa en una de las piernas debido a la posición forzada que mantenía. Percibió que el alba comenzaba a despuntar en el cielo, e inundó con una luz blanquecina el hueco donde estaba sentado. Poco a poco, el interior de la cueva se fue iluminando como un farol de gas en el puerto cuando la noche ha caído por completo. La cavidad era más pequeña de lo que había supuesto, y tenía puntos escarpados que hacía inaccesible el acceso a otras partes. Podía verlas con perfecta claridad. Recorrió con pasos firmes cada hueco y saliente intentado encontrar una salida al exterior, pero sin hallarla. Resignado, regresó sobre sus pasos hacia la cavidad en la que había despertado, y, gracias a la claridad de la mañana, pudo ver el pequeño lago. Se percató que en realidad la cueva era una gruta que tenía una apertura hacia el exterior parcialmente sumergida en el mar. El agua comenzaba a mostrarse de un magnífico color azul, y, al fondo, a la entrada o salida, se veía de color blanco. Dudó un momento antes de introducirse en el agua porque ignoraba las corrientes marinas de esa zona en concreto.

Finalmente se lanzó de cabeza al agua fría.

Nadó con brazadas largas y medidas, pero la ropa mojada le resultaba un impedimento. Cuando casi llegó a la boca saliente, se sumergió por completo y cruzó el umbral hacia el exterior. Los rayos de luz lo cegaron momentáneamente. Con un impulso hacia arriba quedó flotando en el mar helado. Se alejó unas brazadas para tener una mejor visión sobre el terreno que era escarpado y rocoso con algunos picos bajos. Nadó hacia la derecha, y descubrió un cabo que se introducía en tierra firme hasta concluir en un embarcadero natural: algunas de las rocas estaban tan erosionadas que eran completamente planas. Apenas estaban a un palmo del agua. La parte izquierda

del estrecho golfo que se situaba junto al cabo, lo componía una pared de roca maciza que se elevaba hasta las dos yardas de altura, y en la derecha, mucho más baja y accesible, divisó una gruta que se introducía hacia el interior de otra cueva.

Comenzó a nadar hacia tierra firme buscando un punto de apoyo accesible para salir del agua. Cuando lo encontró, muy cerca de la entrada de la gruta, llevó cuidado de no hacerse daño porque tenía las manos completamente arrugadas, apenas las sentía. Con un suave impulso se asió a las rocas, y, de un solo movimiento, quedó de rodillas. Permitió que parte del agua se escurriera de su ropa antes de alzarse de pie y contemplar lo que se extendía ante sus ojos. Ahora estaba convencido que la tierra que pisaba era una isla pequeña, para cerciorarse, comenzó a recorrer la parte más accesible. Tras unas horas caminando sentía la respiración entrecortada y el corazón palpitándole en las sienas, aunque no interrumpió la subida ni se paró a contemplar el acantilado que quedaba a su izquierda. El sol comenzaba a calentarlo por la espalda, y, cuando al fin se giró sobre sí mismo, comprendió que había subido una altura considerable. Sin dudarlo continuó su avance y se encontró con un saliente que se abría y se ensanchaba dando paso a hermosas praderas. No había árboles. El vuelo de algunas aves alrededor suyo le arrancó una mueca de optimismo. Podía estar herido, muerto, si bien estaba vivo y con ganas de reunirse de nuevo con su tripulación. Él había escogido a cada uno con mucha atención pues le gustaba rodearse de hombres capacitados.

Un rugido en su estómago le hizo darse cuenta de que estaba hambriento.

Comenzó a reconocer el terreno con cautela. Caminó durante mucho tiempo, aunque en ocasiones le parecía que caminaba en círculos. Durante su recorrido no encontró nada salvo arbustos y hierba. Nada de vida que le reportara un poco de confianza. Tiempo después se sentó en el esponjoso suelo cubierto de verde, alzó el rostro hacia el cielo, y entornó los párpados. El sol brillaba en todo su esplendor, pero al fijar la vista sobre el horizonte, se percató de la espesa niebla que gravitaba frente a él, y que le impedía ver más allá: le pareció un muro infranqueable. La ropa prácticamente se le había secado por completo, también el ánimo con el que había comenzado la subida. Sin nada que llevarse a la boca no podría sobrevivir.

Pronto caería la tarde y el ocaso se cerraría en torno a él.

Se preguntó por enésima vez si el acceso a la gruta tendría una entrada desde tierra y no desde el mar, aunque mucho se temía que si quería entrar de

nuevo tendría que sumergirse en el agua fría, y, lo que menos le apetecía era dormir de nuevo en tierra helada, y con el olor del moho como compañero de cama.

Resignado aunque determinante se propuso buscar algo de madera y unas piedras para intentar encender un fuego. No encontró nada salvo silencio y un manto verde que lo cegaba. Inspiró profundamente y comenzó a bajar la pendiente hasta llegar al embarcadero. Regresaría al interior de la cueva por donde había salido, y por la mañana retomaría el camino contrario e intentaría recorrer la isla desde el oeste hacia el norte.

Estaba convencido que encontraría bayas, hiervas comestibles, y algún pájaro que podría cazar para alimentarse.

Whernside House, condado de Middlesex, Inglaterra

El conde miró a su esposa mientras negaba con la cabeza. En la noche tenían que asistir al baile que ofrecían los marqueses de Shaft, pero él había declinado su asistencia. El último escándalo generado por su hijo y heredero había levantado ampollas en ambos nobles. Lady Shaft, la hija del marqués, estaba enamorada de su hijo Jason que se había convertido en el mayor libertino de todo el condado, y, ante la indiferencia de él, la dama había soltado una bomba entre el selecto grupo aristocrático que había hecho temblar los mismos cimientos de la nobleza del reino.

—Sabes que la dama miente —dijo la mujer con rostro preocupado.

—A tu hijo no le preocupó mi honor ni nuestro buen nombre cuando sedujo a la hija de mi mejor socio.

Julia Craven miró a su marido con ojos entrecerrados.

—Nuestro hijo no es estúpido, y lo creo inocente en esta falsa acusación.

Michael Craven, tercer conde de Whernside, volvió a negar. Sus amenazas de recortarle los ingresos que destinaba a juergas y diversiones no habían surtido efecto, pues su único hijo y heredero seguía actuando como si el escándalo no fuese con él.

—Lo hemos consentido demasiado —dijo el padre muy serio.

—Es joven, tiene que divertirse —lo excusó la madre.

Michael soltó un suspiro largo.

—Tendremos que enviarlo lejos de Inglaterra.

—Lady Shaft ha puesto su mira en el hombre equivocado —insistió la

esposa.

El conde no lo tenía tan claro pues era una de las más deseadas herederas del reino. Si era verdad que su hijo la había seducido como la dama proclamaba, Jason tendría que dar la cara y asumir su responsabilidad, pero además se había creado un problema de órdago porque tenía que cumplir un compromiso matrimonial con el vizconde de Portman que había sido oficializado cuando Jason tenía diez años y Elizabeth cinco.

El heredero hizo su entrada en el gran comedor ajeno a la conversación que mantenían ambos progenitores.

—Buenos días —saludó el hijo con buen ánimo, el padre y la madre lo miraron sin responder—. ¿Ha ocurrido una desgracia?

El joven lo decía por las caras de duelo de ellos.

—Un escándalo —respondió el padre sin dejar de mirarlo.

El heredero aceptó el té que el mayordomo le traía, y tomó una tostada a la que le puso una cantidad importante de mantequilla. Jason adoraba comerlo todo con mantequilla templada.

—Me cuesta entender que estés tan tranquilo cuando todo a tu alrededor puede derrumbarse —le dijo el padre.

El hombre seguía masticando despreocupado. Tomó un gran sorbo de té, y decidió responder. Conocía las artimañas de lady Shaft.

—No será la primera ni la última mujer que trate de atraparme con mentiras.

—¿Son falacias? —preguntó el conde.

Jason dejó el resto de la tostada sobre el bonito plato decorado con flores silvestres, y clavó la mirada en su progenitor.

—Soy culpable de robarle un par de besos, e inocente en todo lo demás.

—Yo te creo —se apresuró a decir la madre que miraba a su vástago con atención.

Jason era muy apuesto. Alto, fornido. Con unos increíbles ojos azules que brillaban con inteligencia. Como era consciente de su enorme atractivo, ninguna dama se le resistía, y por ese motivo se había convertido en el mayor libertino de esa parte del reino.

—Pero la dama sigue esperando una respuesta por tu parte —continuó la madre—. Y el vizconde de Portman otra.

Jason ya lo sabía. Desde que había cumplido los dieciocho años, las herederas hacían cola para que se metiera entre sus piernas, algunas para

pasar un buen rato, otras para disfrutar de una buena vida con sus libras y el título que heredaría en el futuro.

—Respuesta que jamás recibiré —contestó firme—. Nunca seduzco a nobles por muy bien dispuestas que estén —confesó sin bajar la vista del rostro de su padre.

Michael hizo un gesto afirmativo.

—Por ese motivo —dijo el conde—, he declinado la invitación del marqués para esta noche —Jason siguió comiendo despreocupado—. Pero tienes que abandonar Inglaterra durante un tiempo, aunque antes debes hablar con el padre de Elizabeth.

Ahora sí que captó el conde la atención del hijo.

—¿Marcharme de Inglaterra? —estaba atónito—. Hoy comienzan las carreras de Ascot...

—Embarcarás en el Galatea y partirás hacia Escocia —le dijo el padre muy serio—. Te mantendrás un tiempo en nuestra mansión de Edimburgo hasta que todo este escándalo se calme.

—¿Tengo que marcharme por el embuste de una mujer? —Jason estaba estupefacto.

—Por la implicación de tu nombre en una supuesta seducción.

—Mataré a la dama si sigue urdiendo sus mentiras para atraparme.

El padre no se creía la amenaza del hijo, pero ahora tenía más claro su inocencia en todo ese sórdido asunto.

—Te marcharás a Escocia —repitió el padre—. Y regresarás para tu boda con lady Berkeley.

—No reconozco ese compromiso —afirmó serio—. El acuerdo se estableció cuando era un niño, pero ya soy un hombre que decide por sí mismo.

Lady Berkeley era la adolescente de trece años más antipática que había conocido nunca. La detestaba. Jamás iba a casarse con ella.

—El vizconde y yo creímos que vuestra unión era buena para las dos familias —se justificó el padre.

Jason lo imaginaba, pero la muchacha era tan sibilina que le provocaba escalofríos de disgusto. Había coincidido con ella en un evento social, y segundos después huyó despavorido. Era la dama más desagradable de todas. La más creída, y petulante.

—No deseo casarme con ella.

—¡Jasón, qué dices! —exclamó la madre.

Jason maldijo violetamente, y perdió el apetito de inmediato.

—Me gustaría escoger a mi futura esposa.

—Habla de ello cuando regreses de tu viaje —medio el conde.

—Es que no deseo irme en estos momentos —alegó el hijo con disgusto.

—Te encanta navegar —le recordó el conde.

Era cierto, pero odiaba desterrarse por las pretensiones de una mujer. Sí que le había dado algunos besos, incluso algunos acompañados de caricias atrevidas, pero él nunca le había prometido nada ni había culminado la seducción como ella aseguraba.

Jason maldijo a lady Shaft, y a todas las mujeres como ella, incluida la víbora que tenía como prometida.

La pendiente desde la ladera norte era un poco más complicada. Ya casi había alcanzado la cima, y, aunque la niebla seguía siendo espesa, no alcanzaba a la isla. Le pareció curioso que en esa parte más sombría si crecieran arbustos más altos y recios. Entre ellos encontró algunos nidos con huevos, se metió algunos en los bolsillos de su chaqueta con mucho cuidado. Se sentía famélico, al borde del mareo por la falta de alimento, pero si algo tenía aprendido durante las semanas de navegación que había pasado en alta mar, era a cultivar la cualidad de la paciencia.

Con la respiración agitada y las manos llenas de raspones, sus pies alcanzaron al fin el último tramo de subida, cuando lo superó, se sentó sobre el borde y dejó las piernas colgando sobre el precipicio que se extendía bajo él. Metió la mano en uno de sus bolsillos y tomó un huevo con mucho cuidado, rascó el borde con la uña, temía romperlo y que su preciado jugo cayera al suelo donde quedaría inservible. Tomó una piedra con el canto afilado y le dio un golpe seco y medido, la cáscara se agrietó en varios puntos, pero él siguió en su empeño. Le hizo otra muesca justo en el lado contrario, y cuando logró hacerle dos agujeros, chupó de uno de ellos hasta que el fluido del interior fue deslizándose por su garganta. La yema le costó un poco más, pero absorbió con decisión, y deleitándose en el sabor y la textura. En un momento se terminó los cuatro huevos que había tomado, y se prometió regresar a por más en breve.

El hambre aumentaba, aunque había recuperado las fuerzas para seguir su búsqueda de alimento, y de madera para quemar.

Caminó con determinación, y su sorpresa fue muy grande cuando se topó con la entrada a una cueva. En ese lado de la isla no había pradera y sí

montículos llenos de arbustos, algunos de ellos secos por la brisa salada. Sonrió satisfecho, le servirían para encender un fuego y alimentar la madera cuando la encontrara.

Se adentró con mucha precaución en el interior oscuro y húmedo. Era consciente que en la isla no había animales salvajes, porque de haberlos se habría tropezado con ellos en el día anterior. La tierra de la cueva olía a moho y azufre. Se fue guiando en la oscuridad tanteando los pasos y sin apartar la mano del relieve de la pared, lo último que pretendía era trastabillar y quedar malherido en el interior. Llegó a un ensanche con tres cavidades que se separaban, dudó en tomar alguna de ellas, pero tan hambriento como estaba no lo pensó y regresó sobre sus pasos. Había encontrado un lugar donde resguardarse durante la noche, aunque el agua para saciar su sed se encontrara mucho más abajo, y en otra cueva inferior.

Logró reunir una cantidad ingente de ramas, forraje y algunos troncos de arbustos más grandes. Los separó del resto y los llevó a un claro que estaba resguardado por un promontorio algo elevado. Buscó dos piedras lisas con cantos, las golpeó muy cerca del forraje hasta conseguir la chispa, cuando se produjo, inmediatamente sopló para avivarla. La débil llama titiló hasta que prendió con decisión. Le fue añadiendo troncos hasta que obtuvo un fuego considerable en tamaño. Buscó algunas piedras grandes y las dispuso alrededor para proteger el fuego de la brisa marina. Cuando logró su objetivo, y las llamas alcanzaron una altura considerable, se descalzó y acercó los pies para que se calentaran. Cerró los ojos extasiado. La sensación placentera era demasiado grande. Ahora tenía que procurar que no se apagara mientras reunía más leña para llevarla hacia el interior de la cueva.

En las siguientes horas arrastró piedras grandes, y todo lo que creyó que podría utilizar para alimentar el fuego. Descendió por el precipicio para buscar más huevos, en el camino tropezó con unas bayas rojas. Él no las conocía, pero era tanta su hambre, que se arriesgó a comerlas a pesar del peligro de sufrir una indigestión o un envenenamiento. Afortunadamente eran dulces y jugosas: saciaron su apetito durante varias horas.

Cuando el sol de nuevo comenzaba a ocultarse, se adentró en la cueva llevando consigo unos palos ardiendo. Como había preparado todo lo necesario para encender una fogata en el interior, no le costó nada que prendiera, y aunque al principio la cavidad se llenó de humo, las suaves corrientes interiores lo disiparon. Las llamas lamían los troncos hacia la derecha y luego hacia la izquierda

Jason se sintió muy satisfecho.

Había logrado reunir muchas ramas verdes y las dispuso para que formaran un lecho junto al fuego. La leña más gruesa la tapó con abundante hierba, y las ramas más finas las puso en dirección a los pies. Se descalzó de nuevo, se quitó la chaqueta, y la colocó formando una fina almohada, se tumbó sobre ella y cerró los ojos.

Estaba completamente agotado pero vivo. Caliente, aunque precariamente saciado.

CAPÍTULO 2

Se sentía extrañamente observado.

Giró su cuerpo un tercio hacia las rocas que el mar lamía en pasadas constantes, como si buscaran algo entre sus oscuros recovecos. Se encontraba descalzo encima de una lo bastante grande para soportar su peso, intentaba atrapar un pez con un arpón que había fabricado con una rama fina y una piedra con la punta aguda. No obstante, cada vez que lo intentaba, su esfuerzo resultaba en vano. Los peces eran demasiado rápidos y escurridizos, y, él, torpe debido al hambre que sentía. Seguía alimentándose de bayas y huevos, pero el escaso alimento no saciaba su abundante apetito. El sonido de varios pájaros volando sobre su cabeza le hizo alzar el rostro hacia el cielo para contemplarlos. Ignoraba que se trababa de ostreros que siempre picoteaban en busca de moluscos marinos, así como chorlitejos, y otras aves limícolas propias del lugar donde se encontraba.

Se le hizo la boca agua contemplándolas e imaginándolas dando consistencia a un estofado con patatas.

Meditó seriamente en hacerse una especie de tirachinas para tratar de cazar alguna. Asado en el fuego debían de resultar deliciosos, si bien la cuestión apremiante era, ¿cómo fabricaba el tirachinas? En la isla apenas había ramas, piedras y hierba. Tomó una roca pequeña y la lanzó con fuerza, pero tratar de acertar al pájaro era poco menos que imposible. Las aves se dispersaron en todas direcciones, por ese motivo regresó su atención a los peces que trataba de pescar con el primitivo arpón. Se concentró de nuevo, y lanzó la vara con precisión. Erró el lanzamiento.

Masculló ostensiblemente ante su falta de puntería.

Entrecerró los ojos observando el entorno. Las piedras, algunas con los bordes cortantes, lo disuadían de tratar de buscar moluscos porque no tenía las herramientas apropiadas: como por ejemplo una navaja afilada.

Un chapoteo inesperado atrajo su atención hacia unas rocas más grandes y alejadas del embarcadero. Caminó con cuidado hacia ellas tratando de ver qué había provocado las salpicaduras. Interiormente rezó para que fuera un pulpo que hubiese quedado atrapado, o un pez lo suficientemente grande para satisfacer su apetito, aunque lo creía improbable.

Cuando llegó al lugar se subió con cuidado a una de las rocas para otear

como las olas golpeaban los cantos, pero el ruido que había escuchado no se parecía en nada al siseo de espuma que se deshace: era como si algo hubiera caído al agua desde una altura considerable. Giró la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha intentando atisbar qué era lo que había llamado poderosamente su atención, pero no había nada salvo agua, roca, y el musgo que crecía entre ellas.

De pronto sintió que unos ojos se clavaban en su nuca. Tensó la espalda ante el vuelco que sintió en su estómago. La sensación era muy desagradable porque estaba convencido que estaba solo en la isla. Salvo aves y hierba no había nada, ¿o se equivocaba? Un presentimiento le hizo retroceder con tan poco cuidado, que una piedra con bordes agudos le causó un corte profundo en el talón. La sangre se mezcló con el musgo tornándolo rojo, y él se quedó en la tesitura de no saber qué hacer a continuación porque la confusión lo sobrecogía.

Se dijo que lo más importante en ese momento era no perder la calma. Tenía que mantenerse sereno y pensar con claridad.

Estaba completamente solo en un lugar desconocido, ¿o no? Aunque lo había intentado, no había podido abarcar toda la isla: era demasiado grande para hacerlo en unas horas. Necesitaría días e incluso semanas para lograrlo.

Había evaluado los recursos que tenía a su alcance. Observado con atención todo lo que tenía a su disposición como el agua de la gruta, los nidos con huevos de las diferentes aves que habitaban el lugar, y las bayas que crecían en la ladera norte de la isla. Había logrado encender un fuego. Eso podría parecer algo trivial, sin embargo, un fuego tenía un buen número de usos. Entre ellos, y el más básico, era el de obtener una buena dosis de moral, porque hacer una buena fogata se había convertido en una tarea primordial y haberlo logrado le levantó el ánimo hasta un punto increíble. Como aplicado marineró conocía que el fuego también se utilizaba para destilar agua, cocinar y proveer algo de luz y de calor para disuadir a las alimañas durante las noches cerradas.

El corte en el pie le escocía bastante. Rasgó un trozo de su camisa por el bajo y se hizo una venda improvisada, si bien la tela se mojó por completo un instante después, y, aunque lo intentó, ya no volvió a escuchar el chapoteo que había llamado poderosamente su atención. Nada, salvo el sonido del mar al golpear las rocas para volver a alejarse.

Como tratar de pescar algo comestible se había convertido en tarea imposible, decidió elaborar una trampa para atrapar a una de esas aves que

volaban sobre su cabeza, y que trinaban con un sonido estridente. Así que se dedicó a la tarea de buscar los diferentes utensilios que iba a necesitar. Cuando llevaba varias horas buscando de forma infructuosa, paró sus pasos, y miró al cielo. Era un completo imbécil: no tenía caja, ni hilo para intentarlo, y durante un minuto largo se dejó abatir por el desaliento.

Toda su vida había estado marcada por la facilidad.

Se había criado en una de las mejores familias de Inglaterra. En la más completa riqueza y, aunque había recibido algunos reveses, como acusaciones de seducción, trampas en el juego, y algunos duelos prohibidos, todo había sido fácil para él. Ahora el destino le echaba un pulso, y mucho se temía que en esta ocasión no saldría vencedor.

Jason recordó su niñez, una niñez protegida por dos padres amorosos. Lo habían tenido cuando su madre ya creía que no podría engendrar un heredero. No estaba acostumbrado a pasar necesidad de ningún tipo, y, a pesar de ello, no quería rendirse. Sabía que estaba solo, pero el confinamiento, el hambre, y la incertidumbre, le hacían ver y oír cosas extrañas... incluso imaginarlas.

Sin poder evitarlo pensó en su padre, el hombre que le había enseñado todo sobre el honor, la responsabilidad. Lo extrañaba, a pesar de su carácter seco, y sus ademanes bruscos. Pensó en su madre, en sus bellos ojos azules, en sus manos suaves. Un accidente se los llevó, y Jason maldijo al destino porque también podía llevárselo a él. Inspiró profundamente, y movió la cabeza de forma enérgica para quitarse de encima la sensación compasiva que sentía hacia sí mismo.

¡Tenía que sobrevivir!

Caminó sin apoyar el pie lastimado, y se dispuso a regresar a la cueva, pero antes de girarse para emprender el recorrido, miró de nuevo al horizonte, a la espesa niebla que se alzaba como un muro blanco frente a él. Sonrió, acababa de ocurrírsele un nombre muy adecuado para la isla: Muro de piedra. Se preguntó por qué motivo la niebla no lograba alcanzarla: quedaba suspendida frente a él como una amenaza constante. Un recordatorio de lo que se encontraría si se atrevía a cruzarla buscando una salida a su confinamiento. Dejó de pensar en ello para centrarse en la tarea que tenía que efectuar.

Era Jason Bennet Craven, cuarto conde de Whernside, y no pensaba darse por vencido.

Estaba decidido a recorrer la totalidad de la isla. Conocer palmo a palmo

cada lugar y risco escarpado. Necesitaba, incluso más que respirar, comprobar por sí mismo que estaba realmente solo. La extraña e inquietante sensación de estar vigilado no disminuía ni un ápice. Tampoco la apremiante necesidad de encontrar algo útil para abandonar la isla e ir en busca de algún barco que cruzase por ese perdido lugar donde se encontraba. La espesa e impenetrable niebla no se desvanecía con los rayos de sol, de pronto parpadeó al tener una revelación, si el Galatea se encontraba cerca de las costas de Irlanda cuando lo abatió la tormenta, pero el barco había ido a la deriva mucho tiempo, y podía haberse desplazado hasta las Islas Hébridas al norte, un territorio desconocido e inhóspito para los diferentes navegantes que surcaban el océano Atlántico. Otro detalle importante le hizo enarcar las cejas con alivio, al ser el mes de junio, el agua no estaba demasiado fría, la isla tampoco. Jason se miró la ropa como si la viera por primera vez. Llevaba una camisa azul, un chaleco de un azul más intenso, y pantalones de tela de paño. La chaqueta era de lana fina en un gris oscuro. También llevaba un pañuelo rojo anudado al cuello, y que lograba molestarlo cuando realizaba tareas más arduas como mover piedras o llevar ramas para el fuego.

Recordó el frío que sintió en el interior de la gruta cuando despertó de la inconsciencia, pero valoró que era causado por la ropa mojada y por estar tirado en el frío suelo de tierra. Hizo un giro completo sobre sí mismo, y contempló el muro blanco de niebla frente a él. Era incapaz de distinguir nada. Ignoraba si había más islas, y de haberlas, si eran más grandes o más pequeñas. Si tenían pueblos costeros y llenos de actividad en sus laderas. Jason meditó durante un instante largo, sin dejar de pensar en todas las alternativas posibles. Continuó su recorrido con paso audaz y férrea determinación hasta la zona más abrupta de la isla. La espesa maleza y los arbustos bajos le dificultaban el avance, si bien él se había provisto de una vara larga y flexible con la que se ayudaba a apartar la vegetación. Se percató que comenzaba a respirar con dificultad, señal inequívoca que la pendiente se había agudizado, aun así continuó su avance hasta el extremo más alejado de tierra. En el recorrido se encontró varios agujeros que bien podrían ser de ratas o topos, en cualquier caso no se detuvo a analizar qué clase de animales albergaban en su interior.

Jason usó la vara como bastón para apoyarse porque la pendiente era muy pronunciada. Estaba dispuesto a llegar hasta el final y comprobar por sí mismo qué había en esa parte tan alejada de la isla. De pronto, su pie derecho quedó trabado en uno de los tantos agujeros que había sorteado hasta ese momento, la

pierna se le hundió en la tierra hasta la mitad del muslo. Soltó la vara en el suelo y trepó con ambas manos tratando de salir, en un instante sintió que la tierra cedía bajo su peso como si hubiese caído entre arenas movedizas. Cuanto más se empeñaba en salir, más empeño ponía la tierra en engullirlo, ¡se deshacía en torno a él! Percibió que caía aunque ignoraba hacía dónde, su cuerpo se deslizaba por la fuerte pendiente hacia abajo sin freno ni control. Si no lograba asirse a algo terminaría cayendo al vacío y estrellándose contra las rocas del acantilado. Agarró la gruesa rama de un arbusto, aunque le pareció que tenía las manos impregnadas en aceite porque se resbalaba, seguía deslizándose junto a la tierra y piedras pequeñas que lo seguían en su caída. Se golpeó el vientre con una piedra grande, después la barbilla hasta el punto que sintió crujir los dientes. Otra piedra más, y entonces su cuerpo dejó de resbalarse para caer hacia atrás. El fuerte golpe en el agua le hizo perder la conciencia.

Jason Bennet Craven no había caído entre las rocas como había supuesto, sino directamente al mar.

Whernside House, condado de Middlesex, Inglaterra

La fiesta en la mansión era tan espectacular que los nobles hablarían sobre ella durante mucho tiempo. Jason miró a sus padres que conversaban con los duques de Radcliffe y de forma bastante animada. Un mayordomo pasó con una bandeja con copas de champán y él tomó una. No había terminado de beber el primer trago cuando recibió un golpe en su espalda.

—Graduado con honores —su amigo de la universidad, el barón Winslet, lo felicitaba sincero.

—Nunca creí que terminaría mis estudios —no era una queja pues Jason había disfrutado mucho sus días en la universidad.

—Ahora tendrás que relevar a tu padre en el condado, ya estás preparado.

No, Jason no estaba preparado para ocuparse del patrimonio familiar. Tenía planeado hacer un viaje a las colonias, y lo iba a realizar en breve.

—Mi padre es muy capaz todavía.

Michael Craven y su esposa lo habían tenido a él siendo mayores, ahora eran prácticamente unos ancianos, pero su padre tenía todavía fuerza y vitalidad para seguir ocupándose del condado.

—Tengo planeado un viaje —reveló animado.

El amigo lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Un viaje?

—Quiero visitar Nueva York —confesó emocionado.

—¿Tus padres están de acuerdo? —preguntó el amigo sin creérselo.

—Todavía no se lo he comunicado, pero tengo la intención de partir pronto.

Jason miró a su madre que sonreía de forma amable a la hija del marqués de Wilkinson, era muy bonita, pero demasiado ambiciosa, aunque si algo tenía que agradecer del escándalo desatado años atrás por lady Shaft, es que las madres apartaban a sus hijas de él como si las apartaran del mismo diablo, situación que a Jason le divertía.

—Ahora mismo tendrás que dar un heredero al condado —Jason tosió al escuchar las palabras—. Lady Berkeley espera que el momento.

Él ya había mantenido una conversación con Elizabeth sobre el compromiso entre ambos y su reticencia a continuarlo, pero ella no aceptaba una ruptura amistosa. Le había ofrecido un tiempo valioso que él necesitaba para aclararse sus ideas. Jason no quería dar un disgusto a sus padres terminándolo de forma tajante, y valoró que cuando ellos ya no estuviesen, entonces rompería de forma definitiva el compromiso y sería libre.

—Que acabo de graduarme y tengo que ver mundo —respondió evadiendo en parte su responsabilidad.

El amigo soltó un suspiro largo.

—¿Y qué has hecho hasta ahora? ¡Disfrutar a manos llenas!

Jason terminó sonriendo.

—Y pienso seguir haciéndolo —confesó—. Cuando me canse de recorrer mundo, de disfrutar la vida al máximo, me entregaré a la ardua tarea de procurar un heredero.

—¿Con lady Berkeley?

Algo en el tono de su amigo le hizo entrecerrar los ojos. ¿Por qué le traía a colación el nombre de su prometida?

—Me gustan las damas menos complicadas.

—¿Menos complicada? —preguntó el amigo.

Jason lo miró con ojos brillantes.

—Ya sabes, una que no se meta en mis asuntos, y me deje vivir la vida como me plazca.

—Hablas como un consumado egoísta —le reprochó el amigo.

—Privilegios de nobles —respondió el otro franco.

—Los nobles también tenemos responsabilidades.

Jason miró a Bruce Connor que ostentaría en el futuro un título menor. Era el mejor amigo que tenía, el más sincero, y sentía por él mucho afecto.

—Si no te conociera tan bien —comenzó—, diría que te atrae mi prometida.

—Es una mujer muy hermosa —Bruce no había desmentido su suposición.

Jason se quedó pensativo.

—Quédatela entonces...

Bruce Connor se quedó atónito.

—Lady Elizabeth no es un objeto que puedas regalar —el amigo estaba realmente ofendido.

Jason terminó por soltar un suspiro largo.

—Como amigo te informo que pienso romper mi compromiso con ella, pero esperaré un tiempo para no disgustar a mis padres.

—¿Ese es el motivo del viaje que quieres hacer?

Bruce era muy listo y lo conocía mejor que nadie. El amigo se quedó pensativo durante un rato largo, y, sin dejar de mirarlo de forma atenta, le espetó.

—Un día la vida puede darte una sorpresa inesperada.

¿Era una advertencia? ¿Una amenaza?

—Ya cuento con ello —respondió sin dejar de mirar a una viuda de apariencia exuberante.

El amigo no dijo nada más.

Poco tiempo después, Jason inició su viaje a las colonias, disfrutó de la libertad que otorga la falta de responsabilidad. Hizo nuevos amigos, sedujo a mujeres de toda condición social, pero cuando regresó a Inglaterra, sus padres ya no estaban vivos...

CAPÍTULO 3

Se despertó de sopetón. Tenía la boca salada y las manos ateridas. Estaba boca abajo en la tierra húmeda de la cueva en la que había despertado por primera vez.

El olor resultaba inconfundible.

Se levantó apoyándose sobre las rodillas, y entonces se percató que le dolía terriblemente la cabeza por el golpe en la barbilla que se había dado mientras se deslizaba ladera abajo. Se tocó la punta con los dedos, y, al momento, ahogó una maldición. Tenía la barbilla hinchada y sensible. Se metió el dedo índice en la boca para tocar los dientes y las encías confiando en no tener nada roto. Ahora comprendía por qué motivo había visto tantos agujeros en el suelo. En esa parte de la isla la tierra estaba hueca por debajo de la hierba, por ese motivo no había podido detener su caída.

Se alzó de su postura en cuclillas y examinó el lugar desde donde caía la pequeña cascada de agua dulce. Se mojó el rostro y se enjuagó la boca para escupir la sangre de la herida interior que se había provocado al golpearse.

Iba aumentando su intranquilidad, mientras su confianza disminuía. Ahora sabía que no estaba solo en la isla. Había caído al mar, eso lo recordaba muy bien, pero ignoraba quién lo había sacado y llevado al interior de la gruta. El silencio a su alrededor se hizo mucho más notorio, y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza.

Quien fuera quien lo había sacado dos veces del agua le había salvado la vida, y siguió ese razonamiento en los siguientes minutos.

El barco en el que navegaba había naufragado, pero él seguía conservando la vida gracias a un salvador anónimo que quizás no se encontraba en la isla, ¿un pesquero ermitaño del lugar? ¿Un pastor solitario? ¿Por qué motivo se mantenía escondido? No tenía respuesta para los cientos de preguntas que se hacía, pero un detalle le había quedado muy claro, no estaba solo, y, por tanto, había decidido a encontrar a la persona que le había salvado la vida en dos ocasiones.

—¡Hola! —vociferó a pleno pulmón—. Sé que está ahí. —Jason había dejado la gruta interior nadando como cada día para salir al exterior y secar al

sol las ropas mojadas. Había colocado el chaleco y el pañuelo en lo alto de una roca. Él estaba subido a otra y oteando cada lugar y rincón que alcanzaban sus ojos. La playa de rocas y maleza se extendía a lo largo de una milla, quizás más.

Escuchó el silencio durante un instante intentado oír alguna respuesta a sus palabras, sin embargo, solo percibía el trinar de los pájaros por encima de su cabeza.

—¡No voy a causarle daño! —exclamó sin pensar, y, al momento, sus labios finos se curvaron en una sonrisa sarcástica ante la estupidez de su comentario: si alguien podía recibir un daño concreto, era precisamente él.

Pero el silencio fue el único acompañamiento que tuvo, y Jason dejó caer los hombros con cierto desánimo. Se giró sobre sí mismo y quedó de pie frente al mar. Sobre su cabeza se encontraba el cielo, aunque este no se unía con el mar en el horizonte. La espesa niebla lo impedía, y de nuevo se preguntó qué habría tras ella. Un fuerte chapoteo en unas rocas a su izquierda le hizo girar la cabeza hacia allí, y, sin dudarle un instante, comenzó una carrera entre las rocas para alcanzar el lugar. Hacerlo sin la protección de unos zapatos o calcetines resultó bastante molesto, pero el ruido había despertado su curiosidad por completo. Llegó sin resuello, y con el corazón acelerado, pero tras las enormes rocas no había nada salvo las olas del mar que las golpeaban. Entrecerró los ojos tratando de vislumbrar algún bote o embarcación pequeña, no obstante, no había nada. Jason se mordió el labio inferior de forma pensativa, al momento, sus ojos se clavaron en un especie de pequeño embalse que se formaba entre el hueco inferior de varias rocas de diferentes tamaños. Dio varios pasos y saltó con mucho cuidado a la más grande para tener acceso al hueco. Flotando en vaivén había un pequeño cofre que llamó poderosamente su atención. Se inclinó sobre su cuerpo e introdujo la mano hasta la altura del hombro para intentar sujetarlo, pero era demasiado grande para asirlo con una sola. Decidido, se lanzó al agua cristalina. El ligero movimiento de las olas lo impulsaban hacia las rocas, aunque logró mantener el equilibrio e introducir la mano para arrastrar el objeto. Cuando al fin lo consiguió, lo sujetó entre el costado y el brazo izquierdo, y, con la otra mano, avanzó en el agua ayudándose con los pies. Buscó un punto accesible para poder salir del agua, y lo logró llevando bajo el brazo el pequeño tesoro. Jason chorreaba agua salada desde el cuello hasta los pies. Los pantalones y camisa tenían un tono descolorido debido a la sal, y el tejido de los pantalones comenzaban a rasgarse por las rodillas de tantas veces que se deslizaba y apoyaba entre las

rocas. Pero era necesario puesto que el único lugar donde había agua dulce para beber era dentro de la gruta, y para entrar por la abertura tenía que introducirse en el mar y nadar unos metros. Hacerlo una y otra vez le arañaba las manos y los pies, y cuando al fin lograba saciar su sed, tenía que volver a salir para ir a la otra cueva donde tenía dispuesto el refugio junto al fuego, y que no permitía que se apagara. Jason pensó que era imprescindible encontrar un objeto para transportar el agua para que le durase más tiempo, así no tendría que introducirse varias veces en la gruta, sin embargo, en la isla no había nada.

Con el cofre entre sus manos se dirigió hacia la roca alta y plana. Se sentó junto a ellos y miró la madera gastada y mojada que sostenía. No tenía cerrojo ni presilla que lo cerrara, por ese motivo se extrañó de que estuviese cerrada. Presionó la tapa pero no logró abrirla, parecía como si estuviera pegada. Se colocó el objeto entre los muslos y con ambas manos tiró hacia arriba. La fuerte presión casi logra que saliera despedido, pero lo que contenía quedó expuesto a sus ojos. ¡Era un tesoro! Aunque estaba parcialmente húmedo. De su interior sacó un hermoso collar de perlas de doble vuelta. Unos anillos de esmeraldas, y un rosario de piedras negras, Jason ignoraba que las esferas habían sido trabajadas con ónice. El rosario terminaba en un crucifijo de oro bastante pesado. Jason soltó el aliento que contenía en el interior de su cuerpo, supo que tenía en sus manos un rosario de incalculable valor, se lo colgó al cuello: el contenido del interior del cofre era de incalculable valor. Estaba convencido que pertenecía a algún barco que había naufragado como el Galatea. Miró las joyas con ojo crítico, y lamentó que el interior del cofre no contuviera herramientas o utensilios que fuesen de ayuda para pescar o cazar. El ruido de golpes le hizo levantar la vista de las monedas de oro hacia las rocas que tenía situadas a su derecha, y lo que vio le hizo levantarse de sopetón. Un baúl de considerable tamaño era lanzado contra una roca por las olas del mar. Soltó el aire abruptamente porque unos momentos antes no estaba allí. ¿Sería posible que la marea lo hubiese acercado hasta la costa? Jason dejó el pequeño cofre del tesoro, y se dirigió con paso rápido hacia el lugar donde estaba situado el baúl de madera. Sacarlo le iba a resultar imposible, pero tenía que intentarlo. Se preguntó cómo habría llegado hasta ese lugar rocoso y difícil. El baúl debía de estar vacío para poder flotar a pesar de su peso y tamaño, aunque se decidió a intentar atraparlo. Miró hacia las rocas del fondo calculando la distancia, y, sin pensarlo un segundo, se lanzó de pie al agua, antes de llegar al fondo, se

impulsó hacia arriba. Al sacar la cabeza la agitó con fuerza para desprenderse del agua que le corría por la cara y el cuello. Se acercó raudo hacia el arcón que el mar mecía en constantes movimientos. Como había supuesto estaba cerrado con un candado de hierro que ya estaba oxidado, además no tenía llave. Para acceder a su contenido tendría que sacarlo del agua, si bien las rocas resultaban un escollo a tener en cuenta. Miró a su alrededor tratando de encontrar un lugar accesible para intentarlo, o en todo caso sujetarlo para poder sacar las cosas que contenía en su interior. Agarró una de las argollas de hierro que tenía anclada a un costado y tiró hacia él, al flotar sobre el agua no le resultó difícil moverlo. Jason pensó si podría llevarlo en al agua a medida que nadaba, probó de forma vacilante. La caja de madera parecía que no pesaba, aunque tratar de mantenerla a flote mientras se movía resultó incómodo, pero no se rindió. La fue dirigiendo con mucha cautela hacia el lugar donde había encontrado el cofre pequeño del tesoro, desde allí podría intentar trabararlo entre las rocas que hacían un pequeño embalse donde él podría apoyar los pies. Lograrlo le costó un esfuerzo considerable. El arcón no pesaba en el agua, pero cuando él trataba de empujarlo hacia el lugar que creía apropiado para que no se escapara, parecía que su peso aumentaba hasta una tonelada. Sin soltar la argolla se arrodilló en una roca más baja para tomar impulso, se giró sobre sí mismo y sujetó el aro de hierro con las dos manos. Inspiró fuertemente y tiró hacia arriba. Terminó boca abajo en la roca de dientes afilados. Percibió con notable claridad los cortes y raspones que él mismo se había provocado en los brazos y en el estómago, pero no se detuvo. Se colocó en cuclillas y echó su cuerpo hacia atrás para hacer de contrapeso. La roca raspó la madera hinchada por la humedad, y, gracias al sobreesfuerzo, una esquina del baúl quedó fuera del agua, Jason volvió a inspirar, y, dándose un impulso más lo arrastró todo lo que pudo. A punto estuvo de perder el equilibrio de nuevo. Aunque las rocas le lastimaban la planta de los pies, no se dio por vencido, siguió empujando al mismo tiempo que jadeaba, y por fin el arcón quedó precariamente en el borde de las rocas. Se dejó caer en las piedras mientras recuperaba el aliento. Cuando se sintió de nuevo con fuerzas, siguió empujando el baúl hasta que estuvo alejado del agua. Buscó una piedra considerable y pesada para golpear el candado oxidado, cuando la encontró, regresó sobre sus pasos. La sujetó con las dos manos, la levantó sobre su cabeza, y, con un golpe perfecto y medido, arrancó el candado de cuajo.

Estaba ansioso por conocer su contenido, aunque se tomó su tiempo, como si quisiera saborear el momento. Tras unos instantes de reflexión, Jason

dejó la piedra que había usado para romper el cierre, y, sujetando la tapa, la levantó y la echó veloz hacia atrás. Ignoraba qué iba a encontrar en el interior, y al ver el contenido, suspiró con auténtico regocijo. Todo, absolutamente todo, estaba húmedo aunque no mojado, y ese detalle aumentó su interés en descubrir qué contenía el interior. Comenzó a sacar ropa masculina de gran calidad. Pantalones de paño inglés, chalecos de raso de vivos colores, y camisas de hilo fino en color crudo. También varios zapatos, aunque, al mirarlos con más detenimiento, se percató que el dueño de la ropa y de los zapatos debía ser más pequeño que él. Contenía también unas botas de agua en color verde que le arrancaron una sonrisa de placer. Al fin se acabó el sortear las rocas descalzo, únicamente tendría que cortar la punta para que le salieran los dedos, y lo haría si encontraba el instrumento para hacerlo. Del interior sacó varias cajas de madera de diferentes tamaños, y que curiosamente no estaban mojadas aunque sí enmohecidas. En la primera encontró un catalejo de bronce bastante pesado. En otra más estrecha y alargada había una caña de pesca que estaba partida por la mitad, pero en el interior de la caja había todo lo necesario para poder arreglarla, así como sedales y anzuelos de diferentes tamaños. Jason sonrió con auténtico alivio, acarició con suma reverencia la caña hecha de bambú, por la finura de los grabados supo que era una pieza exclusiva. De otra caja sacó una pipa hecha de espuma de mar de un tono dorado muy bello, también un encendedor con mecha. Casi llegando a la mitad del baúl, encontró un libro de terciopelo rojo y grabados finos en los cantos. El título en letras doradas captaron su interés de inmediato, “La historia de Tom Jones” citó en voz alta. A continuación leyó el nombre del autor, Henry Fielding, un nombre que conocía, y el libro le pareció un regalo inesperado, aunque tendría que esperar a que el sol secase el moho de las reliquias que había encontrado. Casi había llegado al fondo del arcón cuando sus manos se toparon con un objeto pesado que se apresuró a levantar. La caja metálica parecía una caja fuerte, pero no tenía llave ni cerrojo. Jason se sentó, y puso la caja entre sus rodillas para examinarla de forma concienzuda. Tenía ligeros relieves que simulaban las hojas y los frutos del muérdago, además de incrustaciones de nácar muy brillantes. Observó la caja metálica en todos sus ángulos pero no vio ningún mecanismo para abrirla, sin querer hizo presión en el lateral derecho y percibió que el relieve era más pronunciado, hizo una presión más fuerte, y entonces vio el resorte en forma de triángulo que sobresalía, lo giró hacia la derecha y la tapa se abrió con un clic. El corazón le latía de forma agitada. El pulso se le había acelerado ante la expectativa. El

interior de la caja estaba seco y su contenido intacto. Lo primero que sus dedos tocaron fue una serie de pinturas enmarcadas en pequeños retratos. Sacó en primer lugar el de una mujer que le pareció excepcionalmente hermosa, la belleza femenina hizo que se recreara en la pintura, y porque la mujer tenía entre sus manos un libro de terciopelo rojo, Jason creyó que era el mismo libro que él había sacado del interior del arcón. La siguiente pintura era de un hombre que sostenía en su mano una pipa de espuma de sal que parecía idéntica a la que contenía el baúl, e intuyó que era el dueño de los objetos que habían llegado hasta sus manos. El hombre tenía el rostro severo además de un grueso mostacho y grandes patillas plateadas: los ojos grandes y penetrantes parecía que lo miraban con recriminación. También había un retrato de una niña con el cabello muy negro. Debía de tener dos o tres años, pensó que sería la hija de la mujer porque se parecía bastante a ella. Cuando dejó las pinturas en un lado para que no se mojaran, siguió rebuscando en la caja y encontró varios mapas con anotaciones en los márgenes izquierdos, además de un grupo de cartas atadas con un lazo de seda azul que no estaban abiertas. Él ignoraba qué contendrían, si bien las dejó con cuidado sobre las pinturas para que no se estropearan. También sacó un cuaderno de bitácoras de color marrón oscuro con los márgenes verdes. Entre sus hojas amarillas observó una escritura de trazos finos y elegantes donde se dejaba constancia del día a día en un barco. Miró la primera hoja y leyó el nombre del capitán: Paul Walsingham. Dejó el diario encima de las cartas y de los retratos. El interior de la caja también contenía un estuche con un anillo de rubíes que lo dejó sin respiración. La joya parecía antigua y muy costosa, también encontró un camafeo de oro y marfil. Por el dibujo de las hiedras engarzadas pudo apreciar que había sido diseñado para ser ofrecido como un preciado regalo a la mujer amada, y, de pronto, Jason sintió pesar hacia la persona que había perdido en el naufragio las pertenencias de toda una vida. Sus manos descubrieron una hermosa daga con incrustaciones de gemas. El arma era más larga que un puñal pero más corta que una espada. Tenía doble filo, y la guarda para proteger el puño, estaba envuelta en la misma piel negra que la vaina.

Al analizar todo lo que había sacado del baúl llegó a la conclusión que, cada objeto como el catalejo, la caña, y las cartas, debían pertenecer al capitán de un barco. Y se preguntó si la nave naufragada se parecería al Galatea, también si el hombre de la pipa de espuma de sal que le parecía tan culto y refinado, sería un pasajero o el mismo capitán. Decidió que iba a proteger el gran tesoro que había llegado hasta su persona, y, si estaba en sus

manos, se lo haría llegar a sus familiares cuando fuese rescatado, porque no perdía la esperanza de que el milagro ocurriera.

Con esta última idea en la mente pensó en la forma de guardar los objetos para que no se estropearan, no obstante, llevar el baúl hasta la cueva superior era poco menos que imposible, aunque esa circunstancia no logró desanimarlo. Se sentía muy satisfecho por haber descubierto un tesoro.

CAPÍTULO 4

En el transcurso del día siguiente parecía como si el mar vomitara toda clase de elementos hacia la costa escarpada donde se encontraba él.

Desde muy temprano en la mañana, Jason se había hecho el firme propósito de subir los objetos que todavía quedaban dentro del baúl de madera que seguía secándose al sol. En varias subidas durante el día anterior, había llevado la mayoría de artículos al interior de la cueva donde dormía, apenas quedaban algunas prendas que todavía estaban húmedas, pero que había decidido secarlas al amparo del fuego. Desde una roca de considerable tamaño divisó un barril que se sumergía parcialmente hacia la derecha, para un instante después hacerlo en sentido contrario. Si lograba alcanzarlo pensaba llenarlo del agua dulce de la gruta y así podría pasar varios días sin tener que sumergirse para tomar el agua que su cuerpo necesitaba, aunque durante un instante dudó en la forma de llenarlo porque no tenía nada para hacerlo. Estaba decidido, Jason necesitaba el recipiente para su propia supervivencia, y pensó que podría utilizar una de las botas de goma. Sería un recipiente adecuado para transportar el agua al tonel, aunque tuviera que hacer una cantidad ingente de viajes para lograrlo.

Divisó en la lejanía algunas maderas que flotaban y chocaban entre sí, también una red partida que recogía a su paso algas y conchas de moluscos. Creyó que el mar le traía tesoros para que los usara en su provecho.

Se pasó prácticamente todo el día sacando artículos del agua. El tonel le costó un esfuerzo que lo dejó agotado, pero ya lo tenía a buen recaudo. Pudo recoger parte de una vela que, aunque estaba rasgada en una parte, podría utilizarla como lienzo para secarse e incluso como sábana para dormir en el interior de la cueva. Estaba realmente emocionado.

Su estancia en la isla había cambiado de forma considerable.

Ahora disponía de los utensilios necesarios para pescar, en ese momento se encontraba oliendo el aroma de un gran pez que se asaba sobre las ascuas de un fuego que había encendido al resguardo de unas rocas enormes. Lo había trinchado con un palo y lo sostenía en alto sobre las piedras. Había cavado un hoyo de considerable tamaño para que el fuego estuviese protegido de la brisa marina. Se había fabricado un banco con dos piedras similares en tamaño y un tablón de madera, lo había dispuesto cerca del fuego porque estaba cansado de

sentarse sobre las rocas duras. Con el resto de maderas y los restos de tela de la vela había construido un pequeño refugio tras un montículo algo elevado al amparo del viento y la lluvia, lluvia que todavía no había hecho acto de presencia en los días que llevaba en la isla. El refugio parecía una de esas tiendas de campaña para nómadas que se suelen encontrar en el desierto, las conocía por dibujos que había visto en algunos libros, pero él se sentía muy satisfecho de sus logros. Había limpiado el suelo de piedras, restos de moluscos y hierbas marinas que el mar lanzaba a tierra firme. Con ellas sujetó las maderas para crear la cavidad donde resguardarse, después dispuso la tela encima de las ramas que hacían de techo, y el resultado había sido superior al imaginado.

Jason, sentado sobre el banco de madera, continuó pasando las líneas del libro rojo, absorto por completo en su lectura.

Jason paró de leer porque algo que se quemaba le impregnó la nariz, clavó las pupilas en el pez que estaba asándose en el fuego, y se percató que se quemaba por un lado. Dejó el libro con cuidado a un lado del banco, y, soplándose en las yemas de los dedos, trató de darle la vuelta para que terminara de asarse.

Inspiró profundamente decidiendo si continuaba la lectura o no.

Jason apreció unas anotaciones con números en los márgenes del libro que le hicieron preguntarse qué significarían. También había muchas palabras subrayadas y resaltadas no en tinta negra, sino con un polvo amarillo que olía a azufre. Dejó el libro muy cerca de él.

«¿Es azufre o el pescado que se quema?», se preguntó.

Con la nariz husmeó el aire que le llevaba los aromas del succulento pez asado, y el estómago rugió con fuerza. Lo apartó hacia un lado de las brasas mientras cogía el trozo de madera que pensaba usar como plato. Lo dispuso allí y aunque no se había enfriado lo suficiente cogió un trozo y se lo llevó a la boca.

¡Estaba delicioso!

Después de días alimentándose únicamente de bayas y huevos, el cambio le parecía un regalo. El pez era lo bastante grande para saciar su apetito, y, una vez que lo hubo satisfecho, se desperezó sobre el tronco de forma descuidada, pero no retomó la lectura del libro, pensaba dedicarse a otros menesteres: como atrapar cangrejos para la cena.

CAPÍTULO 5

Con la preciosa daga que había encontrado en el interior del baúl intentó tallar algunas figuras de madera para simular un juego de ajedrez, aunque su habilidad era escasa con el filo del metal, tanto, que terminó por causarse un corte en la palma de la mano derecha, por ese motivo desistió de su empeño. Sin embargo, el arma le servía perfectamente para despegar moluscos adheridos a las rocas que estaban medio sumergidas en el mar. Cuando se los introducía en la boca, apenas los masticaba, y los tragaba con fruición para que la carne gelatinosa no le produjera arcadas.

El sabor a mar era muy intenso, pero no le desagradaba.

Los días se sucedían iguales entre sí, pero Jason seguía lleno de determinación, además, la estancia en la isla ya no resultaba tan desquiciante pues disponía de utensilios que podía utilizar en su provecho, y que hacían su permanencia más llevadera. Ya había logrado recorrer una tercera parte de la isla, y no cejaba en su empeño de recorrerla por entero. Había una parte inaccesible, y se preguntó de qué forma podría acceder a ella. Los grandes arbustos y la pendiente elevada le hacían ser precavido en demasía. Era consciente que al estar solo no podía permitirse el lujo de tener un accidente que podría costarle muy caro, incluso la vida.

La pesca del día era muy placentera, aunque perdía bastante tiempo y no siempre con resultados óptimos, pero como no tenía nada mejor que hacer salvo releer el libro, se entregaba a la tarea con humor y paciencia. En ese preciso momento se encontraba con los pies metidos en el agua y revisando algunas rocas medio sumergidas tratando de encontrar más moluscos para comer. Llevaba los pantalones remangados hasta la altura de la rodilla y la camisa desabrochada. Jason estaba adquiriendo un tono dorado en la piel por estar a menudo expuesto a los rayos del sol, él, no se percataba de su apariencia física que en esos días había cambiado mucho. El constante ejercicio físico para recorrer la isla y para mantenerse vivo, habían fortalecido sus músculos todavía más. Escalaba a diario para recoger huevos, nadaba de forma constante para abastecerse de agua dulce de la gruta, y para buscar pulpos y cangrejos que solían esconderse en las rocas más alejadas de la orilla. Llegar hasta ella suponía nadar bastantes metros de ida y de vuelta. Nunca había sido un hombre delgado ni escuálido, pero el constante ejercicio

al aire libre habían logrado que su cuerpo casi doblase su tamaño.

De repente se fijó en la espesa niebla que parecía estar más alejada de lo normal, por ese motivo, y desde su posición, pudo divisar un islote que el mar golpeaba de forma constante, pero la distancia para llegar hasta allí le pareció excesiva. Si se decidía a lanzarse al mar para alcanzarlo, podría sufrir durante el recorrido una rama en los pies o las manos, incluso quedar agotado y a la deriva. Jason se dijo que desconocía las corrientes de agua de la zona. Sopesar esa circunstancia le hacía replanteárselo de forma seria. Sin embargo, había algo que lo atraía hacia ese lugar más apartado y que no había visto hasta ese momento. El islote estaba muy cerca del muro de niebla que se alzaba frente a él: amenazador e intimidante.

«Puedo hacerlo», se dijo sin apartar la vista del horizonte.

Miró el puñal que tenía en la mano y sopesó durante un tiempo determinado si merecería la pena. Tras sujetarlo al cinturón de cuero que sostenía sus pantalones, se lanzó al mar sin pensarlo un instante. Nadó con brazadas largas y medidas. El tiempo que llevaba en la isla le había permitido perfeccionar la técnica, y ya nadaba como pez dentro del agua, pero la distancia era más larga de la que había supuesto. Cuando se encontró a mitad de camino, se tumbó de espaldas y permitió que el agua lo meciera mientras reponía fuerzas para seguir nadando. Tras unos minutos de descanso, comenzó de nuevo el avance hacia la meta. Le llevó bastante tiempo llegar al islote, y cuando lo alcanzó, sentía el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Se sujetó con fuerza a una roca para que la corriente no lo lanzara hacia ellas y lo succionara después hacia la profundidad. Cuando tuvo de nuevo el control sobre su aliento, tomó impulso, ascendió y con suma agilidad se encaramó en lo alto de una. Desde ese lugar privilegiado pudo apreciar que las rocas formaban un auténtico rosario de pequeños islotes que surgían paralelamente entre sí. Las grandes hojas de las algas que sobresalían del agua en algunos puntos, era la nota más significativa del paisaje que se abría ante sus ojos, y un indicativo de que la profundidad era muy poca. Miró hacia abajo y apreció un arrecife rocoso a poca distancia y que casi llegaba a alcanzar la costa. El lugar era muy hermoso y pacífico, salvo por una colonia de aves que retomaron el vuelo con bastante ruido al percatarse de su presencia. De pronto, sus ojos descubrieron un chinchorro que estaba encallado y del revés a poca distancia de donde se encontraba él. Era una embarcación de remos pequeña que solían llevar a bordo los grandes barcos. Un súbito e inesperado júbilo estalló en su pecho y le arrancó un gemido lleno de esperanza.

¡Una embarcación significaba el fin de su naufragio!

Tenía que alcanzarla y remolcarla hasta la isla. Se lanzó de nuevo al mar, y nadó con más entusiasmo que precaución hasta las rocas altas que parecían que lo mantenían sujeto. Llegó hasta el pequeño bote y se agarró a la quilla hasta normalizar la respiración. Minutos después lo sujetó por el borde para tratar de impulsarlo para darle la vuelta, pero perdía fuerza y solo conseguía que la barca se meciese de un lado hacia otro de forma muy tenue, aunque Jason había llegado muy lejos para rendirse. Lo recorrió de izquierda a derecha para comprobar que estaba intacto, y, al llegar al extremo norte comprobó que apenas tenía una grieta. Tendría que repararlo, pero en ese preciso momento lo que más le preocupaba era llevarlo hasta tierra firme para hacerlo. Pensó que si dispusiera de una cuerda podría arrastrarlo apenas sin dificultad. Jason insufló aire a sus pulmones y se impulsó hacia abajo para meterse por debajo del chinchorro, al hacerlo con los ojos abiertos, la sal hizo que le picaran muchísimo. Una vez debajo de la embarcación se impulsó lo suficiente para sacar la cabeza del agua hacia la bolsa de aire que se había formado en el interior. Parpadeó varias veces y cuando se giró sobre sí mismo para comprobar que estaba intacta, un sobresalto lo sacudió por completo.

¡Había un cadáver junto a él!

El cuerpo no tenía carne sobre el hueso, ni ojos en las cuencas. La impresión hizo que soltara el aire de forma abrupta, que echase la cabeza hacia atrás, y que se la golpeará de forma brusca contra la madera. Sintió un ligero mareo que no logró controlar y comenzó a hundirse hacia el fondo. Tragó agua al tratar de respirar y percibió que los pulmones se le llenaban todavía más del líquido salado. Tosió con aspavientos y manoteó para detener su descenso, pero estaba tan mareado que no pudo impedirlo. Agitó los pies con fuerza tratando de impulsarse hacia arriba y buscar con desesperación una bocanada de aire, aunque resultó demasiado tarde: estaba agotado, e incapaz de impedir que su boca tragara cada vez más cantidad de agua en una lucha frenética que mantenía consigo mismo por respirar. El cuerpo de Jason comenzó a sufrir espasmos y a hundirse todavía más, pero algo resbaladizo lo rozó y le hizo abrir los ojos como platos. Frente a él tenía el rostro de un ángel que lo miraba con preocupación en sus ojos, creyó que era la muerte que venía a llevárselo y cerró los ojos aceptando su fin, un instante después sintió como si nadara de espaldas y a gran velocidad sobre el agua. A su alrededor todo era burbujas de agua y remolinos. Percibía que el agua del mar le recorría cada tramo de piel de la espalda en oleadas que le producían cosquillas. Tenía

los pulmones contraídos, el estómago lleno de agua y un dolor insoportable en el pecho.

¡Parecía que iba a estallarle!

Contempló el cielo azul y el comienzo de la roca dentada que daba acceso a la gruta. Como no estaba preparado para una nueva inmersión, tragó más agua si bien duró solo un instante. Sintió de forma clara la tierra rasposa bajo su espalda a medida que lo arrastraban hacia el interior, y las contracciones de su estómago al tratar de expulsar el agua que contenía. En un acto reflejo su mano se cerró en torno a una muñeca y un segundo después cerró los ojos. Vomitó con estertores expulsando por la boca y por la nariz el agua del interior de su cuerpo, pero sus dedos no soltaron aquello que sujetaban. Lo había salvado por tercera vez de morir ahogado, y no estaba dispuesto a permitir que su salvador se escabullera de nuevo. Escuchó un sonido estridente que casi le perfora los tímpanos, y soltó lo que sujetaba para taparse los oídos y cerrar los ojos. Lo siguiente que oyó fue un chapoteo sonoro y gotas de agua que lo salpicaron de pies a cabeza. Jason siguió tosiendo y carraspeando al mismo tiempo que abría los ojos y contemplaba atónito a la persona que estaba frente a él y sumergida en el agua salvo la cabeza, finalmente se desmayó.

Whernside House, condado de Middlesex, Inglaterra

El entierro de sus padres fue lo más duro que tuvo que soportar Jason en toda su vida. Él, no había estado ahí cuando sufrieron el terrible accidente con el carruaje. De repente, estaba solo, tan solo, que sentía una asfixia en los pulmones y un enorme vacío en el corazón. Él se había mostrado como un completo egoísta pues se había marchado a ver mundo sin importarle la edad avanzada de ellos. Había disfrutado de todo, y sus padres se habían ido.

Jason tenía mucho que lamentar, y lo haría durante años.

—Lord Craven, mi más sentido pésame...

Apenas podía escuchar las palabras del abogado que llevaba los asuntos económicos del condado. Era tanta su desolación, que apenas podía decir nada en los momentos posteriores al entierro. Si era duro perder a un progenitor, perder a dos era devastador. Jason se sentía culpable, terriblemente culpable.

Sus amigos de la universidad hicieron piña en torno a él, pero a Jason

se le agrió el carácter, y perdió las formas. Había tenido que sufrir la pérdida de sus padres para darse cuenta de lo solo que se había quedado.

—Bebe un poco —su amigo íntimo le había puesto en las manos una copa de brandy—. Dará un poco de color a tu rostro.

El barón de Winslet lo miraba atento.

—No estoy preparado Bruce —dijo con voz entrecortada—. No he podido despedirme de ellos.

El amigo podía entender su vía crucis. Por hacer un viaje a las colonias, había desatendido lo más importante que tenía en la vida: sus padres.

—No pienses ahora en ello —le aconsejó.

Jason parpadeó atónito, jamás iba a dejar de pensar en ello.

—No estuve aquí... —insistió—. Ellos me necesitaban, y me encontraba muy lejos. Si yo hubiera estado aquí no habrían tenido el accidente con el carruaje.

Eso habría sido imposible porque los accidentes no podían evitarse.

—Era el destino —le dijo Bruce.

Jason miró a su alrededor, y soltó un suspiro. En el sepelio no había tíos, ni primos, ni abuelos, ni ningún otro familiar porque sus dos padres habían sido hijos únicos, como él.

—¿Qué va a ser de mí, Bruce? —preguntó, pero para sí mismo.

—Saldrás adelante, como siempre has hecho.

Jason dejó la copa de brandy sobre la bandeja del sirviente y miró a su íntimo amigo sin un parpadeo.

—Saldré adelante, pero la culpa me acompañará el resto de mi vida...

—Tienes a lady Berkeley —le recordó Bruce.

Jason no había pensado en ella ni una sola vez. Le era por completo indiferente.

—Tengo que ser honesto y devolverle su libertad. Mañana me presentaré en su hogar y hablaré definitivamente con ella.

A Bruce se le aceleró el corazón porque llevaba años esperando ese momento.

—¿Y si ella no desea romper el compromiso entre ambos?

Ahí estaba su lucha emocional porque Bruce estaba enamorado de la prometida de su mejor amigo desde que eran niños. Su propiedad y la del vizconde estaban juntas, y él había jugado con Elizabeth desde que tenía uso de razón. ¡La amaba! Y Jason iba a dejarla libre.

—No lo rompí antes por mis padres, pero ahora ya no tiene sentido continuar un compromiso que nunca quise.

—¿Deseas que te acompañe?

La sugerencia le resultó cuanto menos inesperada. Un amigo no acompañaba a otro para que rompiera un compromiso... ¿o sí?

Despertó con temblores que lo sacudían. Se sentía aterido, desorientado y lleno de un temor indefinido. Estaba convencido de que había sufrido una alucinación, pero entonces, ¿cómo había llegado hasta la gruta? ¿Por qué estaba fuera del agua y a salvo? No quería pensar porque hacerlo le provocaba un terrible dolor de cabeza. Contemplar el cadáver de un ser humano lo había confundido, aunque se engañaba: la visión de la muerte lo había sumido en un estado de shock que le hacía ver cosas irreales.

«¡Tranquilízate Jason!», se dijo para recuperar la calma. Se llevó la mano al cuello. Era un hecho indiscutible que no estaba solo, que lo habían salvado por tercera vez, y, revivió, con perfecta claridad, la imagen que había contemplado frente así mientras se ahogaba, ¡era el rostro de una muchacha!

«Es el pánico el que me hace ver cosas que no son», reiteró convencido de que su mente le había jugado una mala pasada, no obstante, seguía obcecado en descubrir la verdad. Se tocó las ropas que seguían mojadas, y, aunque todavía le temblaban las piernas, se introdujo con pasos lentos en el agua para nadar hacia el exterior de la gruta. Le costó un poco más de lo habitual salir porque se encontraba agotado. Nadó con brazadas mecánicas hasta la parte de las rocas que convergían en el embarcadero natural, y que hacían accesible la tierra firme. Tomó un ligero impulso y apoyó la rodilla derecha en el musgo, se giró sobre sí mismo al mismo tiempo que la ropa chorreaba agua salada, con suma tenacidad oteó el horizonte buscando el cabello negro que había visto bajo el mar. Carraspeo para encontrarse la voz, cuando tuvo el control de nuevo sobre sus cuerdas vocales, vociferó al silencio:

—¡Sé que estás ahí! —clamó firme—. ¡Te he visto, y de nada sirve que te escondas!

A su alrededor solo había una quietud inusual, parecía que las aves habían dejado de trinar, incluso el mar se veía como un espejo sumiso, detalle que le llamó poderosamente la atención. El agua no mostraba ni un ligero vaivén al lamer las rocas donde estaba plantado él.

—Quiero darte las gracias —continuó—, ¿me escuchas?

De pronto se quedó callado, ¿por qué motivo se dirigía al mar buscando al ser que le había salvado la vida? Porque era consciente ahora más que nunca que en la isla no había nadie salvo él mismo. Lo que lo había salvado estaba en el agua, siempre acechando.

Jason se hacía un montón de preguntas de las que no obtenía respuestas. Cuando ya se daba por vencido y se giraba para marcharse, una sombra oscura bajo la superficie del agua le hizo entrecerrar los ojos, y, aunque la necesidad de alejarse era inmensa, esperó en las rocas con el alma en vilo. Una cabeza emergió de la profundidad y quedó frente a él a cierta distancia. Jason jadeó por la sorpresa aunque no fue consciente de ello. Sus ojos estaban clavados en la muchacha que apenas se movía, y que lo miraba de forma intensa.

—¿Eres mi salvadora? —preguntó contra toda lógica, pero solo obtuvo silencio a su alrededor—. Eres pequeña, delgada, ¿cómo has podido sostenerme dentro del agua? —le preguntó.

La chica seguía mirándolo con atención. Únicamente mantenía la cabeza fuera del agua. Debía de tener dieciséis o diecisiete años. Era muy joven, era muy bella, parecía una aparición.

—¿Sabes?, me tenías muy inquieto —confesó Jason sin pudor—, ahora al mirarte, me doy cuenta de que estaba equivocado.

Jason cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro. ¡Estaba soñando! Debía seguir inconsciente en la gruta porque le hablaba a una muchacha que había salido de la nada, y que nadaba frente a él sin apenas moverse. Se preguntó cuándo iba a despertar de la pesadilla que lo mantenía atrapado. Abrió los ojos y, se encontró solo. La imagen ya no estaba frente a él, y entonces dedujo que lo había imaginado.

Ya no era capaz de distinguir lo que era real e imaginario. Llevaba tantos días aislado y solo, que su mente le jugaba malas pasadas. Cuando lo meditara en profundidad se reiría de sí mismo.

Un momento después se dijo que él no se había salvado así mismo. Ella tenía que ser real. ¿En qué parte de la isla vivía? La había recorrido casi en su totalidad, apenas quedaba una pequeña cala, pero que resultaba inalcanzable. Volvió a pensar en la muchacha, y se dijo que en la isla debía vivir más gente. Evocó su rostro, y soltó una blasfemia porque era pecaminosamente bonita. Jason soltó el aire que contenía, y se giró dándole la espalda al mar para emprender la subida a la cueva. Había estado esperando que ella apareciera durante más de tres horas, finalmente se había rendido. Estaba terriblemente

cansado, le dolía la cabeza, y sentía la urgente necesidad de acostarse.

CAPÍTULO 6

—Sé que estás ahí —la voz de Jason había sonado en un tono autoritario.

Se encontraba sentado en una roca, con la caña de pescar trataba de capturar su almuerzo.

Por algún motivo inexplicable, percibió la presencia de ella.

—Sé que no vas a hacerme daño, y por eso he decidido rendirme a lo inevitable: aceptar tu compañía. —El silencio a su alrededor le resultó inquietante—. ¿Sabes?, yo tampoco pienso hacerte daño, todo lo contrario, quiero hablar contigo, que me muestres dónde vives, también si hay más personas en esta isla.

La cabeza de Jason seguía fija en el horizonte, con los ojos clavados en el espeso muro de niebla que se alzaba frente a él.

—Es agradable saber que no estoy solo aquí, aunque me molesta que te ocultes porque tienes mucho que explicarme —calló un momento antes de continuar—, ¿en qué parte de la isla vives? ¿Tienes familia? ¿Cómo te llamas?

Una ligera brisa alborotó su pelo rubio que había crecido considerablemente, pero él seguía enfrascado en un monólogo absurdo porque no obtenía respuestas. Con las pupilas perdidas en el horizonte, y las manos algo lasas al sujetar la caña, esperaba que ella saliera de su escondite. Era indudable que era una excelente nadadora porque lo había salvado varias veces de morir ahogado.

—Ni te imaginas lo dura que es la soledad cuando uno ha estado siempre rodeado de amigos —confesó franco—. En realidad, nunca he tenido tantos verdaderos amigos, pero no porque no haya querido, sino porque los hombres de mi edad son unos estúpidos taimados —Jason tomó aire antes de seguir hablando—. ¿Vas a salir de una vez? —continuó—. Ya te he dicho que no voy a hacerte daño —insistió—. Tengo muchos interrogantes, ¿cómo llegaste a esta isla? ¿Tu barco también naufragó? —hizo la pregunta con un cierto tono de fastidio ante su silencio.

Por algún motivo sabía que la muchacha vivía en la cala a la que no podía acceder, entonces, ¿cómo lo hacía ella? porque estaba claro que se movía por la isla como pez en el agua. Jason movió la caña con maestría, como si hubiese pescado con ella toda la vida. Cruzó una pierna sobre la otra para adoptar una postura más cómoda. Escuchaba perfectamente el sonido de

su voz al salir por su garganta. Los suspiros largos y espaciados que se sucedían al hablar de forma continua.

De pronto, un chapoteo suave pero constante atrajo su atención. Giró el rostro hacia su hombro izquierdo: hacia unas rocas de considerable tamaño, y entre ellas apareció la cabeza y los hombros de la muchacha. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba tan largo que le cubría la totalidad del torso, aunque una gran parte flotaba alrededor de ella.

—Sabía que estabas espiándome —le dijo con voz dura—. Y te informo de que no es correcto hacerlo.

El silencio acompañó a sus palabras. Jason entrecerró los párpados de forma especulativa. El rostro de la chica tenía forma de corazón, y los ojos eran grandes y profundos, aunque desde la distancia que los separaba no podía apreciar el color con claridad.

—Nadas muy bien, ¿lo sabes? Y quiero agradecerte que me hayas salvado de morir ahogado. ¿Deseas hablar conmigo?

«Qué pregunta más estúpida acabo de formular porque está claro como el agua que hablar es lo último en lo que piensa!», se dijo sin dejar de mirarla.

El rostro de la muchacha era divino, y cuando la escudriñó mejor, vio parte de los rasgos infantiles de un retrato: el que contenía el baúl que rescató.

—¡Eres la niña del retrato! —afirmó.

La figura siguió quieta durante un rato tan largo, que Jason pensó que el tiempo había quedado en suspenso.

—Me enoja que no me respondas, pues parece que le estoy hablando a ese muro de niebla de enfrente. —Los ojos de él se clavaron en el muro de niebla que se alzaba frente a él—. En realidad parece que le estoy hablando a ese muro de piedra.

Cuando volvió a mirar hacia las rocas donde estaba la chica, comprobó que había desaparecido, ya no estaba observándolo medio escondida. No supo si reír o maldecir. Le parecía increíble que fuera tan sigilosa, ni la había oído aparecer ni marcharse, y dedujo que debía moverse por algunas grutas: una de ellas debía conectar la cala inaccesible con el resto de la isla.

Jason se equivocó, la muchacha emergió del agua a escasos metros de donde estaba él pescando.

—¡Joder qué guapa eres!

Vio algo parecido a una sonrisa, y supo que ella lo había entendido. Jason se levantó y se acertó al agua, pero ella retrocedió con cautela, y supo que sentía por él tanto miedo como curiosidad.

—Vas a arrugarte como una pasa si sigues tanto tiempo dentro del agua.

La cabeza de ella hizo un gesto negativo apenas perceptible, pero él lo había visto perfectamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de pronto—. Mi nombre es Jason Bennet Craven —ella siguió en silencio. Jason suspiró con cierta impaciencia—. Se supone que tienes que responder a mis preguntas.

Los ojos de ella brillaron con interés.

—Mi nombre es Vivien —respondió al fin con un hilo de voz.

El corazón de Jason se aceleró al escucharla.

—¿Hay más personas como tú y como yo en esta isla? —le preguntó.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Vas a salir del agua?

Pareció que lo pensó una eternidad, pero tras unos segundos, nadó hacia la orilla. Jason se acercó unos pasos para ayudarla a salir, y cuando la muchacha estuvo fuera, sufrió una debacle: estaba desnuda bajo una camisola que mojada se volvía transparente. Vio el triángulo de vello oscuro entre sus piernas, sus rosados pezones endurecidos debido a estar en el agua, y el glorioso cabello que le llegaba por debajo de las caderas.

Ella se quedó mirándolo muy interesada, y Jason fue consciente de dos cosas muy importantes, la primera, que ella no le daba importancia a su desnudez, la segunda, que no había visto a un hombre en su vida. No se mostraba cohibida, ni avergonzada, sus expresivos ojos brillaban curiosos, y al tenerla tan cerca pudo apreciar lo verdes que eran.

De repente, tuvo una premonición.

—Soy el primer hombre que naufraga en tu isla, ¿verdad?

Ella hizo un gesto afirmativo. Jason soltó un suspiro largo. La camisola de ella ya no escurría agua ni se pegaba a su seductor cuerpo. Había creído que era una muchacha, pero sus curvas le mostraban que estaba equivocado.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó.

La mujer caminó unos pasos hacia el fuego que él mantenía encendido.

—Siempre he estado aquí.

—¿Te trajeron tus padres? —ella hizo un encogimiento de hombros despreocupado—. ¿Cómo has podido sobrevivir en este páramo desierto?

A la vista estaba de que no comprendía sus palabras.

—Hablas muy extraño —le dijo ella.

Las cejas de Jason se alzaron en un arco perfecto.

—Tengo un culto y variado vocabulario —protestó al mismo tiempo que

le ofrecía una mueca burlona.

De pronto, la mujer se giró hacia él y lo observó. Durante un minuto no parpadeó. Alzó la mano derecha y la subió hacia el rostro anguloso. Con dedos suaves le acarició la frente, bajó las yemas por el mentón y delineó su boca. Ante el escrutinio de ella y sus caricias, Jason sufrió una erección violenta. Ella estaba desnuda bajo la camisola húmeda. Llevaba el hermoso pelo suelto que caía sobre su cuerpo como una cortina de seda negra, y lo tocaba, sí, pero con curiosidad.

—Tu piel es como la mía —afirmó ella unos momentos después.

Jason se dijo que eso era del todo imposible porque la piel de ella se parecía al nácar de una perla. Se preguntó por qué motivo no estaba enrojecida ni con pecas, pues saltaba a la vista que pasaba demasiadas horas al sol.

—¿Puedo? —le pidió permiso.

Los ojos de ella se entrecerraron, pero Jason hizo caso omiso. Había estado a punto de morir. Llevaba tantos días solo, que necesitaba cerciorarse de que ella no era producto de su imaginación. Sus manos no eran tan suaves como las de ella, ni partían de la curiosidad, su necesidad era mucho más intensa pues tenía que tocar algo caliente y lleno de vida. Hizo el mismo recorrido por el rostro que ella había hecho de él, pero no detuvo sus dedos en los perfectos labios sino que delineó la curvatura de su garganta... apoyó la mano en el frágil hombro.

—Eres muy hermosa.

—¿Hermosa? —le preguntó.

Jason se sintió azorado. Era la primera mujer que no era consciente de su propia belleza.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

La mujer le señaló una parte de la isla.

—En la cala inaccesible —respondió por ella—. Lo imaginaba.

—¿Ina...ina...cce...sible? —repitió.

Estaba claro que la mujer no dominaba bien el lenguaje.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó.

Durante un instante, ella se mostró confundida por la pregunta.

—¿Acompañarme?

—A donde sea que vivas —solo de pensar en un techo, Jason se emocionó—. Mataría por comer algo de carne, como un estofado —la mujer seguía de pie frente a él sin dejar de mirarlo—. Entonces te llamas Vivien —

ella asintió.

Un segundo después levantó la mano izquierda donde llevaba enrollada una cinta que sujetaba una esclava de oro que tenía grabado un nombre: Vivien Walsingham, también llevaba en la muñeca una pulsera de perlas azules que brillaban tanto o más que sus ojos.

Ahora estaba seguro que las pertenencias que había encontrado en el cofre eran tuyas, bueno, de su padre.

—Ven... —lo animó.

Jason aseguró la caña a una roca antes de seguirla. Los dos se metieron de nuevo en el agua, y nadaron hasta la cueva de agua dulce. Como había sospechado, la mujer era una excelente nadadora. Una vez dentro de la cueva, caminaron hasta el ensanche con tres cavidades que se separaban, Vivien se dirigió caminando hacia la parte derecha. Él, la seguía sin dudar. Avanzaron durante veinte minutos por el pasillo estrecho y oscuro, pero esa circunstancia no le preocupó. Tenía mucho interés en conocer el lugar donde vivía ella. Tras más de media hora de marcha, distinguió al final la luz que entraba por la cavidad. Tuvo que parpadear cuando salieron al exterior: frente a él quedó la cala inaccesible de arena dorada.

Estaba estupefacto.

El descenso era mucho más suave que en otras partes de la isla, y, mientras bajaban, vio la cabaña de madera, el huerto, y una cerca. Cerró los ojos porque había tenido todo eso al alcance de la mano, pero no lo había descubierto en sus exploraciones. La cala estaba perfectamente escondida, y solo era accesible por barco, o conociendo los recovecos del interior de la cueva.

—Esto es el paraíso —afirmó observándolo todo—. No tendrás un bote con remos...

La mujer se giró hacia él, y entrecerró los ojos.

—Solo aquel bote —ella se refería al chicharrón del muerto, y entonces parpadeó comprensivo.

¡El cadáver debía de ser su padre! Se preguntó si lo sabría ella.

Supo que el barco de Walsingham había naufragado. Dedujo que debía de ir acompañado de su esposa e hija pequeña, y que la madre no había sobrevivido al desastre, y que padre e hija habrían llegado a la cala por puro milagro. Seguía cavilando a medida que avanzaba, y se dijo que el padre habría construido la cabaña durante el tiempo que habían estado aislados.

Caminó tras ella lleno de interrogantes al mismo tiempo que observaba

con lascivia el insinuante movimiento de sus caderas. Ella no lo hacía a propósito porque se había criado sola en un lugar remoto, muy lejos de formalismos y de etiquetas sociales, pero Jason sufrió una fuerte erección.

La cabaña no era grande ni poseía estancias separadas, pero tenía un catre rústico y un colchón relleno de hierva seca. No tenía chimenea, ni hogar para cocinar, y sí una mesa hecha de forma rudimentaria con restos de madera de un barco. Había flores secas por doquier, y por eso el interior olía a esencias florales.

Si unían lo que él había rescatado, y lo que la mujer tenía en la cabaña, la estancia de ambos en esa isla desierta podría ser mucho más llevadera. Jason escuchó sonido de animales, y salió fuera, se acercó a la precaria cerca, y se asomó: varios patos graznaban a la vez que se picaban unos a otros. Parpadeó asombrado porque pudo distinguir crías de gaviotas, y un panal de abejas que zumbaban.

Fue mirar a los animales y pensar en comida.

—Ni te imaginas lo que daría por comer algo de carne —se relamió los labios en un gesto bastante elocuente—. Un estofado. —La miró mientras hablaba—. Es un plato que está realmente delicioso.

Él, miró hacia el cielo, y se preguntó cómo había logrado ella hacerse con esos animales.

—Confieso que me conformaría con uno de esos patos asados al fuego —le dijo señalando con un dedo a las aves que había tras la cerca—. Cuando logre salir de esta isla pienso comer carne durante un mes. ¿Qué no sabes cómo voy a salir de aquí? —él seguía hablando como si la figura que lo observaba desde una distancia prudente fuese cómplice de sus ideas—. En la barca que hay varada allá lejos, entre aquellas rocas —le señaló el horizonte.

—¿Salir de aquí? —le preguntó extrañada.

—Sí.

—¿Cómo? —quiso saber.

—La barca está ahí, esperando que idee una forma de acercarla hasta aquí, y lo haré en el momento que se despeje la niebla —Jason calló de repente, como si se hubiera percatado que estaba hablando tonterías—. Ignoro cómo lograré traerla hasta aquí, pero lo haré, ni lo dudes. Es lo único que me mantiene cuerdo. Que me centra para que no pierda la esperanza. Y ahora, vamos de caza, pienso preparar un rico asado.

Palacio Medway Abbey, condado de Kent

Lord Thomas Walsingham, cuarto duque de Gremthams, miró a su hermano menor Paul con ojos furiosos. No podía renunciar a todo, él no iba a permitírselo porque estaba en juego el nombre de la familia, su relación con la corona, la confianza que el resto de lores habían depositado en él, y en sus habilidades para gestionar crisis tanto políticas como financieras.

—Creí que era un capricho pasajero —tronó la voz del duque que seguía mirando a su hermano incrédulo. El verde de sus ojos parecían llamas que lo podrían consumir todo.

—La amo, y no voy a renunciar a ella.

Thomas respiró hondo porque se estaba descontrolando.

—Tienes una responsabilidad para el ducado.

—Yo no soy el primogénito y heredero —le espetó Paul con resentimiento.

—Ambos estamos obligados por sangre —le señaló el mayor.

Los Walsingham eran descendientes de una de las mejores y más antiguas familias de nobles que habían tenido la protección de la reina Elizabeth. Una reina que los había obsequiado con el título de duque y con grandes propiedades en Kent.

—No voy a permitirlo.

—No puedes impedírmelo.

—¡Paul! —exclamó al punto del estallido—. Es de baja cuna.

—Pero la amo —respondió el hermano menor sin apartar la vista del rostro adusto de su hermano—. Margaret Marshall es la mujer que amo con toda mi alma.

Thomas comenzó a caminar de un lugar a otro de la estancia completamente furioso. Margaret era hija del vicario de la parroquia de Newington, el hermano mayor del párroco había sido barón, pero murió en la guerra contra los españoles sin dejar descendencia. La baronía había regresado a la corona.

—¿Estás dispuesto a renunciar a todo? —le preguntó Thomas.

El hermano menor lo pensó solamente un instante.

—Hasta de mi propio nombre.

Thomas sentía ganas de retorcerle el pescuezo. Paul siempre había sido un mujeriego de fama notoria, y a él nunca le había preocupado ese libertinaje. Como hijo menor la presión sobre su comportamiento había sido mucho más laxa, no como él, que como primogénito y heredero del ducado,

la responsabilidad sobre sus hombros lo había marcado con fuerza.

—Si yo no tengo descendencia, la responsabilidad del ducado caerá sobre ti, y no puedes casarte con una mujer de baja cuna.

—Margaret no es de baja cuna —lo rectificó el hermano—, su familia era poseedora de un título menor.

—Título que ya no existe porque regresó a la corona.

—Con tu influencia se lo podrías devolver.

Thomas entrecerró los ojos suspicaz.

—¿Es lo que persigue la dama? —la pregunta había sido formulada con un filo que cortaba.

Pero a Paul los títulos y propiedades le daban igual. Tenía dos pasiones: las mujeres y navegar. Ahora que había encontrado a su amada definitiva, le quedaba dedicarse a la segunda, y su hermano mayor se lo estaba poniendo en bandeja.

—No —respondió sincero.

—Paul, no lo hagas —le suplicó el hermano.

—Ya está hecho —respondió cabizbajo porque estaba un poco avergonzado.

—¡Por Dios! ¿Qué dices?

—Nos casamos hace dos días en Gretna Green —ahora sí sentía la necesidad de romper algo—. Margaret está embarazada de seis meses.

Thomas Walsingham, duque de Gremthams, lanzó un rugido que hizo temblar los cristales de las ventanas.

—La aplastaré con mis propias manos —bramó sin ser consciente de lo que decía—. La enviaré como esclava a las colonias, y a ti te encerraré en la Torre bajo pena de alta traición.

Paul podía creerse esas amenazas pues su hermano era capaz de todo eso.

—Adiós Thomas —se despidió dándose la vuelta.

—¡Paul! ¡Maldita sea, regresa!

Pero el hermano menor ya no lo escuchó. Tenía que huir de Inglaterra de inmediato. Llevarse a Margaret lejos porque su hermano era capaz de encerrarlos a los dos en la Torre.

Cuando Thomas se quedó solo, juró vengar la perfidia y borrar el nombre de su hermano de los registros oficiales. Para él ya estaba muerto...

Vivien se enfadó bastante cuando Jason le retorció el cuello a uno de los patos. Durante todo el día no intercambió palabras con él, y se mantuvo a una cierta distancia observándolo, se negó a probarlo cuando lo asó. El rostro de Jason se veía serio, y sus gestos al moverse eran algo bruscos, finalmente aceptó que se había precipitado al matar al animal.

—Los animales sirven para alimentarnos —le dijo para justificar el atracón que se había pegado.

Le había ofrecido la parte más sabrosa del animal, pero ella había rehusado.

—Yo no necesito matarlos para alimentarme —respondió con los ojos brillantes.

Jason supo que la mujer contenía las ganas de llorar. Y a la vista estaba de que era la primera vez porque parecía no entender su propia congaja.

—Y entonces, ¿qué ingieres?

Ella caminó hacia el interior de la cabaña, él, la siguió curioso. Una vez dentro, ella le mostró un cuenco de madera con huevos, otro con frutas silvestres, también una cesta que contenía pescado ahumado. Se preguntó cómo habría aprendido esa técnica.

—Yo era una niña muy pequeña cuando el barco de mis padres naufragó frente a esta isla —comenzó a relatarle—. Apenas recuerdo cómo sobrevivimos durante años —continuó explicando—. Para cuando mi padre se marchó, yo había aprendido a cultivar de la misma forma que él.

—¿Cultivar? —preguntó muy interesado.

Ella lo invitó con una mano a que la siguiera. Una vez en el pequeño huerto, él pudo distinguir algunos vegetales que crecían como zanahorias, nabos, ruibarbos, y algunas otras que no supo qué eran. Jason imaginó que el barco de Walsingham llevaba todo eso en su bodega. Incluso patos que ahora ella criaba para no comérselos.

—¿Y por qué motivo crías gaviotas?

Vivien lo miró seria.

—Porque me traen la pesca del día, a veces me traen tantos peces que tengo que ahumarlos para conservarlos.

Él, no podía creérselo, ¿las gaviotas pescaban para ella?

—¿Y los patos?

—Me dan los huevos que necesito para nutrirme —Jason se mesó el cabello bastante asombrado—. Y las abejas me dan la miel que...

La interrumpió.

—¿Qué edad tenías cuando llegaste a la isla? —ella no podía contestar a esa pregunta porque era muy pequeña—. ¿Qué edad tenías cuando tu padre murió?

La mujer lo miró con ojos brillantes.

—Mi padre no está muerto —respondió en un susurró—, se fue a buscar ayuda.

Jason soltó un suspiro profundo.

—¿Qué edad tenías cuando se fue?

Vivien se miró las manos, abrió los dedos, y movió los labios como si contará, después le mostro ocho dedos.

El hombre cerró los ojos, ¿cómo había sobrevivido siendo tan pequeña?

—Estás viva de milagro —admitió cabizbajo.

Ella parpadeó sin dejar de mirarlo.

—Mi padre me contó que nuestro barco... —la interrumpió de nuevo.

—¿Vuestro barco? —inquirió.

—Que el barco de mi padre —respondió suave—, traía animales, semillas, y aperos, todo se perdió en el naufragio salvo los patos, es curioso, mi madre no pudo sobrevivir... —ella hizo una pausa larga.

—¿Y las semillas?

—El mar se las devolvió a mi padre, y mi padre dejó escrito un diario con todo lo que tendría que hacer si algún día él se marchaba a buscar ayuda.

—¿Diario? ¿Sabes leer?

—Mi padre me enseñó.

—Debió de ser muy duro para ti.

—¿Eres la ayuda que fue a buscar mi padre?

Jason temía decepcionarla.

—Mi barco también naufragó frente a esta isla.

Ella asimilaba la información.

Todo los recuerdos de Vivien tenían que ver con las enseñanzas de su padre para sobrevivir.

—¿Sabes cuántos años tienes? —ella hizo un gesto afirmativo.

Lo sujetó de la mano, y Jason se sobresaltó al contacto con ella. Vivien no desconfiaba de él, no mostraba temor alguno, y se preguntó si ella conocería la emoción del miedo. Lo llevó de nuevo a la cabaña, ya en el interior, ella cerró la madera que hacía de puerta, y le mostró unos números grabados en ella.

Había una inscripciones hechas con números muy bien escritos: Llegada

a la isla, junio de 1865. Jason contó un total de ocho marcas iguales, las siguientes habían sido grabadas por una mano infantil, lo supo porque eran menos profundas e irregulares. Vivien y su padre habían estado solos en la isla durante ocho años, y se preguntó qué llevó al padre a abandonar a la hija en tan precarias circunstancias. Después contó las marcas hechas por ella, y contó un total de doce, Vivien tenía veinte años, aunque parecía que tenía dieciséis. Jason la miró como si la viera por primera vez: rostro con forma de corazón. Labios gruesos y bien definidos. Era bastante alta y esbelta, con unas curvas de infarto, y una piel que se moría por acariciar. Tuvo que desviar la vista y carraspear porque todo su cuerpo se había puesto en tensión.

Le pareció curioso que ella hubiera anotado los años, pero, ¿cómo sabía cuándo comenzaba y terminaba un año? Ella, ajena a la debacle emocional de él, se giró con ímpetu y rebuscó en el interior de una cesta de pescar. Sacó un diario de abordaje y se lo ofreció.

—Mi padre lo anotaba todo aquí.

Ahí tenía la respuesta sobre cómo ella sabía cuando comenzaba un año y cuando terminaba. Escribía una línea cada día, luego las contaba y así sumaba semanas, meses y luego años. Jason no podía desviar la mirada de la boca carnosa de ella. Se le aceleró el corazón, el estómago se le encogió, y ella le ofreció la sonrisa más bonita de cuantas había visto nunca.

—¿Puedo leerlo?

Ella iba a afirmar, pero lo pensó mejor. Retuvo el libro junto a su pecho y le mostró una sonrisa cándida, de esas que traban el corazón de un hombre.

—Siempre que no le retuerzas el cuello a otro de mis animales.

Jason pensaba todo lo contrario. Si querían sobrevivir en esa isla perdida, tenían que utilizar todos los recursos al alcance que tuvieran, y entonces se dijo que ella llevaba en la isla doce años y había sobrevivido sin matar a un solo animal. Él era el hombre, el macho alfa, sin embargo, podría aprender mucho de ella.

La recriminación sonó tan absurda que Jason terminó por soltar una carcajada bastante sonora. El rostro de la joven le correspondió con otra sonrisa, y él ladeó la cabeza pensativo.

—¿Nada de carne? —preguntó aunque solo obtuvo silencio por parte de ella—. Tengo un gran apetito —a continuación ella hizo un gesto afirmativo enérgico—. Está bien, tú ganas, nada de retorcerle el pescuezo a esas aves que crías —Jason miró el diario de abordaje con suma atención—. Sabes que nos puede ser muy útil, ¿verdad? —la muchacha hizo un gesto tan leve con la

cabeza que Jason dudó de que lo hubiera hecho.

Durante los siguientes minutos, Jason pensó, con profundo pesar, en la prueba tan dura a la que había sido sometido la mujer. Ningún niño en el mundo debería pasar necesidad, todo lo contrario, era ley divina que estuvieran protegidos por unos padres amorosos que se ocuparan de proveerles todo lo necesario, ¿por qué motivo el padre habría emprendido un viaje con su esposa y su hija recién nacida?

Vivien ahora estaba abandonada a su suerte y a la calamidad.

Inspiró profundamente para sacarse de encima el sentimiento compasivo que sentía hacia ella. Era un hombre, decidía sobre su destino, y aunque ignoraba cómo saldrían de la isla, lo cierto era que iba a lograrlo. Cuando su mirada se posó de nuevo en ella advirtió que los ojos de ella rezumaban interés carnal, si bien se dijo que debía de estar equivocado.

¡Tanto tiempo en soledad le pasaba factura física!

—¿Sabes lo que me gustaría realmente? —preguntó impaciente—, darme un baño caliente con espuma de jabón y dormir durante veinticuatro horas sin interrupción... —de nuevo estalló en carcajadas.

De pronto, el aire se arremolinó en torno a él, y el día se enfrió considerablemente, circunstancia que le hizo sentir un escalofrío.

—Es la primera vez que tengo frío estando seco —confesó en un murmullo al mismo tiempo que abría las contraventanas de madera y se asomaba por ellas.

El cielo se había oscurecido en un tono blanco muy parecido al del muro de niebla que rodeaba la isla. Jason se frotó las manos para hacerlas entrar en calor mientras seguía mirando el cielo suspendido sobre él.

—¡Huele a lluvia! —exclamó complacido—. No creo que tarde en llover.

—¿Huele a lluvia? —preguntó la mujer al mismo tiempo que tomaba asiento, Jason la imitó.

En el interior de la cabaña se estaba realmente bien.

—¿No sabes a qué huele la lluvia? —inquirió asombrado. Ella hizo un gesto negativo—. Bueno, no es la lluvia lo que huele sino la humedad que deja tras su paso. Claro, dirás que la humedad no tiene olor propio, y tienes razón mujer, pero antes de llover parece que la humedad acentúa los olores —Jason calló un momento meditando en las palabras antes de pronunciarlas, como si quisiera asegurarse de su significado—. Adoro el olor de la tierra mojada, el de la hierba...

Y los azules ojos de él se tornaron oscuros como la noche. Brillaban expectativos, como si contemplaran un hermoso paisaje, una escena preciosa.

—No sabes cuánto me alegro de no tener que regresar a la gruta para protegerme de la lluvia que arreciará en cualquier momento.

Y sin terminar de concluir la frase, un manto de fina lluvia comenzó a caer de forma constante. Jason miraba la delicada figura femenina que lo observaba sin moverse, de forma intensa, inquietante.

—¿Puedes olerlo?

La cabeza de ella imitó a la perfección el gesto del hombre. Ambos levantaron el rostro y cerraron los ojos. Inspiraron al unísono en completa armonía: como si Jason estuviese frente a un espejo, salvo por una diferencia notable: deseaba a esa mujer como no había deseado a ninguna otra.

Mansión Blencathra, condado de Medlock, Inglaterra

Un sonido lo sacó de su adormecimiento. No abrió los ojos, sabía muy bien quién regresaba al lecho. Solo sonrió y abrió las sábanas para que ella se acostara a su lado. Jason estaba desnudo, tal como su madre lo trajo al mundo, ella, no tardó en estar a su lado tan desnuda como él. Era una mujer que se metía en la piel de uno... las respuestas que le daba sexualmente lo excitaban tanto o más que verla desnuda. Jason se moría por enterrarse en el interior cálido y aterciopelado y hundir su plena masculinidad en esa cavidad que tan bien le quedaba. Era la mejor vaina donde jamás se había enfundado. Si seguía pensando en penetrarla, se derramaría allí mismo.

—Te has enfriado —le dijo él rozándole el cuello con la nariz.

Cuando estuvo tendida de espaldas junto a él, Jason se reincorporó. Anhelaba su cuerpo. Le besó dulcemente en los labios, ella le susurró al oído.

—Esta noche te siento atrevido —susurró ella.

Jason sonrió, atrevido era un término que se le quedaba corto en la cama porque él era pura sexualidad, y por eso intentó anticiparse a las palabras de la mujer, no obstante, no estaba preparado para lo que ella tenía en mente. Comenzó a besarle la nariz y los labios suavemente para luego seguir por su cuello, sus hombros, el pecho, el vientre, y oh, Dios, creyó morir. Comenzó a besarle el miembro y a pasarle la lengua por cada uno de los pliegues: su pene se puso duro como una piedra. La mujer se lo metió en la boca e intentó abarcarlo todo. La percibía totalmente excitada,

cuando acarició su preciosa grieta rosada, sintió las yemas húmedas. Imitó con sus propios dedos lo que ella le hacía, y, sin pensárselo dos veces, los enterró entre el triángulo de vellos húmedos que cubrían su feminidad. La acarició más profundamente y enterró dos dedos en su cuerpo. El placer fue tan inesperado que la mujer raspó con los dientes el miembro de su amante, él soltó un gemido entre excitado y dolorido que le obligó a mirarla, y entonces quedó sin respiración al ver lo que ella estaba haciendo: se estaba masturbando mientras le hacía una felación.

Sonrió maliciosamente y susurró:

—Cariño, a este juego podemos jugar los dos.

Ella lo miró transida por intentar provocarle un orgasmo, entonces él le propuso algo que la dejó sin respiración. Asintió y se giró tal como él le había dicho, de modo que ambos quedaron de costado, pero en direcciones opuestas.

Jason levantó una de las piernas de la mujer, dejando así expuesta su feminidad. Acercó su boca a la entrada del cuerpo de ella y comenzó a lamerla suavemente mientras podía sentir la boca de ella en su tronco viril.

La boca de él en su cuerpo estaba causando estragos. Sus caderas comenzaron a moverse sobre esa boca invasora y casi le vuelve a morder cuando sintió como la lengua de él comenzaba a invadirla. A la lengua se le unieron los dedos, y cuando los notó en su interior, ya no pudo más y estalló en la boca de él, esa cálida humedad que él recibió en sus labios fue más de lo que esperaba, y sin previo aviso, también descargó en la boca de ella. Cuando ambos quedaron saciados, ella se desplomó sobre las sábanas.

—Lady Berkeley me sacará los ojos si se entera de lo nuestro —dijo la mujer soñolienta.

Jason maldijo que le trajera a colación su prometida después del orgasmo. Él había intentado romper con Elizabeth, pero ella había puesto todos los obstáculos para que no lo hiciera. No le importaban las amantes que tuviera, lo despreciable que se mostrara, quería ser condesa de Whernside sí o sí, y no le había dejado opción a nada más.

Él había ido de amante en amante y de lecho en lecho, pero a ella no parecía importarle cuantas amantes tuviera ni lo ruin que se comportara. Jason terminó aceptando que quizás era la dama menos complicada para ser la cuarta condesa de Whernside...

CAPÍTULO 7

Los días se sucedían gemelos entre sí, pero habían establecido algunas rutinas. Ella se había acostumbrado muy rápido a su presencia, y aceptaba todas y cada una de sus sugerencias. Dormir en la cabaña a su lado era la prueba más dura para Jason, sobre todo porque ella siempre andaba muy ligera de ropa y descalza. No terminaba de sufrir una erección cuando la visión de ella le provocaba otra. A la vista estaba de que no poseía mucha ropa porque siempre iba vestida con una enagua casi transparente. Él que había tenido cuantas mujeres quisiera, que no se le había resistido ninguna a lo ancho y largo del reino, estaba confinado con la más seductora, bella, e inocente de todas, y tenía que contener sus instintos.

El voraz deseo le estaba pasando factura.

Jason había acondicionado la cabaña desplazando las bastas maderas que hacían de muebles para que los acogiera a los dos, y, aunque dormía en el suelo bajo un colchón de hierba y flores secas, no se quejaba. El fuego del hogar era un regalo que apreciaba muchísimo.

Jason estaba sentado en una roca plana lo bastante baja para mantener un pie dentro del agua. Lo mecía de forma constante aunque sin percatarse, había terminado por ir descalzo como ella. Vivien nunca había tenido zapatos, y a la vista estaba de que no los necesitaba. La caña de pescar en sus manos apenas se movía, señal inequívoca de que esa mañana tampoco pescaría nada. Había olvidado cuándo fue la última vez que logró engañar a un pez con el sedal. La brisa templada le producía morriña, y por ese motivo bostezó sonoramente. Casi estaba a punto de soltar la caña y regresar a la cabaña, pero lo pensó mejor, siguió sosteniendo el instrumento de pesca mientras comenzaba a silbar una canción popular que interrumpió unos segundos después.

—Ya sé que te he prometido no comerme ninguno de tus animales, pero no consigo saciar el hambre.

Ella se quedó parada a unos pasos de donde se encontraba él, Jason, desde su posición sentada, podía ver con nitidez el precioso cabello de ella.

—Ignoraba que un hombre podía comer tanto —la escuchó decir.

El apetito de Jason era insaciable. Se había terminado todos los huevos, el pescado ahumado, y la mayoría de las frutas silvestres.

—Hasta mi naufragio, nunca había pasado necesidad de alimento —a sus

palabras siguieron un silencio al que ya estaba acostumbrado—. ¿Por qué hablas tan poco? Todos las mujeres que he conocido hablan como cotorras.

La mujer no hizo ni el más leve movimiento, seguía quieta observándolo.

—¿Cotorras?

Él, no respondió, la miró con ojos sonrientes.

—Confieso que logras ponerme bastante nervioso con ese silencio premeditado —le dijo en un tono algo seco—, después de tantos días en soledad me gustaría mantener una conversación contigo —Jason alzó una ceja en actitud escéptica, como si ella hubiera rebatido su argumento.

La figura femenina hizo algo completamente inesperado, se quitó la enagua que siempre llevaba, y se lanzó desnuda al mar. El corazón de Jason sufrió un sobresalto porque la desnudez de ella lo había alterado por completo. La sangre comenzó a concentrarse en un punto determinado de su cuerpo, y, cuando ella nadó hacia él emergiendo del agua casi hasta la cintura, lo obligó a tragar con fuerza. El cabello negro lo tenía echado hacia atrás y por eso podía ver con claridad los suaves montículos blancos y los rosados pezones que los coronaban. Sin poder evitarlo, se movió inquieto mientras clavaba la vista en el hermoso y deseable cuerpo.

—Eres la mujer más bella que he contemplado nunca —arguyó con cierto temblor en la voz—. Y no es correcto que merodees desnuda en mi presencia.

Jason estaba tan excitado que sintió el impulso de lanzarse al agua con ella y besarla hasta dejarla sin aliento. Vivien volvió a sumergirse en el agua hasta la barbilla. Jason se preguntó si lo habría entendido.

—¿No te da vergüenza que mire tu desnudez?

—¿Desnudez? —ella parecía que no entendía—. ¿Qué quiere decir vergüenza?

Jason suspiró violentamente. Se le había olvidado que Vivien estaba sola desde los ocho años. En la isla nadie le había explicado las mínimas normas de decoro ni de comportamiento entre un hombre y una mujer. No conocía la diferencia entre la lujuria y la castidad, y por eso ella representaba el sueño de cualquier hombre: una mujer sin las pesadas cargas de los convencionalismos pudorosos. Nadie la había instruido en ningún sentido. Fue pensar en enseñarle todo lo que le gustaría, y sufrir otra erección violenta. La tercera en lo que iba de día.

Ella le mostró una sonrisa cándida al ver la turbación de él aunque sin comprender la causa.

—¿Eres consciente que cuando estás cerca ni un solo pez muerde el

anzuelo? Deberías compensar el esfuerzo que hago tratando de pescar alguno para no comerme ninguno de esos animales que crías.

Los ojos de ella se alzaron al cielo y se clavaron en una de las aves que sobrevolaban la cabeza de ambos. Jason se encontró siguiendo su mirada.

—Se me hace la boca agua pensando en asar uno de esos —la mujer comenzó a emitir unos sonidos de forma muy suave, aunque fue subiendo el volumen a medida que el cuerpo del hombre se relajaba—. ¿Vas a salir del agua o no?

Ella caminó hacia el lugar donde había dejado la enagua vieja. Jason disfrutaba al mirarla porque ella no sentía la necesidad de cubrirse. Cuando la vio colocarse la prenda gastada, se percató que debía de haber pertenecido a su madre, aunque le quedaba bastante bien. Ella siguió cantando. Jason escuchó un canto armónico, algo así como la conversión de dos sonidos que emergían de la garganta de ella. Uno era grave y el otro agudo. Le parecía escuchar el sonido de un violín y el de un arpa a la vez. Su efecto sobre él era tan extraordinario que no podía pensar en nada más que en escucharla. Era un canto sobrenatural, como si estuviera cargado de tributos religiosos, mágicos y curativos. La voz de ella parecía un medio para comunicarse con la naturaleza. Creía estar oyendo el silbido del viento, el trinar de los pájaros que la acompañaban en la melodía. Podría estar escuchando ese celestial sonido toda su vida porque era maravilloso, dulce, pleno, emotivo. Jason cerró los ojos y relajó la postura de su cuerpo hasta un punto que se sintió transportado en el tiempo: al infinito universo, a las profundidades del mar, pero cuando percibió un mordisco en el pie regresó al presente de golpe. Lanzó un juramento obsceno, de esos que los marineros solían repetir a diario en alta mar.

Sacó el pie del agua entre la sorpresa y la inquietud en el mismo porcentaje.

—¡Algo me ha mordido!

Ella estaba tan cerca de él que el sedoso cabello le acarició el gemelo derecho. Parecía realmente preocupada.

Jason miró el agua con cara de pocos amigos.

—Está inquieto —respondió ella.

¿Quién estaba inquieto? Se preguntó él. ¿Qué animal marino lo había mordido?

—¿A qué o a quién te refieres? —preguntó en un tono de voz impregnado de incredulidad.

—Es mi amigo.

Jason clavó la mirada en el agua: una morena que debía medir unas setenta pulgadas, incluso más, y debía de pesar lo suyo merodeaba cerca de la roca. El bicho sacó la cabeza del agua. Tenía el hocico decorado con pequeños cuernos llenos de colores.

—¿Tu amigo? —bramó incrédulo.

Y se percató de que a ella no le había mordido cuando estaba dentro del agua. Jason no sabía qué pensar. La muchacha hizo un gesto afirmativo al mismo tiempo que le ofrecía una aleteo de pestañas. Era un gesto coqueto, pero ella debía de ignorarlo.

—¡Por San Jorge! —exclamó completamente superado en emociones contradictorias. Jason no sabía qué pensar o cómo actuar—. ¡No puede ser tu amigo porque es un bicho muy agresivo!

—Tizón es inofensivo —lo justificó ella.

Y para darle importancia a su afirmación, metió la mano en el agua y acarició la cabeza del pez. El animal remoloneaba alrededor de ella.

—¿Y por qué me ha mordido a mí? —preguntó extrañado.

Vivien se alzó de su posición en cuclillas y ajustó la tela sobre su torso.

—Porque no parabas de mover el pie dentro del agua —tartamudeó con voz queda, como si no se encontrara la voz—. Lo has puesto nervioso.

Jason no podía despegar los ojos de los deliciosos pechos de ella. Bajo la fina tela de la enagua eran claramente visibles.

La muchacha alzó su mano derecha y la dejó suspendida para que él la tomara. Jason no lo hizo, porque la impulsividad no era uno de sus defectos, y porque si la tocaba, la tumbaría de espaldas y la besaría con pasión.

—Es un pez peligroso —argumentó convencido.

Vivien emitió un sonido de garganta que él interpretó como de fastidio. Un momento después el bicho golpeó el agua con la cola y lo caló por completo. Jason reaccionó al fin. Parecía que pez y mujer se comunicaban y se comprendían, pero no podía ser cierto.

—¡Eso ha sido innecesario! —protestó ofendido—. Solamente necesito algo de tiempo para acostumbrarme a la idea de que una mujer puede tener como amigo a una morena.

Cuando Vivien se sujetó el cabello con las manos para apartarlo de su rostro, el pecho de ella quedó aplastado tras la fina tela, él sintió el impulso loco de acariciarlos. Pensar en esa posibilidad le provocó otra erección, afortunadamente ella no se fijaba en su entrepierna, ni se hacía preguntas al respecto.

Jason giró la cabeza mientras se desabrochaba el chaleco mojado. Lo lanzó al suelo que cayó a escasas pulgadas donde estaba ella.

—Cubre tu pechos —le ordenó tajante.

Ella parpadeó confundida. Miró la tela, y un instante después la sujetó con ambas manos. Observó la prenda de forma concienzuda, como si fuera la primera vez que sentía el tejido grueso entre los dedos.

Jason insistió.

—Me excita verte los pechos —no la miraba, y Vivien optó por ignorar su orden—, en realidad, toda tú me excitas.

—¿Qué es excitar? —preguntó ella inocente.

Un sinfín de posibilidades se abrieron en la mente de Jason. Vivien era una mente en blanco, él podría enseñarle todas y cada de las artes amatorias. El tiempo que estuvieran en la isla podrían dedicarlo a conocerse el uno al otro. Y el deseo que sentía hacia ella borró el poco sentido común que todavía tenía.

—¿Deseas que te lo muestre?

Los ojos de ella brillaban como dos esmeraldas. ¿Cómo podía mostrarse tan inocente? ¿Tan tranquila y pacífica?

«Porque nunca se ha sentido amenazada», se dijo.

—Excitar es lograr que se produzca o se intensifique un estado o sentimiento —estaba claro que ella no lo entendía—. Excitar la mente y el cuerpo —Vivien le sostuvo la mirada—. El corazón se acelera de tal forma que nos cuesta respirar —Jason le acarició el rostro con la yema de los dedos—. Al contacto con lo que nos excita, el estómago se encoge y se expande, se llena de movimiento, como si lo tuviéramos lleno de mariposas. —La escuchó suspirar suavemente.

Jason intensificó la caricia por el cuello femenino y descendió hasta el nacimiento de sus pechos, percibió perfectamente el escalofrío involuntario de ella. Con muchísima suavidad, rozó el tierno pezón, y un segundo después lo pellizó con delicadeza. Ella gimió y parpadeó.

—Voy a besarte...

—¿Besarme?

Jason inclinó la cabeza hacia ella y tomó los delicados labios entre los suyos. Al principio se limitó a mover su boca sobre los dulces y carnosos labios de la joven, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió paso entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron la superficie, la joven se estremeció, y, sin saber cómo, lo agarró por los hombros y lo hizo

acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo. Jason continuó besándola más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no supo negarle. Las manos de él acariciaron los pechos de ella sobre la tela de su enagua hasta llegar al cuello, y unos segundos después recorrieron el camino en sentido contrario.

La sintió estremecerse entre sus brazos, pero no dejó de besarla. Apartó la mano de ella de su hombro y la dirigió hacia su entrepierna, la friccionó para que sintiera el bulto en el interior de sus pantalones. Jason estaba a punto de correrse allí mismo. Vivien abrió la boca para recibirlo mejor al mismo tiempo que emitía unos sonidos bastante seductores. Estaba claro que disfrutaba con lo que le hacía.

Él, iba a traspasar la línea, pero no le importaba. Había estado a punto de morir ahogado varias veces. Se encontraba con la mujer más seductora de todas en una isla desierta, quizás nunca podrían regresar a la civilización, era pensar en todo eso, y aumentar su determinación de poseerla en todo sentido. Decidido, la alzó en brazos, y, sin dejar de besarla, se dirigió con ella hacia el interior de la cabaña. Tenía que poseerla, tenía que saciar su apetito por ella, lo demás no importaba. Ni se molestó en cerrar la puerta una vez que estuvieron dentro. La depositó en el estrecho jergón y comenzó a quitarse la camisa y los raídos pantalones. Ella miraba todos y cada uno de sus movimientos. Que ella estuviese desnuda bajo la fina enagua simplificaba mucho las cosas.

—Voy a hacer que te sientas muy bien —le dijo él.

—Me gusta la excitación —confesó ella sin un gramo de pudor.

—Desnúdate como yo —la apremió.

Ella lo hizo muy lentamente, pero no fue premeditado. Él quería enterrarse en ella, ya, profundamente. Se acostó junto a su lado en el catre. Separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que ansiaba abrir para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada cavidad de la joven. Vivien sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla porque estaba muy excitada, si es que lo que sentía se podía llamar así. Le temblaba el pulso, sentía el corazón acelerado, y cientos de aleteos en su estómago, era como el paraíso. Al ver que ella no impedía sus avances sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él, enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre.

Jason percibió claramente todas y cada una de las emociones que la

sacudían. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión que requería atención. La boca de Jason abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Aferró entre sus dientes el maduro pezón y lo mordió con una delicadeza infinita. Lo único que quería era lamerla, chuparla pues su cuerpo sabía a mar. La piel de su miembro estaba tensa. Ella estaba más que lista para él pues sus dedos estaban tan empapados que casi parecía que los había metido en miel templada. Los retiró de ella y sujetó su pesado miembro entre los dedos, lo llevó hasta la cueva en la que se moría por entrar. Posicionó la cabeza púrpura en la entrada, se preparó, y, a continuación, se deslizó suavemente en el interior satinado.

¡Dios todo poderoso! ¡Era como entrar en el Edén!

—Seré cuidadoso contigo, aunque me cueste la vida —le dijo con voz estrangulada cuando rozó la fina barrera de su virginidad—, no dejes de mirarme.

Se deslizaba dentro de ella como seda. Se ajustaba a su alrededor como un guante hecho a medida. Retiró sus caderas un poco haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal estrecho, y, de una fuerte embestida, se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. Sintió sus uñas clavándosele en los hombros y la escuchó quejarse. El cuerpo de ella se tensó ante la invasión por unos segundos, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente. Jason se dijo que era el mejor sexo que estaba experimentado, y se asombraba de que fuese con una virgen. El pensamiento le estremeció el cuerpo por completo, y lo acicateó a hundirse una y otra vez en el seductor cuerpo. Percibió que no podría aguantar más, y se tensó de los pies a la cabeza, pero Jason era un amante experimentado y sabía cómo contenerse hasta que ella alcanzara la liberación.

Con un gemido de dolor, ella se dejó llevar por él aunque sentía dolor y placer en el mismo porcentaje. Su cuerpo se tensó cuando una espiral de deseo se enroscó en su vientre y la convulsionó de los pies a la cabeza. Jason sintió el orgasmo de ella y se lanzó también en busca del suyo, no pudo evitar un bramido ronco cuando su cálido fluido de vida inundó la matriz de ella.

Los brazos de Vivien quedaron laxos mientras una sonrisa de satisfacción masculina se instaló en su boca y se reflejó en su mirada azul. Lo había logrado, pese al dolor irremediable, le había dado placer. Con suavidad se retiró de ella y contempló ambos cuerpos. La sangre virginal manchaba su

miembro, también salpicaba los muslos de ella. Se levantó del lecho en el que le había hecho el amor, y recogió la enagua femenina. La hizo jirones y utilizó uno de los trozos para empaparlo en el agua caliente que se calentaba en el cubo junto al fuego. Lo estrujó levemente y acercó el húmedo trapo a la entrepierna de ella.

—Tranquila.

—Me escuece —se quejó ella cuando comenzó a lavarla.

—Lo sé, pero solo será un momento.

La lavó con dulzura, como si ella fuera la más preciada de las porcelanas, y cuando terminó arrojó el paño dentro del cubo.

Se acostó junto a ella y la abrazó.

CAPÍTULO 8

Jason había leído varias veces el diario de abordó que ella le había entregado. Walsingham describía perfectamente la tormenta que azotó su nave y que le llevó a naufragar. El relato de la muerte de su esposa cuando cayó por la borda, le había resultado muy emotivo. Vivien era casi un bebé, y Jason se preguntó qué hombre arriesgaba así la seguridad de su familia. La descripción de su lucha por salvar a su hija, de recuperar enseres del barco, e instalarse en esa cala escondida, fueron muy reveladores. A Jason le gustaba especialmente los pasajes donde el náufrago narraba la experiencia traumática que supuso para él perderlo todo, y su fuerza de voluntad para no rendirse a la desesperación.

Afortunadamente para Walsingham y su hija, los animales que transportaban en la nave no habían perecido en la tormenta, y el hombre había podido recuperar casi todos los alimentos que el barco llevaba. Había secado las semillas, había preparado la tierra, y las había sembrado. Esa parte de la isla tenía agua dulce, y la forma de la cala cerrada en concha hacía de protección natural contra las tormentas y el frío.

Jason levantó un momento la vista y fijó la mirada en la preciosa mujer que en ese momento alimentaba a los patos con el resto de las verduras que ellos desechaban. Si no lo hubiese visto, no lo habría creído. Las Gaviotas pescaban para ella. Le traían peces que ella cocinaba, otros los destripaba, secaba y ahumaba.

Vivien estaba de espaldas, y como él había roto la enagua que siempre llevaba puesta, se había colocado un vestido azul cielo con flores plateadas, era más grueso que la tela de la enagua y ya no se transparentaban sus rosados pezones. Ella le había enseñado el arcón que contenía un pequeño tesoro: vestidos y joyas de su madre. Especias... Jason sonrió, el sabor de los ruibarbos mejoraría mucho con las especias, aunque ella no sabía utilizarlas y por eso estaban intactas.

Sonreía mientras la observaba. Entre ellos se había forjado un lazo muy fuerte pues Jason le hacía el amor varias veces al día. La primera semana después de su primera vez, se mostró insaciable, la segunda, ya no sentía esa necesidad acuciante de poseerla a cada momento, y ahora, en la tercera semana, cuando las necesidades físicas y sexuales estaban completamente

saciadas, sentía un hambre muy diferente: la de regresar a la civilización a cualquier precio.

Jason tenía que dejar de mirarla, o le haría el amor de nuevo.

Había terminado al fin las piezas de un juego de ajedrez, no se parecían mucho a las que tenía en su camarote del Galatea, pero se sentía muy satisfecho de su trabajo. Para simular las negras, la mitad de las piezas las untó de ceniza, y, aunque no tenía tablero, improvisó uno valiéndose de un trozo de madera. Con un trozo de carbón que rescató de las ascuas de un fuego casi extinto, dibujó los 64 cuadrados con precisión. Sin embargo, la ardua tarea sobrevino después al tratar de enseñarle a ella las normas del juego, le había llevado varios días hacerlo. Vivien perdía demasiado tiempo admirando cada pieza, además, se despistaba a menudo. Contemplaba las nubes que dibujaban mapas en el cielo azul, pero él no tenía nada mejor que hacer salvo hacerle el amor y tratar de enseñarle a jugar.

Colocó la última pieza sobre la madera y la llamó. Ella se giró al escucharlo. Jason estaba sentado sobre una roca plana justo al lado del agua y de la caña de pescar. Aunque las gaviotas les traían el alimento, a él lo tranquilizaba lanzar el sedal y esperar a que algún pez picara el anzuelo.

Vivien venía hacia él con paso rápido, la vio desabrocharse las cintas del corpiño, él las había dejado muy flojas cuando la ayudó a ponérselo por la mañana. Ella se sacó el vestido por los pies, no llevaba nada debajo. Sin mediar palabra se lanzó al agua y nadó un poco. Cuando asomó la cabeza, él tenía el cejo fruncido.

—Tenía calor —le dijo ella con una sonrisa.

Jason volvía a tener una erección, y terminó suspirando.

—Y yo te miró y también siento también calor, pero aquí abajo —con una mano se tocó la entrepierna.

La muchacha lo salpicó de agua.

—Siempre estamos haciendo el amor... —Vivien había aprendido muchas palabras nuevas gracias a él.

—Y jugando al ajedrez —respondió por ella.

Vivien se acercó a la roca y movió el primer peón. Jason se quedó pensativo mirando el movimiento que había efectuado ella al tuntún.

—El ajedrez es un juego para meditar y pensar antes de lanzar el primer movimiento —volvió a decirle por enésima vez.

Ella estaba dentro del agua, pero Jason no. Después de que la morena lo mordiera, había decidido bañarse en otro lugar menos peligroso. Ella solía

reírse de él y sus miedos. Cuando volvió a salpicarlo de agua, regresó al presente con una mueca que podía interpretarse de sumo fastidio, era él quien se había despistado pensando en otros asuntos que no eran el juego del ajedrez.

—Jaque... —dijo moviendo el alfil y dejando encerrada a la dama pintada de ceniza negra. Vivien intentó mover la torre, pero Jason le señaló con el dedo que entonces dejaba expuesto al rey. Lo siguiente que vio Jason fueron las piezas del ajedrez flotando en el mar. Ella las había derribado con bastante enojo—. No sabes perder —le espetó burlón.

Ella golpeó el agua con bastante fuerza y lanzó un silbido. La morena golpeó con su cola el agua, y Jason quedó empapado de pies a cabeza. Tenía que haber recordado que el bicho nadaba alrededor de ella.

—Reitero, eres una pésima jugadora.

Se alejó un tanto de él y le extendió la mano en una invitación. Jason la miró sorprendido. ¿Pretendía que se lanzara al mar estando ese bicho en el agua? No le apetecía en absoluto.

—Estás loca si crees que me meteré en el agua estando esa morena —le dijo en voz baja—, no me apetece en absoluto que me muerda.

Ella alzó una ceja en un interrogante que él no correspondió. No obstante, recogió las piezas de madera del agua y se las ofreció.

—Tizón no te molestará si nadas conmigo.

Jason lanzó un improperio que ella no entendió.

—Puede haber muchos tizones ahí abajo —le dijo él señalándole el agua mientras recogía de las manos femeninas las piezas de ajedrez—, y no estoy dispuesto a comprobarlo. —Vivien hizo una pirueta completa delante de él aunque no lo impresionó en absoluto—. Sí, ya sé que nadas mucho mejor que yo—, continuó—, y que tienes animales de compañía que espantarían hasta el más valiente —la cara de ella se iluminó—. Pero estaría en clara desventaja con respecto a ti —Vivien chapoteó en el agua para volver a mojarlo, y Jason la miró con sobrado enojo—. Si vuelves a hacer eso, no me acercaré a la orilla nunca más mientras estés tú en el agua.

La advertencia provocó el efecto deseado. Se mantuvo quieta, aunque sin dejar de mirarlo.

—Yo no he crecido en esta isla como tú, he estado a punto de ahogarme en tres ocasiones.

—Yo te salvé —le recordó ella.

—No lo he olvidado —respondió él.

—Te volveré a salvar cada vez que lo necesites.

Ahora la miró estupefacto. Él era Jason Bennet Craven, cuarto conde de Whernside, y había visto más mundo y enfrentado a más peligros que ella. Su natural masculinidad se sintió ofendida tras escucharla.

—Me preocupa lo imprudente que eres —le dijo con disgusto—. En el mar hay muchos peligros —ella no conocía el significado de esa palabra.

—¿Todo ese enfado porque deseo que nades conmigo?

Jason cerró los ojos tras escucharla. Él era el macho, y se mostraba desconfiado. Él era el hombre, pero ella mostraba más seguridad que un batallón de hombres armados. Finalmente se sentó. Las rocas de esa parte de la isla eran bastantes bajas y planas, uno podría estar sentado sobre ellas y al mismo tiempo tener los pies dentro del agua, por ese motivo le gustaba tanto ese lugar en particular: podía zambullirse si problemas y sin tocar las rocas del fondo. Jason vio en el agua una pieza del ajedrez que Vivien no había recogido momentos antes. Se inclinó lo suficiente para alcanzarla pero no se percató que ella se había hundido por completo y desaparecido de su vista. Un momento después emergió del agua con un fuerte impulso, le echó los brazos al cuello, y logró que el peso lo desequilibrara, sin poder remediarlo comenzó a inclinarse hacia delante.

Cayó al mar con estrépito, y cuando sacó la cabeza del agua, la miró de forma reprobadora.

—¡Llevo los pantalones puestos!

Un momento después, Vivien se zambulló por completo y él sintió que se lo desabrochaba y quitaba y que los lanzaba hacia la superficie de las rocas.

—Prefiero que me quites los pantalones cuando estamos fuera y no dentro del agua—protestó con energía, pero en su tono se advertía que comenzaba a divertirse—, y no me apetecía mojarme, para que lo sepas. —Él hizo el amago de sujetarse a la roca para tomar impulso y abandonar el agua.

Ella murmuró algo muy bajo, pero él lo había escuchado.

—¿Me has llamado cobarde?

Se lo merecía porque él le había enseñado esa palabra, esa, y muchas otras.

Una exclamación reverberó en el interior del pecho masculino. Estaba enojado con ella porque tenía habilidades que él no había desarrollado, como criar gaviotas y jugar con morenas. Él era el hombre y tenía el deber de protegerla, pero sucedía todo lo contrario.

—El agua es parte de mí —le explicó Vivien que no llegaba a

comprender la sucesión de emociones que cruzaban el rostro de él—. Y tú también...

Se giró hacia ella, la miró con los ojos abiertos de par en par, y con las aletas de la nariz dilatadas. La muchacha apenas se movía, nadaba de forma natural y ajena a la hecatombe que había supuesto para Jason escuchar su declaración.

—¿Soy parte de ti? —le preguntó casi en un susurro.

—Cuando estás dentro de mí...

Y Jason comprendió el peligro que representaba ella para su vida y sus intereses. Sus ojos azules se oscurecieron, su boca se curvó en una mueca que ella nunca había visto. La chica se alejó nadando porque no entendía qué significaba la expresión de él.

—Y, ahora, ¿quién es la cobarde?

Vivien hizo una pirueta y cayó al agua con bastante estrépito, Jason sufrió un vaivén por las olas que lo lanzaron hacia las rocas.

—Me reitero, no tienes sentido del humor —le dijo con una de esas sonrisas que tanto le gustaban a ella.

—Quiero enseñarte unos corales —le dijo ella nadando hacia él.

—¿Y esa morena tuya no me morderá? —Vivien le mostró una sonrisa enorme. Jason pensó que se había iluminado el día—. Soy un hombre desconfiado por naturaleza ya lo sabes, sobre todo con bichos que tienen dientes afilados —confesó.

Ambos seguían en el mar, pero él no daba muestras de querer salir del agua. Movía los pies y las manos con energía para seguir manteniéndose a flote.

—Ni las aves que crío ni los peces que cuido me hicieron sangrar como tú aquella primera vez que te introdujiste dentro de mí —le recordó ella.

El pecho de Jason se infló de orgullo masculino. La había hecho sangrar, cierto, pero la había hecho disfrutar después, y todas las ocasiones posteriores.

—Siempre ocurre la primera vez —le explicó.

Ella se quedó pensativa durante unos segundos.

—¿Cuántas primera vez has tenido?

Jasón optó por no responderle. Cogió la mano que ella le había ofrecido. Imitó su gesto de cerrar la boca y contener el aliento. Ella tiró de él con fuerza y Jason abrió la boca para protestar.

—Está bien, contendré mi precaución todo lo que pueda para que me

enseñes tus corales.

Ella hizo algo increíble, lo besó en la boca. Jason se dejó llevar por el sensual beso y la abrazó de forma posesiva. Los pechos de ella se aplastaron contra su torso, pero él percibió los pezones sobre la tela de su camisa, de inmediato el deseo prendió en el interior de sus entrañas como fuego griego.

Instantes después percibió que el agua lo cubría por completo, y aunque el deseo de cerrar los ojos era inmenso, no lo hizo, y así descubrió durante las siguientes horas una maravilla que lo iba dejando asombrado: un mundo fascinante que se desplegaba ante él. Un reino con sus propios colores, leyes y belleza.

Ambos tenían que emerger para tomar aire, y aunque Jason no tenía la capacidad de aguante de ella bajo el agua, la siguió en cada zambullida sin quedarse atrás.

Los arrecifes de coral formaban una grandiosa arquitectura edificada por unos diminutos y primitivos animales. Parecían colonias ramificadas unas entre otras de esqueleto duro, aunque muchas con el extremo blando y de diferente tamaño. Se maravilló al contemplar el coral rojo, el azul, y algunos abanicos de mar conocidos como corales negros. Eran muy raros. Siempre había creído, como la mayoría de los marineros del Galatea, que los corales pertenecían a aguas más cálidas como las del trópico, si bien descubrirlos tan cerca de Inglaterra lo dejó perplejo. También descubrió infinidad de peces que no se apartaban al paso de ellos, todo lo contrario, algunos parecía que los seguían. La sal le escocía, pero Jason se negó a cerrar los ojos y privarse de tanta belleza, aunque se quedaba sin aire. Volvieron a emerger y a sumergirse decenas de veces, y así, nadando cogidos de la mano, con el agua acariciando cada tramo de piel, descubrió los secretos y las maravillas de las profundidades.

Palacio Medway Abbey, condado de Kent

Lord Thomas Walsingham se había encerrado en sí mismo tras la marcha de su hermano menor. Paul había embarcado en el Odyssey, el barco que él había mandado construir dos años atrás para desplazarse en los distintos viajes diplomáticos que tenía que hacer para la corona, y se había llevado las joyas de la familia, algunas de ellas de valor incalculable pues habían sido obsequiadas por la misma reina Elizabeth a los Walsingham.

Thomas estaba enfadado y herido a partes iguales. Su hermano menor

no desconocía que él no podría engendrar hijos y herederos para el ducado pues había sufrido una enfermedad de niño que lo imposibilitaba. Paul se había mostrado como un consumado egoísta y desmerecedor de su respeto. Hacía diez meses ya desde que se marchara de Medway Abbey, y en todo ese tiempo no había recibido ni un mensaje ni una carta que le anunciara si estaba bien.

Con el Odyssey podría navegar muy lejos, si vendía las joyas que había robado, podría obtener una fortuna considerable y establecerse donde quisiera para comenzar esa vida que tanto había perseguido: libre de cargas y responsabilidades.

Thomas seguía muy enfadado, pero lo extrañaba, aunque si alguna vez regresaba, se había jurado que jamás iba a perdonárselo.

Pero lo que el duque ignoraba, era que el barco que capitaneaba su hermano había naufragado, que Margaret Marshall había muerto, y que Paul había sobrevivido en un lugar remoto y desconocido con una hija muy pequeña. De nada le iban a servir las joyas ni las decisiones impulsivas que había tomado a lo largo de su existencia.

Había vivido toda la vida como un irresponsable, e iba a morir igual.

Él, siguió con su vida en Kent, aunque se le agrió el carácter y se le enfrió el ánimo. Todo su esfuerzo lo puso, no en descubrir qué había sucedido con su hermano menor, con su esposa e hija, sino en conseguir más fortuna, más prestigio, y en un remedio que le permitiera engendrar un hijo varón. Probó con la medicina cristiana, la musulmana, incluso la judía, pero ninguna lograba lo imposible: hacerlo padre del próximo duque de Gremthams.

CAPÍTULO 9

Vivien nunca había mantenido una discusión con nadie, pero una mañana Jason se enfadó con ella. Y por esa circunstancia sentía el corazón encogido, la sensación era casi tan intensa como cuando él le hacía el amor, pero en absoluto era agradable. Los encuentros sexuales entre ellos habían disminuido considerablemente, aunque ella no se quejaba porque consumían cada hora del día y de la noche en mutua compañía.

Ella necesitaba su compañerismo porque había estado sola demasiado tiempo.

El día que desapareció su padre, fue el más trágico de su vida. Vivien esperó su regreso durante días, siempre parada en la roca plana mirando la espesa niebla frente a la isla, pero su padre nunca retornó. Le costó aceptar que se había quedado sola, aunque se conformaba pensando que se había marchado en busca de ayuda, esa posibilidad le insufló esperanzas a su corazón, y se entregó a las tareas que normalmente realizaba su padre con ahínco, se esforzó muchísimo, y trabajó como nunca en su vida, pero no regresó. Años después, cuando ya había perdido toda clase de esperanza, el mar, en compensación, le hacía entrega de Jason, pero él se había enfadado con ella porque Vivien no comprendía sus ansias por abandonar la isla. Quería regresar al lugar de donde procedía. Para ella, que jamás había visto otra cosa que su hogar en la isla, le parecía ilógico. Estaba feliz de tenerlo a su lado, de compartir cada momento con él... pero para Jason no era suficiente.

Le había dicho que era una persona importante en Inglaterra, que tenía asuntos de los que ocuparse, que solo tenía una meta en su pensamiento: volver con los suyos.

Ella no podría acompañarlo pues no tenía lugar a dónde ir ya que su hogar estaba en la isla. Pensar en salir de ella le provocaba, por primera vez en su vida, temor. Ella nunca había experimentado esa sensación, pero Jason se lo había explicado al detalle, y ahora Vivien entendía muy bien lo que significaba la palabra MIEDO, tenía miedo a perderlo, miedo a quedarse sola, miedo a lo desconocido.

Jason no le habló durante todo el día. Ella sentía grandes deseos de llorar porque no sabía cómo acercarse a él. Lo veía malhumorado, distante, frío. Ella que nunca había sentido frío, ahora parecía helada.

Seguía esperando su regreso apoyada en la roca plana, pero su esfuerzo resultó inútil, Jason la ignoró. Se dedicó a recorrer las partes de la isla que todavía no conocía, mientras ella seguía intentado comprender su cambio de actitud. Se dijo que los hombres eran seres sumamente complejos, e intuía muy dentro de sí que el hombre al que había salvado era diferente.

Vivien terminó llorando y regresando al interior de la cabaña que había construido su padre. A su alrededor solo había silencio y quietud. Una rara calma que la ponía nerviosa, porque se había acostumbrado a escucharlo hablar, reír y maldecir. Le gustaba que la abrazara por las noches para darle calor. Que le provocara esa excitación que culminaba en una muerte lenta para ella, él lo había llamado hacer el amor, pero para ella era nacer de nuevo.

Se tocó la pulsera de perlas azules que adornaban su muñeca, era su tesoro más preciado, sin embargo, no dudaría en ofrendárselo si lograba con ello que dejara de estar enojado.

«Amistad, qué palabra más extraña», se dijo. Jason le había hablado en innumerables ocasiones de esa cualidad, y, aunque trataba de entenderlo, no lo conseguía del todo. «Me dijo que los amigos se protegen», continuó en silencio, «yo soy su amiga porque lo he protegido, entonces, ¿por qué motivo no viene a mi lado?».

El llanto de Vivien se hizo más pronunciado.

Comenzó a emitir unos suaves sonidos que fueron aumentando a medida que desgranaba su tristeza en pensamientos tristes. ¿Cómo podía una parte de su cuerpo sufrir tanto? Sentía un dolor agudo en el pecho, una opresión en la garganta, y un sudor frío en las manos. ¿Y si Jason decidía marcharse y dejarla sola? ¿Qué haría ella entonces? ¿Cómo sobreviviría con todo lo que le había mostrado él?

Jason se encontraba en el interior de la gruta urdiendo una forma de escapar de la isla y regresar a la civilización. Era consciente que debía dejar su confinamiento y recuperar la barca para marcharse de la isla, pero la sensación alerta que sentía por lo desconocido, se unía la incertidumbre de no saber cómo hacerlo, ni cuándo. Desde el borde del acantilado había sentido deseos de saltar, pero él no era un hombre temerario por naturaleza, ni era propenso a los impulsos irracionales, tenía muy claro que quería sobrevivir, y para hacerlo necesitaba mantener la cabeza fría: sopesar las alternativas, y las

diferentes opciones.

Durante días había leído el diario en su totalidad, Walsingham había dibujado las cartas de navegación con anotaciones claras que perseguían un objetivo concreto. Al comprobar las marcas y los números con las anotaciones que contenía el diario, descubrió que todo señalaba a un punto determinado, bien donde estaba él o muy cerca. El dueño de los objetos era el mismo capitán Paul Walsingham, y Jason comprendió que el señor Walsingham había descubierto algo muy importante porque había arriesgado la seguridad de su mujer e hija para ir en su busca.

En algún momento del día Jason la escuchó llorar, y apretó los labios.

Había desarrollado un instinto protector hacia ella como nunca antes en su vida, pero ella no tenía cabida en el mundo al que quería regresar. Vivien debía de tener familia, tíos, primos, padrinos... él se había prometido que la llevaría hasta ellos, y después retomaría el rumbo de su vida.

Los pies de Jason lo llevaron al final de la gruta, como si el sonido de ella fuera un potente imán que lo atraía hacia la cabaña. Se quedó de pie mirando la precaria construcción.

Era pensar en ella y descorazonarse.

En los días que habían pasado juntos, habían reído, jugado, y descubierto una capacidad de comprensión hacia todo lo que lo rodeaba. ¡Y la deseaba! Estaba loco, desquiciado. Pensaba en sus pechos, y los imaginaba en sus manos en su boca...

En ese momento escuchaba su llanto, y el sonido le penetraba en el alma de una forma que no tenía explicación porque nunca la había oído llorar. Sentía la urgente necesidad de descender de las alturas para llegar hasta a su lado y consolarla. «No puedo flaquear», se dijo determinante. «No puedo dejar de buscar la forma de escapar de este encierro», argumentó para sí mismo. Y el sonido seguía metiéndosele en la sangre. Ofuscando su cerebro y aletargando su corazón. Se sentó sobre la hierba y se dispuso a escucharla sin ser consciente que iba perdiendo la noción del tiempo.

Jason pensó en su hogar, en Whernside House, en el Galatea, en la posada Blackthorn donde solía tener encuentros ilícitos con sus amantes. Evocó los ricos y sabrosos estofados de cazador que la señora Mirren le preparaba. Añoró la tina de madera llena de agua caliente y de suave espuma blanca. El olor a brezo de las sábanas donde recostaba los huesos... de pronto, un sonido estridente lo trajo de vuelta al presente. Jason parpadeó varias veces para enfocar la visión, y se reincorporó como un resorte de su posición recostada.

¿Qué había ocurrido? La alarma y la desesperación hicieron presa de él en el mismo porcentaje, y el sentimiento que ella le despertaba le hizo decidirse a bajar.

Cuando llegó a la cabaña no encontró rastro de Vivien. Observó la lejanía poniéndose la mano como visera, pero no la veía por ningún sitio. Ni tan siquiera un ligero chapoteo que lo alertase de que había decidido nadar. Subió por la pendiente donde se encontraba la gruta para mirar por el otro lado hacia las enormes rocas, pero tampoco fue capaz de visualizar nada. Regresó sobre sus pasos hacia el objeto que estaba tirado en la roca. Se puso en cuclillas mientras sus ojos se dirigían hacia la pulsera de perlas azules que Vivien solía llevar en la muñeca. La tomó entre sus dedos y las analizó. Las esferas azules eran perfectas en tamaño y en color, él nunca había visto perlas de esa tonalidad pues brillaban con un nácar diferente que casi parecía cristal, y supo que era una joya valiosa y única. ¿Por qué motivo la había dejado ella sobre la piedra? Jason también vio los corales con los que se sujetaba el pelo en ocasiones, y entrecerró los ojos extrañado. Miró hacia su derecha y detectó un pequeño rastro de sangre. Al inclinarse sobre la piedra se dio perfecta cuenta que había más, y tan roja, que sintió un escalofrío en la base de la nuca. ¿De quién era la sangre? Se alzó todo lo alto que era y corrió entre las rocas tratando de encontrarla, ¡debía de estar herida para sangrar tanto!

Su corazón cabalgó sin freno ni control. La imaginaba tirada en las rocas, con el cuerpo malherido, y la angustia hizo presa de él hasta el punto que sintió en los ojos que las lágrimas le quemaban.

—¡Vivien!... ¿Dónde estás? —el silencio siguió a su pregunta, pero no detuvo la carrera loca que había emprendido.

¡Necesitaba encontrarla! Cerciorarse de que estaba bien. No saber qué había sido de ella lo dejaba sumido en un estado de nerviosismo. «¿Qué te ha ocurrido, pequeña?», se preguntó con verdadera angustia. «¿Dónde diantres estás?».

Jason tenía una misión que realizar: localizarla, y por San Jorge que iba a encontrarla.

CAPÍTULO 10

La desesperación iba en aumento.

Llevaba varias horas rastreando la parte de la isla que era accesible a pie aunque sin resultados. Y Jason lamentó la discusión absurda que había mantenido con ella, y su aislamiento. «No puedo perder lo que tanto me importa». «Prometo cuidarte, te entrego mi palabra que te protegeré todo».

Paró sus pasos de golpe y trató de escuchar en el silencio, pero sólo oía su corazón exaltado. «¿Dónde estás pequeña?», volvió a preguntarse. «No desistas Jason, la encontrarás». Después de horas de búsqueda infructuosa, Jason regresó al embarcadero natural porque necesitaba cerciorarse de que ella no estaba allí. Se descalzó para meter los pies en el mar mientras ofrecía un ruego para que ella apareciera de nuevo.

—Prometo no enfadarme más contigo... —musitó apenas en un susurro.

La pulsera de esferas azules la llevaba Jason en su muñeca izquierda. No le importaría que se perdiera el resto de objetos que había encontrado a lo largo de esos meses de naufragio, pero sí la pulsera: había alcanzado para él un símbolo personal de unión entre ambos.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse tras la cortina de niebla, Jason oyó un peculiar chapoteo que le resultó conocido, y, de pronto, frente a él, emergiendo del agua, la cabeza de Vivien se hizo visible. Ninguno de los dos rompió el silencio. Ninguno de los dos apartó las pupilas el uno del otro. Ninguno de los dos fue consciente de la mirada que intercambiaron: uno lleno de preocupación, la otra de inquietud.

—Estaba muy preocupado —la voz de Jason sonó aliviada.

Vivien se apartó un tanto porque no sabía a qué atenerse con él pues su tono la había desconcertado. Respiró profundamente y lo miró sin un parpadeo.

—Me hice daño —le dijo seria.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Ella nadó de forma muy suave a su encuentro y apoyó las manos en la roca plana. Tomó impulso hacia arriba y le mostró la herida que tenía en la cadera izquierda.

Jason vio el profundo corte, y el corazón le saltó dentro del pecho.

—¿Cómo te has hecho eso?

Los ojos brillantes de Vivien no se apartaban del rostro varonil que la miraban muy preocupado.

—Me alejé demasiado.

—¿Te alejaste? —inquirió pasmado—. ¿Por qué...? —no pudo continuar de lo asombrado que estaba. No obstante, necesitaba hacerle una pregunta de forma imperiosa—. ¿Hacia dónde nadaste? —preguntó quedo.

—Más allá del arrecife —respondió.

—Ahí rompen las olas demasiado fuerte —dijo como para sí mismo.

Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Jason trataba de comprender, y entonces se fijó en los hombros femeninos que tenían unas marcas muy significativas, ¡parecían mordiscos!

—¿¡Quién te hizo algo así!? —ella se tapó los hombros con las manos al ser consciente de la mirada de él, y se alejó hacia otra roca para poner distancia entre ambos. Jason no se lo reprochó porque su rostro reflejaba la ira que sentía.

—El banco de morenas se ha desplazado, y no me percaté.

Jason abrió la boca estupefacto. ¿Había dicho un banco de morenas?

—¿Estás tratando de decirme que tus heridas han sido provocadas por morenas? ¡Por San Jorge! —estaba atónito a medida que la explicación de ella formaban las imágenes en su mente—. ¿Cuántas morenas?

Necesitaba reorganizar los pensamientos. La muchacha no ordenaba las frases y le llegaban caóticas.

—Habla despacio... —le aconsejó—. Querías recuperar una cosa para mí, y decidiste arriesgarte —la mujer le hizo un gesto afirmativo bastante elocuente con la cabeza.

Jason inspiró profundamente. Percibía el estado de ánimo de ella. Los sentimientos que la recorrían porque eran los mismos que sentía él: una imperiosa necesidad de afecto y compañía, también de miedo, y de preocupación.

—¿Qué querías traerme? —pero ella ya no contestó—. Nunca vuelvas a arriesgarte así —el tono de su voz era bastante duro—. Sal del agua tengo que curarte.

No podía apartar los ojos del rostro que lo miraba de hito en hito. Se mantenía apartada porque se sentía culpable.

—Hay que curarte esa herida —le informó sincero.

Le parecía inaudito que ella sintiera temor hacia él.

—He prometido protegerte —los bellos ojos de ella se contrajeron como

si hubieran recibido un foganazo de luz—. Conmigo estarás siempre a salvo —le confesó con afecto—. Te mantendré a salvo de todo, incluso de tu morena.

El rostro de ella se iluminó mientras se acercaba a él.

—Tizón no me haría nunca daño...

Vivien se acercó de forma muy suave hacia donde estaba sentado, y le ofreció una sonrisa dulce. Jason la ayudó a salir del agua. La chica que lo miraba de forma tan cándida era un ser muy especial. Lo había salvado de morir ahogado, lo había provisto de alimentos para que subsistiera.

Sentía un maremoto en su pecho y una conmoción en su cabeza. Vivien le provocaba esos dos estados caóticos.

—Quiero devolverte tu pulsera —Jason hizo varios intentos de sacársela de la mano, pero ella se lo impidió con las suyas.

—Te la obsequio —estaba bastante sorprendido.

—No lo merezco, de veras que no —Vivien le puso un dedo en los labios al mismo tiempo que le ofrecía un gesto negativo con la cabeza—. Está bien, no la rechazaré —admitió—, pero vamos a curarte esa herida de una maldita vez.

Jason la cogió en brazos, la muchacha entrecerró los ojos y giró la cabeza hacia el muro de niebla blanca: como si hubiese escuchado algo que escapara a los oídos de Jason.

—¿Qué sucede? —preguntó ansioso.

Pero ella ya no dijo nada más. Lo miró larga y profundamente, como si hubiese descubierto en él algo que le sorprendía sobremanera. Jason ignoraba que era un sentimiento pleno de confianza y unión.

—¿Qué hay tras el muro de niebla? —preguntó con preocupación en la voz.

Vivien se encogió sobre sí misma. Jason apreció el temor que sentía.

—Te protegeré siempre —afirmó mientras caminaba con ella en brazos en dirección a la cabaña.

Esa afirmación le arrancó a ella un amplia sonrisa, y de nuevo Jason pensó que había iluminado el cielo con ella.

CAPÍTULO 11

Su vista se clavaba constantemente en el espeso muro de niebla que rodeaba la isla: lo atraía. Le hacía adentrarse en infinidad de cuestiones, como por ejemplo, por qué motivo la niebla no se disipaba en las horas cálidas y soleadas del día. Únicamente en una ocasión, la niebla había estado lo suficientemente lejos como para que él descubriera la barca encallada en las rocas que se encontraban frente a la costa, pero de un tiempo a esta parte parecía que la espesa bruma había aumentado hasta el punto que parecía que avanzaba hacia la isla y que la iba a cubrir por completo.

Jason pensó que si en algún momento la niebla se aligeraba, él trataría de traer la barca a tierra. Era su vía de escape, su salvación, y cada día que amanecía aumentaba su esperanza de que la niebla se hubiera disipado al fin.

Se encontraba en ese momento recogiendo restos que el mar lanzaba contra las rocas: trozos de madera, algas secas y conchas de moluscos. En un principio no advirtió la presencia pues siguió en la tarea de encontrar objetos que le sirvieran para reparar la barca. Estaba obsesionado en buscar un resto de madera lo suficientemente largo y ancho para que le sirviera de remo, no obstante, los trozos que recogía eran demasiado pequeños, solo servían para encender fuego, y no para remar con ellos.

Escuchó un chapoteo tras él y supo que ella se estaba bañando de nuevo. Vivien parecía más un pez que una mujer pues se pasaba mucho tiempo dentro del agua. La observó de forma detenida, con un brillo penetrante. Ella se encontraba feliz haciendo piruetas.

—Podrías ayudarme a sacar restos.

Había pronunciado las palabras en un tono muy suave. La mujer se acercó hasta donde estaba él. Jason no la perdía de vista.

—Todo eso que sacas no sirve de nada —respondió ella—. Y he trabajado mucho y estoy acalorada.

Jason entendió la crítica en sus palabras. Él estaba obsesionado con encontrar una forma de salir de la isla, y le dejaba a ella el trabajo del huerto y los animales.

Vivien se hundió en el mar hasta que la barbilla quedó a ras del agua. Parpadeó ligeramente y apartó la mirada de la figura de Jason. Él entrecerró los párpados hasta convertirlos en dos rendijas negras. Llevaba las manos

llenas de maderas y algas. Sin previo aviso las dejó caer al suelo y avanzó un par de pasos hasta que sus pies quedaron al borde de la roca dentada.

—¿Me estás acusando de vago? —preguntó con el estómago agitado y el corazón lleno de interrogantes.

Vivien le señaló un punto y los ojos de Jason siguieron el movimiento. Encima de una roca plana había varios pescados.

—¿Pretendes que los limpie? —inquirió apremiante. Ella hizo un gesto afirmativo—. Está bien.

Sin dejar de mirarla, Jason dirigió sus pasos hacia el lugar donde estaban situados los pescados, se inclinó sobre ellos y los tomó con una mano. Había un total de cuatro y de diferentes tamaños. Regresó sobre si mismo y recogió las maderas que había dejado caer momentos antes.

—Los destriparé y los asaré al fuego.

Ella lo siguió apenas sin hacer ruido. Jason se preguntaba a menudo cómo podía moverse con esa quietud en los movimientos. El agua apenas se agitaba al paso de ella, no se escuchaba ni un leve chapoteo. De repente, paró sus pasos y se giró un tercio.

—¿No vas a salir del agua para ayudarme?

Ella sonrió ante su queja. Salió del agua justo en el lugar donde había dejado su vestido azul. Se lo puso aunque no ató los lazos del corpiño. Caminó con paso firme hacia Jason que la miraba sin un parpadeo.

La observó como si la viera por primera vez.

—Me encanta como hueles —le informó sorprendido, como si hubiera descubierto algo increíble.

Ahora que estaba cerca de él, el aroma que respiraba era como si hubiera aprisionado en la tela de una vela gastada, agua, sal y arena caliente. Jason suspiró durante un momento. La presencia de ella le provocaba una saludable sensación de bienestar que le resultaba inexplicable.

Jason se giró de nuevo y comenzó a caminar con pasos rápidos y decididos. Durante la siguiente hora, encendió un fuego que se hizo ascuas muy pronto. Mientras tanto, destripó los peces con el puñal que siempre llevaba atado al cinturón. Dispuso las rocas en alto para que la carne se asara bien sin que llegara a quemarse, y mientras aguardaba, metió los pies en el agua muy cerca de ella.

—Vivien—comenzó—, ¿recuerdas el lugar donde encontré la barca encallada y el cadáver del hombre?

La muchacha hizo un asentimiento de cabeza, y con el dedo le señaló un

punto en el horizonte. Jason siguió el gesto de ella con los ojos.

—Voy a traerla.

Un silencio pesado se instaló entre ambos. Él no apartaba la vista del rostro bello, ni Vivien apartaba sus ojos de la figura tensa que la miraba con atención.

—Pienso repararla y llenarla de provisiones para marcharme de aquí.

Tras decir las palabras, el tiempo comenzó a transcurrir lento y pesado: como si el reloj hubiese perdido las manecillas que apuntaban las horas.

—¿Marcharte? —preguntó con un hilo de voz.

—Deseo regresar con los míos.

Los ojos de Vivien se oscurecieron.

—¿Tienes mucha familia? —inquirió—. Yo estoy sola.

—No estás sola —la miró con una sonrisa—. Tienes a ese bicho con dientes que te protege —contestó con humor—. No puedo verlo, pero sé que está ahí mismo.

Vivien emitió ese sonido tan particular y algo se removió en el agua muy cerca de ellos. Se escuchó un golpe de cola, y de nuevo Jason quedó mojado, afortunadamente las brasas donde se asaba el pescado estaban algo retiradas.

—¿Cómo le enseñaste a responderte? —le preguntó mientras se limpiaba las gotas de agua y sal del rostro.

Vivien se inclinó hacia él.

—Lo encontré malherido varado en la arena, tenía una herida muy fea en el costado —Jason la escuchaba muy interesado—. Lo llevé conmigo y lo metí en la cubeta...

—¿Lo metiste en una cubeta?

—Habría muerto si lo hubiera dejado en el mar.

Jason lo suponía. Los peces heridos servían de alimento a otros peces más grandes.

—Tardó mucho tiempo en curarse, pero yo lo alimentaba con insectos que cazaba. Cuando se recuperó lo llevé de nuevo al mar, pero nunca se separó de mí. Nadamos juntos y hacemos piruetas al mismo tiempo —Jason estaba asombrado—. Sucedió algo parecido con una gaviota, se había roto un ala y no podía volar. Con mis cuidados, tiempo después lo hizo, y pudo recuperarse, pero antes de marcharse de forma definitiva de mi lado, me dejó un nido con tres huevos —se quedó pensativa—, imagino que los dejó para que me alimentara, pero no pude. Decidí ponerlos en un lugar caliente, y tiempo después nacieron tres gaviotas preciosas —Jason no podía creérselo—.

Cuando aprendieron a pescar para alimentarse, también me traían peces para mí...

—¿Me cuentas todo esto para decirme que no piensas abandonar la isla?

Jason le había leído el pensamiento. Ella no podía marcharse porque tenía que esperar a su padre, y porque tenía que cuidar a sus bichos, como los llamaba él.

—Pues yo no puedo vivir siempre aquí, perdido en esta isla —le dijo de pronto con voz queda—. Deseo regresar con mi gente, y tú vas a venir conmigo.

Ella emitió un sonido que a Jason se le antojó un gemido, y lo miró con profunda tristeza. Mostrando en el brillo de sus pupilas una desesperación como nunca había sentido.

—Pero necesito la barca, y no soy capaz de orientarme para llegar hasta ella —Jason calló un momento—, el muro de niebla me impide la visión —la mujer giró el rostro hacia el lugar que él miraba con hondo desprecio—. Creo que los pescados ya están asados, ¿notas el aroma que desprende?

Ambos alzaron el rostro al unísono e inspiraron profundamente. Él, soltó un gruñido de placer, y ella trató de imitarlo aunque sin conseguirlo.

—Si huele bien, sabrá mejor.

Acto seguido se dirigió hacia las ascuas rojas. En una madera plana y fina puso un par y se los ofreció a ella con una gran sonrisa en los labios. La muchacha las tomó entre sus manos al mismo tiempo que acercaba la nariz para aspirar el penetrante y delicioso olor.

Los siguientes minutos los dedicaron a devorar la carne tierna y jugosa.

—¿Te apetece jugar al ajedrez? —le preguntó.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza bastante significativo.

—¿Te apetece nadar conmigo? —le preguntó ella a su vez.

—No, no quiero nadar —respondió él con voz aguda.

Jason cerró los ojos durante un momento, como si meditara en algo transcendental. Estaba saciado, tranquilo. La presencia de ella apaciguaba su espíritu.

—¿Eres feliz, Vivien? —preguntó de repente.

Ella comenzó a moverse en un ligero vaivén, con los ojos entrecerrados y los labios apretados, como si pensará qué palabras ofrecerle y sin decidirse por ninguna. Él percibió el ligero movimiento del agua y sonrió todavía más.

—Parece que el mar baila—susurró quedo—. Me gusta escucharlo.

CAPÍTULO 12

Jason despertó, pero Vivien no estaba en la cama con él. Esa noche le había hecho el amor como un loco, en realidad, ella se lo había hecho a él. Se había mostrado ansiosa, decidida. Y él participó con gusto en esa entrega memorable. Se levantó del jergón, se puso los raídos pantalones, y salió al exterior a buscarla, pero ella no estaba en el huerto. Imaginó que estaría bañándose de nuevo en el mar. A una sirena no le gustaría tanto el agua como a ella.

Cuando alcanzó las rocas se llevó la sorpresa de su vida. La barca estaba varada en la orilla donde el mar la mecía con un constante movimiento. Vivien estaba apoyada en la roca plana y lo miraba con un brillo de satisfacción que lo enterneció y enfureció al mismo tiempo.

¡Había corrido mucho peligro! ¿Cómo se arriesgaba así?

—Has hecho algo imprudente —la censuró seco—. Temerario, podría haberte costado la vida.

—¡Pero la he traído! —la emoción la embargaba—, para ti.

Jason la examinó de forma concienzuda tratando de verificar si estaba rota.

—Un gracias estaría bien —lo animó ella.

Jason soltó un suspiro largo.

—Mi libertad no vale nada si cuesta una vida, la tuya.

Vivien se emocionó al escucharlo.

—Conozco esta isla, sus recovecos —le dijo ella—. Sé a qué lugares puedo ir, y nado bastante bien. Me aproveché de la marea baja para traerla hasta aquí.

Jason la escuchaba con interés, estaba contento y emocionado a la vez, ella podría haberse ahogado al traerla.

—Buscaré un palo que me sirva para usarlo como remo, y mientras tanto repararé la grieta que tiene.

Vivien dejó su punto de apoyo y nadó hasta quedar muy cerca de la orilla.

—Tengo que darle la vuelta —le dijo él con voz seria—. ¿Me ayudas?

Jason todavía recordaba el sobresalto que sufrió cuando descubrió el cadáver bajo la hinchida madera. Se puso en cuclillas y trató de darle la vuelta.

—No quiero verlo —confesó ella muy seria.

—¿Qué dices? —preguntó asombrado y sin dejar de mirarla. La muchacha lo miraba con tristeza en sus ojos—. ¿Te asusta lo que hay debajo?

Jason no tenía modo de saber que la mujer tenía un miedo real a que el hombre que estaba muerto bajo la barca fuese su padre. Ella había creído durante muchos años que regresaría vivo a por ella.

—Cavaré una fosa y lo enterraré.

—Jason, crees que... —no pudo continuar porque un nudo le cerraba la garganta.

Ella había visto la barca en alguna ocasión, pero nunca se había interesado por ella porque sus esperanzas estaban puestas en el hombre que regresaría a buscarla. No había pensado en nada, hasta la llegada de Jason.

—Los dos le daremos un entierro digno.

Ella no le respondió. Siguió en silencio observando la reacción de él. Jason se pasó la mañana cavando un hoyo lo suficientemente grande como para enterrar el cuerpo, o lo que quedaba de él. Cuando terminó de cavar regresó a la orilla del embarcadero y asió la barca por un extremo para tratar de darle la vuelta.

—¿Me ayudas? —pidió sin ambages.

Vivien agarró el extremo y entre ambos lograron poner la barca del derecho.

—Es una labor desagradable, pero cuanto antes la realice mejor, y prefiero que te mantengas apartada.

—¿No deseas que te ayude a transportarlo?

El muerto estaba totalmente irreconocible, no quedaba nada salvo una cadena de oro y una medalla que llevaba colgada al cuello. Con los jirones de una camisa que había destrozado, agarró al cadáver por los hombros y lo depositó en un tablón de madera lo suficientemente grande como para poder arrastrar el cuerpo hasta el hoyo. Sin carne sobre los huesos, el muerto pesaba muy poco y le resultó fácil transportarlo. Y lo hizo ofreciendo una plegaria sincera y emotiva. Con prisa volcó la madera para que el cuerpo rodara hasta el hoyo, aunque una vez dentro, Jason se apresuró a quitarle la cadena que todavía llevaba en el cuello y la dejó en un montículo de tierra. Instantes después comenzó a tirar la tierra dentro del agujero ayudándose con una madera mucho más pequeña. Cuando terminó, tenía el cuerpo empapado en sudor y una sensación desagradable en la boca del estómago.

No era el primer muerto que veía, pero rezó para que fuera el último.

Cuando regresó junto a ella tenía palpitaciones en las sienes, y se sentía sucio y maloliente. Inspiró profundamente mientras se quitaba la camisa del cuerpo y la arrojaba hacia un lado. A la camisa le siguieron el resto de las prendas.

—Necesito quitarme el pestilente olor de la muerte.

De un salto se zambulló en el agua fría. Instantes después, Vivien estaba junto a él. Ambas cabezas casi pegadas la una a la otra.

—Nademos juntos, quiero olvidar lo que he hecho hace un momento.

Ella lo cogió de la mano y se acercó al rostro viril. Lo besó de una forma que lo dejó sin capacidad de reacción. Jason hizo algo impulsivo, tomó la iniciativa y le acarició el paladar con la lengua. El interior de las mejillas. El beso se volvió posesivo, abrasador. La abrazó con fuerza y la pegó a su pecho. Le encantaba sentir sus pechos sobre su torso. Tocar la suavidad de la piel de su cintura.

Jason no pudo resistirse a hacerle el amor. Y se lo hizo sobre la roca plana que tanto les gustaba a los dos.

Vivien reconoció la medalla que Jason le dio. Había pertenecido a su padre. Admitió al fin que el hombre de la barca era Paul Walsingham, y que había perdido la vida tratando de huir de la isla.

Jason se hacía muchas preguntas al respecto. ¿El hombre había decidido marcharse dejando sola a un niña de ocho años? No tenía sentido. ¿Por qué motivo utilizó el único medio que tenía para adentrarse en los arrecifes? Cuando le preguntó a ella, Vivien admitió que ellos no tenían ninguna barca, entonces Jason dedujo que Paul Walsingham la habría descubierto por casualidad, como él, seguramente un día que la espesa neblina no alcanzaba los arrecifes. Cuando le preguntó por qué motivo no había tratado de recuperar la barca mucho antes, ella se sinceró: no sabía navegar ni el rumbo que tenía que seguir. En la isla tenía alimento, un hogar, y se había resignado al regreso de su padre.

Reparar la barca le llevó menos tiempo del que había imaginado, no así encontrar una madera lo suficiente larga y robusta como para remar con ella. Había colocado el cofre pequeño, las cajas que contenían el catalejo, la caña y resto de enseres, dentro del arcón bajo el tablón de madera que servía de asiento. Dejó a la vista una camisa larga de dormir con volantes en los puños, aunque no sabría decir por qué motivo. Envolvió los retratos, las cartas, el

diario y el libro en una chaqueta de lana gruesa. Tenía que impedir que se mojaran si el mar se encrespaba o se desataba una tormenta. El mayor obstáculo se le presentó con el agua porque no tenía recipiente para conservarla dentro del bote. El tonel era demasiado grande y pesado para incluirlo en su partida, aunque Jason dejó de pensar en ello, buscaría un medio para hacerlo.

Vivien lo miraba desde una distancia prudente. Veía todos los preparativos que realizaba, y con cada movimiento de él, parecía que ella se encogía un poco más. No quería que se marchara. Ella lo ignoraba, pero él tenía intenciones de llevarla consigo de nuevo a la civilización.

—Estás muy callada —la voz le llegó entre brumas.

Andaba perdida en pensamientos de abandono y dolor. La partida de Jason se había convertido para ella en un momento terrible.

—Voy a extrañarte mucho —confesó con un hilo de voz.

Jason detuvo sus movimientos y la miró estupefacto.

—¿Qué vas a extrañarme? —repitió su pregunta—. ¿Piensas que no voy a llevarte conmigo? —preguntó bastante incrédulo—. Eso es porque no conoces muy bien a Jason Bennet Craven.

La muchacha inspiró profundamente y lo miró con ojos soñadores. Él regresaba a un mundo que siempre le había interesado, donde las personas se desplazaban de un lugar a otro en hermosos carruajes tirados por bellísimos caballos. Jason le había contado tantas cosas bonitas sobre su mundo.

—Tus ojos están tristes —Jason no había dejado de observarla—. ¿Qué sucede? —preguntó con un timbre de ansiedad en la voz—. Sé que va a ser duro dejar esta isla, pero te prometo que te llevaré a un lugar mucho mejor.

Ella le mostró una sonrisa tímida. Jason entrecerró los ojos todavía más. Algo le ocurría porque su silencio le resultaba inesperado.

—Inglaterra te gustará mucho —le dijo—. Seguro que tienes mucha familia que estará encantada de tenerte de nuevo entre ellos.

Vivien tomó la mano firme y la apretó entre las suyas. Jason miró los dedos entrelazados. Le habló para tranquilizarla.

—He visitado países lejanos en el Galatea, pero ninguno de ellos se parece a Inglaterra —calló un momento antes de continuar—. Aunque tiene una gran variedad de tonalidades, el que predomina es el verde: verde esmeralda, ¿lo sabías? —ella seguía en silencio—. Tiene unos preciosos acantilados, y sus aguas son transparentes cuando te acercas a la costa. Las playas son de arena blanca, parecen un manto dorado que invita a recostarse en ellas y a

cerrar los ojos —Jason suspiró con profunda melancolía, como si los recuerdos le produjeran una sensación de desapego y tristeza—. Sus ríos serpentean por zonas bellísimas, y fluyen desde las montañas hasta el mar. Transcurren por paisajes de belleza singular y salpicados por bonitas aldeas llenas de color. Toda Inglaterra sobresale por la belleza de sus paisajes. Por el verde de sus praderas, por sus valles y montes...

Las palabras de Jason cesaron de repente, como si evocarlas le produjera un malestar infinito. Vivien parpadeó varias veces porque el sonido de la voz del él la había transportado a un mundo prohibido para ella.

—Tengo miedo de tu mundo —confesó sincera.

Jason podía entenderla. Vivien era de una rara personalidad que no encajaría en una sociedad de mujeres que se dejaban guiar por estrictas normas morales.

—Tu familia te acogerá con los brazos abiertos, créeme —dijo de pronto.

Miró sorprendentemente hacia atrás, hacia el lugar que los ojos de Jason miraban fijamente. Él observó que las nubes en el cielo se habían intensificado. El muro de niebla parecía mucho más espeso e impenetrable, y una ligera brisa comenzó a agitar el mar.

Cuando la miró de nuevo se preocupó.

—¿Qué te sucede? —Jason vio la alarma en los ojos de ella, y el temblor de sus manos, manos que todavía sujetaba entre las suyas—. ¿De qué tienes miedo?

Vivien trató de soltarse.

—Se acerca una tormenta muy fuerte.

Él, ya lo sospechaba.

—¿Te dan miedo las tormentas? —preguntó con un murmullo.

—Esta es diferente...

La brisa se había tornado en un aire muy fuerte que movía las nubes del cielo en derredor. La temperatura descendió varios grados, y el mar comenzó a agitarse y a golpear las rocas con un siseo largo.

—¡Vivien!

Al fin se había soltado de la sujeción de las manos de él. Caminó a grandes zancadas hacia el interior de la cabaña.

Jason se alzó todo lo alto que era sin dejar de mirarla atónito. El miedo en el rostro de la mujer era palpable, y se preguntó qué lo provocaba.

CAPÍTULO 13

Jason no estaba preparado para la borrasca que se desató a continuación. Sabía que era una tormenta perfecta. En términos marinos prácticos, era una en la que las embarcaciones que se veían atrapadas por ella, difícilmente salían bien libradas, pues normalmente se iban a pique. Y lo que azotó a la isla no era una tormenta sin importancia. El viento comenzó a soplar con fuerza inusitada y movía el mar hasta estrellarlo contra las rocas. Las olas comenzaron a alcanzar una altura peligrosa. Era un suicidio mantenerse en la orilla. Temió por la barca cargada que, en cada embate del mar, pensó que terminaría volcada. La había atado a una roca grande, pero ahora era consciente de que no había sido una buena idea. Jason tenía que arrastrarla hacia el interior para que las olas no la adentraran en sentido contrario, es decir, hacia el mar.

Hacerlo resultó muy duro. El fuerte viento lo desequilibraba y lo lanzaba al suelo. Se arrodilló para hacer de cortavientos y empujó fuerte y decidido hacia sí mismo, hasta que logró arrastrarla varios metros cuesta arriba donde las olas no llegaban todavía. Con las manos puestas en los ojos a modo de protección, comenzó la subida hacia la cabaña para resguardarse. El viento se volvió tan duro, que avanzar suponía un gran esfuerzo porque ante él se alzaba como una muralla. El fuerte temporal empujaba las olas hacia los acantilados formando grandes franjas de espuma que siseaban.

Llegó a la cabaña, y al adentrarse hacia el interior, respiró tranquilo. Se acercó al fuego encendido donde las llamas titilaban.

Vivien alimentaba el fuego con la leña que él había apilado días atrás.

—Confío que no dure mucho la tormenta.

Ella lo miró con atención.

—Este tipo de tormentas desplazan los bancos de peces...

Jason la entendió.

—¿Jugamos al ajedrez?

Ella detestaba ese juego.

—Prefiero que me hables sobre Londres, sobre Whernside House.

Como era imposible estar fuera, a Jason se le ocurrió una mejor forma de pasar las horas, y era haciéndole el amor. Cuando amainara la tormenta, seguiría llenando la barca de enseres, y partirían pronto.

—Quiero hacerte el amor.

Ella le sonrió de oreja a oreja. Jason la tomó entre sus brazos y la besó.

Vivien se sentía extrañamente viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él: de posesivo a paciente. Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en su interior. Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella. No la dejaba razonar. Y él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias.

Fuera, en el exterior, Jason podía escuchar los arbustos y la maleza que se movían y golpeaban entre ellas formando un sonido desapacible. Parecía como si el cielo se quejara. Oyó el sonido de un trueno que retumbó en la lejanía, después otro mucho más cerca. Jason la abrazó más fuerte y se perdió en el aroma y suavidad del cuerpo femenino.

Fueron las horas más hermosas y plenas de su vida. El orgasmo más largo y placentero de todos, y por eso quedó rendido y saciado. Ella se arrebujó entre sus brazos y descansó la cabeza en su recio cuello. Jason cerró los ojos y se rindió al sueño.

No supo el tiempo que estuvo dormido, podían ser tanto minutos como horas, pero lo había despertado la voz de ella. Abrió los ojos y no la vio a su lado en el jergón. Vivien lo llamaba. Percibió en su tono angustia, dolor, y supo que algo grave le ocurría. Se levantó como un resorte y se colocó los pantalones a la velocidad del rayo, cuando salió al exterior el aire lo golpeó con furia. Al bajar por el acantilado, observó las olas gruesas que rompían contra las rocas.

La escuchaba, pero no podía acercarse hasta el embarcadero porque las olas eran demasiado grandes y pesadas. Caminó en círculos pero la velocidad del viento le impedía fijar la vista más que un par de segundos. Parpadeó constantemente porque se le reseca la retina y le escocía.

—¡Vivien!, ¿dónde estás? —grito a pleno pulmón.

La llamó de forma constante al mismo tiempo que caminaba de un lugar hacia otro. El aire le llevaba el sonido de ella, pero no la ubicaba.

—¡Vivien!

El viento soplaba tan fuerte que parecía que el sonido salía del interior de la tierra que crujía en protesta. Las olas cada vez golpeaban más fuerte. De pronto la vio tirada en el suelo y recostada en la tierra dura. Jason había pasado al lado de ella, pero sus ojos no la habían visto. Con pasos inseguros

se acercó hasta el lugar y se arrodilló a su lado.

—Mujer estás loca, ¿lo sabes? ¿Cómo sales de la cabaña con este maldito tiempo? —ella gemía con desconsuelo, aunque en medio de su dolor le mostró orgullosa un remo de madera que sujetaba firme con la mano.

—¡Lo recuperaré!

—¿Dónde estaba? ¿Cómo lo has logrado? —preguntó atónito.

—Tuve que cruzar el banco de morenas hasta la roca saliente.

Vivien se dobló sobre sí misma en un gesto de auténtica agonía.

—¡Por Dios Vivien! —exclamó asustado—. Te llevaré hasta la cabaña, sujétate a mi cuello.

Una ráfaga de viento se llevó la tela con la que ella cubría sus piernas. La visión le provocó una arcada.

—¿Qué te ha sucedido?

—Las morenas... me mordieron, pero pude traer el remo...

Jason cerró los ojos un instante. Las piernas de ella tenían tantos mordiscos que no tenía carne en algunas zonas. Las heridas eran muy graves. Jason pasó uno de sus brazos por las axilas de ella, y la otra justo por las rodillas, pero al tratar de alzarla, el aire los tiró al suelo. Ella se retorció entre sus brazos al mismo tiempo que sollozaba de forma amarga. Perdía mucha sangre. Jason sabía que no podría curarla en la isla, no tenía medios para hacerlo. Tenía que buscar la ayuda de un médico porque la vida de ella estaba en juego.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —Jason comenzó a explicarle—. Vivien, si nos quedamos, morirás. Tus heridas son demasiado graves.

—Los animales... —no pudo continuar.

—Sobrevivirán.

—Casi no resisto el dolor...

—¡No vas a morir! —bramó decidido.

Ella se retorció. Gemía con sonidos agudos y tan profundos que le provocaron a él un escalofrío en el corazón.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió angustiado—. ¿Por qué motivo has arriesgado tu vida para traerme el remo? ¡Podíamos esperar un poco más!

Vivien se mordió los labios hasta el punto de hacerse sangre.

—Necesitabas el remo para irte... —casi no podía hablar del dolor que sentía—. El viento lo empujó cerca, y sabía que podía cogerlo.

—Tenemos que irnos Vivien, debemos buscar ayuda —le dijo de pronto muy serio—. Es una locura hacerlo con esta tormenta, pero necesitamos

encontrarnos con un barco que nos auxilie.

Vivien lo sujetó por el brazo y le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Vete, Jason —le dijo ella—. Yo solo te entorpecería en tu viaje.

Ella se había rendido, pero él no lo haría jamás. Jason sopesó todas las alternativas. La barca se encontraba cerca de ellos, y al estar situada cuesta abajo sería más fácil para él empujarla con ella dentro.

—No te abandonaré aquí —aseveró convencido—. Ni vas a morir.

Un segundo después corrió como alma que lleva el diablo hacia la barca a pesar de que el viento lo golpeaba con fuerza. Tenía que vendarle las piernas y tratar de que no sangrara. Regresó instantes después con el camisón largo y varios lienzos que había hecho con los restos de una vela que el mar le había llevado días atrás.

—¡Tendré que hacerte daño! —ella no lo escuchaba porque estaba inmersa en un sufrimiento extremo. Se retorció sobre sí misma mientras emitía gemidos sonoros y terribles—. Lo lamento tanto —los ojos de Jason brillaron.

Jamás había contemplado un dolor tan grande. Vivien retorció las manos de tal forma que él pensó que terminaría por despellejárselas.

Le colocó el camisón largo, Vivien siempre nadaba desnuda, y con trozos de tela le cubrió las heridas presionando la tela para que hicieran de comprensión. Los ató con fibras vegetales de forma precaria porque no podía perder más tiempo.

Vivien emitió un chillido horrible cuando él la vendó con las telas.

—¡Déjame aquí! —gritó.

Era tanta la angustia que sentía por Vivien que se sentía desangelado. Ella manoteó con fuerza para separarlo, si bien Jason no se lo permitió.

—Te llevaré conmigo aunque sea lo último que haga —prometió firme.

La sujetó por los hombros pero ella se debatía. El dolor de las vendas era insoportable.

—¡Maldita sea! ¡Quieta! —gritó con voz dura.

Dejarla en el interior de la barca con ella debatiéndose le supuso un esfuerzo agotador.

Jason la tapó con los lienzos lo mejor que pudo mientras la acomodaba. Cuando creyó que lo tenía todo controlado, recordó el remo que había quedado olvidado. Regresó por él y entonces fue cuando se percató que no había recogido víveres, no obstante, no se paró demasiado tiempo a meditar en ello. Vivien moriría y él tenía que sacarla de la isla y rezar para que toparan con algún barco. Marchó de nuevo hacia la barca, y, metiendo el remo en el

interior, comenzó a empujarla por la popa. Respiraba con dificultad pero el embarcadero se encontraba al final de la cuesta. Poco a poco la madera comenzó a deslizarse por sí misma, y, cuando faltó un paso para caer por su propio peso al agua, Jason se metió dentro con un salto. Cayó a escasas pulgadas de Vivien que seguía retorciéndose y gimiendo con una aflicción extrema.

—Reza para que nos encuentre un barco —murmuró con voz entrecortada.

Jason posicionó el remo y comenzó a remar, una vez a estribor, otra a babor. El aire ya no era tan fuerte, pero las olas movían la barca de forma amenazadora, aunque estaba empeñado en salvarla. Cuando el muro de niebla quedó frente a él, Vivien recobró parte de la inquietud de momentos antes. Lo sujetó del brazo y le hizo un gesto negativo con la cabeza. Tenía los ojos rojos y los labios ensangrentados.

—Moriremos —susurró doliente—, el arrecife.

Jason siguió remando con fuerza con el único objetivo de atravesar la pared de niebla.

—¡Lograremos cruzarlo!

Los brazos de él se tensaban con cada remada, pero no desistía en su empeño de llevarla lo más lejos posible de la isla, y entonces la niebla apareció frente a él, espesa, fría. Cuando la barca se adentró en su interior, Jason creyó que remaba entre nubes, y, de pronto, el chinchorro comenzó a agitarse con violencia de izquierda a derecha y él dejó de remar por instinto. No lograba ver nada salvo niebla y agua. Apenas se veía así mismo.

—¡El banco de morenas! —susurró ella con verdadera angustia.

Algo rozó el remo que sostenía, y, por puro instinto lo sacó del agua. La respiración se le fue acelerando, y, entonces, una sombra negra y alargada saltó por encima de su cabeza. El caos se desató de pronto. La barca fue zarandeada de izquierda a derecha con tanta fuerza que Jason temió que la volcaran.

Ella se alzó un poco, y, sacando el brazo de la barca, comenzó a golpear el agua mientras emitía ese sonido tan particular: el mismo que utilizaba para comunicarse con Tizón. Jason se alzó de su posición arrodillada y miró hacia el agua de babor y luego la de estribor. Levantó el remo y lo mantuvo en alto, comenzó a golpear el agua muy cerca de ella. Un segundo después, algo saltó de la profundidad hasta su altura, Jason observó los dientes afilados, era la manta raya más grande que había visto en su vida. Lo golpeó con la aleta y lo

desestabilizó, cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con el tablón de madera que servía de asiento. El dolor resultó tan agudo e insoportable que por un instante temió haberse roto el cuello. El remo voló hacia el agua y se hundió un instante después.

¡Lo había perdido! Un segundo después, perdió la conciencia.

Un sonido torturado lo devolvió al presente.

Jason parpadeó varias veces tratando de enfocar la vista, y lo que vio a continuación lo dejó perplejo. Vivien iba tirando las cartas de navegación que él había rescatado semanas atrás del baúl que el mar le había llevado. ¿Por qué diantres lo hacía?

—¡No! —exclamó de forma violenta—. ¡Suéltalas! —Jason sujetó la mano de Vivien para impedirselo.

Ella ya no hablaba, pero el sonido que salía de su garganta era muy significativo: mostraba un suplicio extremo. Vivien tiró la última carta, y a la última carta le siguió el diario de a bordo de su padre.

La espesa niebla seguía envolviéndolos por completo, pero el viento había amainado y el agua bajo ellos parecía un espejo tintado en blanco. Se fijó en las vendas que cubrían las piernas de Vivien: estaban empapadas en sangre. Ella se masajeaba la zona hacia arriba y hacia abajo, él supo que trataba de calmar el incesante y agudo dolor que debía sentir, pero sin conseguirlo. Jason se mantuvo quieto, contemplando en silencio la muerte anunciada de ella, y sin percatarse que sus propios hombros habían comenzado a agitarse por sollozos bruscos.

Vivien moriría, y él no podía hacer nada

—¡No! ¡No hagas eso! —las manos de Jason sujetaron las de ella y se las llevó al pecho para detenerlas.

Los ojos de la muchacha mostraban un tormento extremo.

—Quiero que cese el dolor —dijo apenas con un hilo de voz.

Jason actuó con un sentimiento de cariño nacido de lo profundo de su alma. Se arrodilló junto a ella y la abrazó con inusitada fuerza. La mantuvo pegada a su pecho hasta que el cuerpo de ella se fue relajando entre sus brazos, y fue abandonándose a su destino. Él, supo que había caído inconsciente, y por ese gesto de misericordia, ofreció una oración de gracias.

Vivien iba al encuentro de la muerte, y Jason lloró como nunca en su vida. Lloró tanto y de tal forma que no se percató cuando su cuerpo se quedó

sin agua, pero él seguía llorando en seco y murmurando plegarias que no concluía.

Siguió abrazándola durante mucho tiempo. Se ocultó el sol y volvió a salir sobre sus cabezas. En el chinchorro no tenían agua ni víveres. La barca iba hacia la deriva sin remo, pero a él nada le importaba. Vivien no moriría sola y abandonada en una isla, él la acompañaría en ese último viaje.

CAPÍTULO 14

Jason abrió los ojos y los clavó en el cielo azul que se veía completamente despejado sobre él. Sintió la madera de la barca bajo su espalda, y supo que él también había perdido la conciencia aunque ignoraba cuándo o en qué momento. Sus brazos seguían rodeando el cuerpo de Vivien, y, cuando trató de moverlos, no le respondieron: los tenía completamente entumecidos. Se lamió los labios agrietados por la falta de agua, y un quejido salió de su garganta al hacerlo.

¡La sed que sentía era abrasadora! ¡Le quemaba en los intestinos!

Tenía la boca completamente seca de saliva, hizo amago de tragar, pero le resultó imposible. Cerró los ojos para abandonarse al desfallecimiento, aunque antes de perder de nuevo el conocimiento, evocó los hermosos paisajes de su amada Inglaterra. De sus verdes valles llenos de pastos, y en los caudalosos ríos que serpenteaban pueblos y aldeas.

«Qué triste perecer así», se dijo así mismo. «Aunque moriré en el mar como un auténtico marinero», finalizó con una media sonrisa.

Jason ansiaba levantarse y comprobar si Vivien respiraba todavía, pero no tenía fuerzas para intentarlo. Cerró los ojos de nuevo y percibió el leve movimiento del mar bajo la madera del chinchorro. Allí, recostado en la suave madera y con el cuerpo de Vivien en los brazos, el tiempo transcurrió lento. Ni una sola nube rompía la armonía del cielo azul. Ni una ligera brisa suave, de esas que de día solían soplar desde el interior del mar hacia la costa, barría el silencio pesado. Y esa circunspección a su alrededor, inexplicablemente, lo cubrió de paz.

Mucho tiempo después escuchó murmullos lejanos. Unas voces que gritaban preguntando, y otras que respondían en el mismo tono. Trató de abrir los párpados, pero le pesaban como si fueran escudos de hierro. Percibió un movimiento brusco, y el ruido de maderas que chocan entre sí. Tras un instante, sintió una leve presión en los hombros, como si trataran de moverlo en un sentido y después en otro. La agitación le provocó un dolor agudo en los músculos de los brazos que le hizo crujir los dientes de forma involuntaria. Lanzó un gemido ahogado apenas audible porque tenía las cuerdas vocales inflamadas por la sed. Ignoraba qué sucedía porque todo en torno a él era borroso. Durante un momento vio el cielo, luego agua y después oscuridad.

Parecía que lo alzaban y después lo dejaban caer hacia el abismo. Trató de sujetarse a algo, pero sus dedos abrazaron el vacío. Pensó en Vivien que ya no estaba entre sus brazos y se preguntó dónde estaba, lo más apremiante, qué había sucedido con ella.

La mente de Jason era incapaz de hilvanar un pensamiento lógico o un razonamiento coherente. El movimiento brusco en vaivén le revolvió el estómago. Un estómago vacío de alimento. «No quiero vomitar», se dijo en un arranque irracional porque no tenía alimentos en el estómago. Un instante después cayó de nuevo en la inconsciencia.

Jason ignoraba que durante días habían navegado a la deriva, pero su destino no era morir en un chinchorro abandonado sin provisiones ni remo. Un galeón mercante se había cruzado en la trayectoria de la barca y los había rescatado de una muerte segura.

Se sentía brutalmente apaleado: como si le hubiera atropellado un carruaje. Abrió los ojos con mucha lentitud, y los fijó en el techo de madera. Una tenue luz amarilla inundaba la estancia, y durante un momento se preguntó dónde estaba.

—¡Al fin despierto! —una voz grave penetró en su cerebro provocándole una sacudida.

Una mano grande y fuerte le alzó ligeramente la cabeza y le colocó en los labios un vaso de agua. Jason bebió con fruición, pero antes de que pudiera saciarse del todo, el hombre retiró el vaso de su boca.

—Ha tenido una suerte de mil diablos —continuó la voz de—, y es un hombre fuerte. Pronto estará como nuevo.

Jason carraspeó varias veces tratando de aclararse la voz. Le costó un suplicio, aunque lo logró.

—¿Dónde... dónde estoy? —la voz sonó como un graznido horrible.

—En el Victory —le respondió el hombre—. Un galeón con muchas anécdotas que contar.

Jason fijó la vista en la cara picada de viruela y en la sonrisa jocosa del hombre que estaba inclinado hacia él. Por su aspecto dedujo que se trataba de un hombre curtido en el mar, aunque no iba vestido como un marinero.

—¿Es un galeón de guerra? —se aventuró a preguntar.

La cabeza del hombre hizo un gesto negativo.

—Un mercante —le aclaró—, que va de regreso a Dover.

La esperanza estalló en el pecho de Jason, mas de pronto se sintió avergonzado porque no había preguntado por ella, y el motivo no era otro sino retrasar el máximo tiempo posible la noticia de su muerte.

—¿Vivien...? —lo intentó con voz entrecortada.

—¡Ah! Pues la mujer no es tan fuerte como usted, aunque el doctor está haciendo un buen trabajo.

¡Vivía! El corazón se le desbocó dentro del pecho y casi se le sale por la boca.

—Pero está muy malherida —continuó el hombre—, el doctor no cree que pueda salvarle las piernas porque las heridas son muy graves.

—¿Salvarle las piernas? —inquirió confuso.

La ansiedad se apoderó de él.

—Pobre muchacha —continuó el hombre sin percatarse del caos emocional que sufría Jason al escucharlo—. Debe dolerle mucho porque nunca he visto unas heridas tan graves y extensas. No tiene piel ni carne sobre el hueso.

Jason necesitaba verla. Cerciorarse de que estaba bien. Hizo acopio de valor y se reincorporó en el lecho. El marinero le puso la mano en el torso para detenerlo.

—¿Dónde crees que va? —él lo miró asombrado por el repentino tuteo.

Al ver su cara de confusión, el marinero le sonrió más ampliamente.

—Espero que no te moleste que te tutee.

Jason respiró aliviado.

—Tengo que ir a verla.

Y el hombre no se lo impidió. Puso las manos en jarras y las cejas en arco mientras lo veía levantarse del lecho de forma insegura.

—Estás muy débil —aseveró—, y te vas a caer de bruces en el primer paso que des.

Jason ya lo sabía. Le temblaban las piernas por la falta de alimento. Sentía el estómago revuelto y la cabeza llena de ideas confusas, pero tenía que verla. Era imperativo para él conocer que estaba bien.

—Está bien, te acompañaré —rezongó el otro.

De pronto y sin previo aviso el hombre rudo lo aupó con suma agilidad y salió con él en brazos por el pasillo interior de la nave. Jason se percató entonces que llevaba un camisón blanco de dormir y los pies desnudos.

—Pesas menos que una doncella. Tendremos que poner carne en esos huesos.

No se rio por la observación del marinero por pura terquedad. Jason era plenamente consciente que estaba en los huesos, pero ello era debido a que su dieta había consistido en frutos silvestres, huevos de pato y pescado.

—¿Es usted el capitán del navío? —preguntó con más seguridad.

El hombre estalló en carcajadas.

—Ya me gustaría —le respondió jocosamente—. Soy marinero como mi padre, y como mi abuelo anteriormente, además de ayudante del doctor porque tengo buen estómago para contemplar amputaciones, y colaborar en coser heridas.

Jason entrecerró los ojos al escuchar las palabras del marinero. Un barco que llevaba a bordo un doctor y un científico no era un barco mercante común, pero no dijo nada sobre sus conclusiones. Los brazos del marinero eran fuertes, lo sujetaban apenas sin esfuerzo y eso que él era un hombre alto. Lo llevaron directamente hacia el alcázar, que era la parte de la cubierta superior que estaba situada entre el palo mayor y la popa, y comprendía la parte del castillo de popa que llegaba hasta la toldilla: una cubierta que se extendía desde el palo de mesana hasta el coronamiento de popa. Jason sabía que bajo la toldilla se instalaban las dependencias del capitán y donde estaban ubicados también los camarotes de los oficiales de mayor rango. El alcázar y la toldilla constituían el centro neurálgico del navío. Lo miraba todo con gran interés. El Victory era un buque muy grande que bien podría servir para la guerra.

El marinero no llamó a la puerta cerrada, no hizo falta porque por ella salía un hombre con una jofaina y un paño ensangrentado. Se hizo a un lado para permitirles la entrada.

—Hagerthy —dijo el hombre—, debe guardar reposo, pensé que lo había dejado claro.

La voz había sonado autoritaria.

—Señor Doyle créame que lo he intentado, pero este caballero es muy testarudo.

Jason observó al señor Doyle y dedujo que se trataba del doctor que había mencionado el marinero llamado Hagerthy momentos antes, sin embargo, sus ojos se dirigieron de forma ávida hacia el lecho donde se encontraba Vivien con los ojos cerrados. Hagerthy lo sentó en el mullido colchón mientras se enfrascaba en una conversación con el doctor.

El rostro de Vivien parecía tranquilo, sin las profundas arrugas de sufrimiento que él había contemplado días atrás. Ya no tenía los labios heridos, y las marcas de los brazos sanaban rápido. Jason se preguntó por qué motivo no estaba muerta. Observó la delicada figura tapada con un lienzo

grueso, Jason necesitaba saber, y, en un acto instintivo, agarró el tejido blanco y lo lanzó hacia atrás con energía. Al ver la parte inferior del cuerpo de Vivien lanzó un gemido ahogado. Sus piernas le provocaron una arcada involuntaria.

—No es una visión muy agradable —dijo de pronto el doctor que mantenía la mano extendida hacia él en señal de saludo. Jason la tomó por inercia y la estrechó—. Las heridas son muy graves, pero mantenerlas vendadas sería contraproducente.

—¿Cómo...? —no pudo continuar.

—He podido suturar algunas, pero otras no tienen carne para unir — Jason no sabía qué pensar—. Las heridas no solo han afectado todas las capas de la piel, también músculos, nervios, tendones y vasos sanguíneos, incluso temo que hayan podido llegar hasta el hueso —el doctor calló un momento antes de continuar su explicación que parecía devastadora—. ¿Qué se las provocó?

El hombre lo miraba de forma penetrante.

—Un banco de morenas —respondió rápido.

Si la explicación le pareció simple, el doctor no lo demostró.

—¿Se cayó al agua desde el barco en el que navegabais? —quiso saber.

Jason seguía mirando el aspecto de las piernas de Vivien, la carne parecía cartón.

—Debe de sufrir muchísimo —afirmó con voz temblorosa.

—La mantengo sedada con láudano hasta que el dolor le resulte más tolerable, aunque para ello falta tiempo todavía —explicó el doctor.

Él no podía apartar los ojos de las piernas de Vivien, ni el doctor los suyos de la figura inmóvil.

—¿Señor...? —oyó que le preguntaba.

Jason seguía absorto mirándola, y, cuando se percató que los dos pares de ojos estaban clavados en él, se puso a la defensiva.

—Jason Bennet Craven, cuarto conde de Whernside.

El doctor y el marinero parpadearon sorprendidos.

—¿Y la dama es su esposa? —inquirió Doyle.

La pregunta había sido formulada en un tono demasiado interesado. Jason se percató del brillo de interés en los ojos del médico al observar a Vivien, y el mundo se detuvo para él. Vivien era su amiga incondicional, su amante voluntariosa en esa isla perdida en la que habían estado, pero en el mundo al que se dirigían, no podría ser su esposa, y parecía que el doctor se interesaba demasiado en ella.

—Es una prima por parte de madre.

El doctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Lo escuchó suspirar, ¿era de alivio? Se preguntó Jason.

—Si lo desea, le haremos entrega de sus pertenencias que custodia el capitán en su camarote.

CAPÍTULO 15

Jason se mantenía en un silencio premeditado mientras se alimentaba de forma abundante. Mantuvo silencio a las explicaciones que el capitán y el doctor esperaban con inusitada paciencia. Ambos hombres achacaban su silencio al trauma que había sufrido en el naufragio y al horror de perderlo todo, pero Jason ignoraba si el señor Walsingham tendría familia que pudieran ocuparse de Vivien cuando llegaran a Inglaterra. Si realmente ella estaba sola, él, podría ayudarla.

Había descubierto por boca de una gran mayoría de marineros que el Victory pesaba unas quinientas toneladas, y que llevaba a bordo un total de ciento veinticinco hombres, entre ellos noventa marineros, quince oficiales, veinte grumetes, y el resto eran hombres de mar. Él vestía ropas de caballero prestadas por el propio capitán, aunque el hombre era más bajo y recio, y, aunque le quedaban cortas y anchas, no le importó.

La mente de Jason regresó a ella y al milagro de que siguiera con vida a pesar de las heridas que había sufrido por traerle el remo.

Desde la barandilla del barco veía la línea del horizonte mientras la brisa marina le revolvía el ensortijado pelo rubio. Frente a él no tenía un muro de niebla insondable como cuando se encontraba confinado en la isla. Veía solo horizonte y cielo azul. Tan ensimismado estaba pensando en todo lo sucedido, que no escuchó los pasos del doctor Doyle hasta que estuvo a su lado.

—Lord Bennet, su prima se encuentra despierta —Jason se sobresaltó al escucharlo.

—¿Puedo verla? —preguntó con esperanza.

El doctor hizo un gesto afirmativo e invitó a Jason a seguirlo. Los pasos que lo separaban del camarote donde se encontraba se le antojaron millas. El corazón comenzó a latirte apresurado, mientras un sudor frío le bañaba la palma de las manos. Las secó al pasarlas por la tela de sus pantalones. La actividad en el barco era frenética. Rudos marineros de aspecto hosco iban y venían por el pasillo estribor de la nave llevando enseres y cuerdas. Otros conversaban de forma tranquila ajenos a la actividad del resto, como si hubieran terminado sus quehaceres diarios.

Cuando el doctor Doyle lo precedió por el interior del barco, Jason meditaba en todo lo que le había acontecido desde que embarcó en el Galatea.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, e ignoraba qué haría cuando llegasen a Dover.

El doctor se detuvo en la puerta cerrada y le cedió el paso.

—Es una dama muy valiente —dijo de pronto Doyle.

El tono de su voz lo molestó. Jason suspiró al mismo tiempo que empujaba la gruesa puerta que dividía el camarote del pasillo. El doctor lo seguía de cerca. Cuando sus ojos se clavaron en la figura en el lecho que miraba atónita sus piernas, paró sus pasos de golpe: parecía que se había quedado clavado al suelo de madera. No obstante, la trémula sonrisa que le mostró ella cuando alzó el rostro hacia él, lo decidió a seguir avanzando. Jason llegó hasta el lecho y se sentó en el borde. Vivien hizo un intento leve de pasar la palma de la mano por la extremidad, pero en el último momento se contuvo.

—Hoy parece que sus extremidades están mejor —comentó el doctor con cautela.

Jason giró el rostro para mirarlo, sus movimientos eran suaves, su sonrisa demasiado íntima, un instante después volvió el rostro hacia ella.

—¿Te duele? —le preguntó a la mujer.

Vivien hizo un gesto negativo apenas perceptible.

—El opio que le administro calma notablemente el dolor que las heridas le provocan —contestó el doctor por ella.

Vivien volvió a clavar sus pupilas en esa parte de su cuerpo irreconocible: sus piernas estaban casi negras por las suturas y los morados. Era una visión tan horrenda, que giró el rostro con desagrado.

Jason suspiró al ver el gesto de ella. El doctor se sentó en una silla de madera que estaba un tanto alejada de la cama. Jason percibió el movimiento por el rabillo del ojo. La presencia del doctor lo molestaba, y no se explicó el motivo.

—Su prima se recuperará —afirmó rotundo, con ese tono que adoptan los médicos cuando saben que lo tienen todo controlado—. Le quedará unas cicatrices bastante feas, pero conservará las piernas.

Jason pensó que habían tenido mucha suerte. Que los encontrara un barco con un médico abordo, había sido un milagro.

—Hemos sido muy afortunados de que nos encontrara el Victory —le dijo a ella que seguía en silencio.

—¿Cómo se llama vuestra prima? —preguntó el médico—. Ella no ha querido decírmelo —el doctor calló un instante pensativo—, admito que me

preocupa que el shock por lo sucedido no le permita hablar.

—Vivien Walsingham.

El rostro del doctor mostró la sorpresa que sentía.

—¿Walsingham? ¿De los Walsingham de Kent? —Jason no sabía qué pensar al respecto—. ¿Es hija de sir Paul Roderick Walsingham? —insistió el doctor sin dejar de mirarla—. Conocí a su padre hace ya muchos años —reveló el doctor. Jason tragó saliva de repente. Era una coincidencia que no se esperaba—. Atendí a su esposa Margaret cuando cayó enferma de gravedad, en aquella época vuestra prima no había nacido todavía.

Jason seguía mirando a Vivien intentando elaborar una respuesta creíble. Ahora se daba cuenta que mentir sobre el parentesco entre ellos no había sido una buena idea, sobre todo porque él lo desconocía todo sobre la familia de ella.

—Cuando llegemos a Dover enviaré un telegrama a su tío avisándole de la nueva —Jason contuvo la respiración al escucharlo—. Thomas estará encantado de recuperar a su sobrina.

Vivien observó a Jason con mirada confusa.

—Ahora os dejaré a solas para que podáis hablar con tranquilidad y sin interrupciones. Si necesitáis algo estaré en la cubierta de popa.

La salida del doctor sumió el camarote en un silencio pesado, y que por momentos se tornaba incómodo. Jason se sentía de pronto como un animal acorralado, aunque no se movió del lecho de ella.

—¿Tu prima? —le preguntó ella aguda, pero la su voz sonó en sus oídos como un canto glorioso.

Jason decidió no responder a la pregunta.

—Sabía que tenías familiares que se alegrarían de verte —respondió vacuo.

—Puede que sean otros Walsingham —dijo ella con el rostro lleno de preocupación—, y que yo esté sola en el mundo.

Jason clavó sus ojos en ella mientras la tomaba de la mano para infundirle ánimos.

—Eso ahora no tiene importancia —respondió él—. Estás a salvo, yo te mantendré a salvo.

—Pero, ¿cómo sobreviviré en tu mundo?

Jason pensaba a toda velocidad, y recordó algo muy importante y que no había tenido en cuenta: el cofre con las joyas que él había recuperado y que tenía a buen recaudo el capitán del Victory. Con la venta de las joyas, Vivien

podría comenzar una nueva vida. Podría comprarse una casita en el campo, y él le pasaría una renta mensual para que no le faltara de nada.

—Hay muchos Walsingham en Inglaterra —murmuró pensativo—. Pero algo me dice que Thomas es tu tío —Vivien giró el rostro para no mirarlo.

Por primera vez en su vida, se sentía cohibida.

—Pero, ¿y si no lo es? —estaba comenzando a angustiarse.

—Siempre me tendrás a mí —trató de consolarla—, pero no pensemos en ello ahora porque tienes que concentrar todas tus energías en recuperarte.

—¿Y si mis heridas ya no me permiten volver a andar? ¿Y si me convierto en una pesada carga?

Jason la miró serio.

—Costará que te recuperes pronto, pero lo harás, y jamás serías una carga para nadie.

Ella trató de moverlas, pero no pudo. Las veía frente así como algo extraño y deforme. Los dedos estaban pegados entre sí como si se le hubiera quemado la piel.

—Son horribles —se quejó con un hilo de voz—. Soy un monstruo.

Ella no era en absoluto presumida, pero la visión resultaba desagradable.

—Sí, ahora están bastante feas —admitió él—, pero bajo una vaporosa falda de seda nadie lo notará —la miró intensamente—. Estás viva, Vivien, es lo único que importa —dijo con voz tierna—. Cuando creí que estabas muerta sufrí muchísimo —Jason dejó de mirar las piernas de Vivien y clavó los ojos en el rostro hermoso—. He tenido que mentir por los dos, ¿verdad que lo comprendes? —ella hizo un gesto afirmativo bastante elocuente—. Si realmente lord Thomas Walsingham es tu tío, me disculparé con él, pero de esta forma he logrado que no se resienta tu reputación.

—¿Mi reputación? —inquirió.

A la vista estaba de que ella no lo comprendía.

—Quiero protegerte, y presentándote como mi prima podré hacerlo mucho mejor si finalmente no tienes parientes como sospechas.

Vivien bajó los ojos porque no entendía el dilema en el que se había debatido Jason para mantener la mentira sobre el origen de ambos.

—¿Tienes primas? —preguntó interesada.

Jason hizo un gesto ambiguo.

—No.

—Pero no soy tu prima.

Por algún motivo, que él hubiera utilizado ese falso parentesco ente

ambos la decepcionó. Los ojos de Vivien eran dos pozos insondables.

—Sé que no puedes mover las piernas ahora, aunque se curarán —afirmó firme—. Esperaremos un tiempo en Whernside House hasta la llegada de Thomas Walsingham, mientras, lograrás recuperarte.

La mente de Jason era un hervidero de especulaciones: tomaba y descartaba opciones a toda velocidad.

—Pero, ¿y si lord Walsingham no es mi tío y resulta que no tengo a nadie en el mundo? ¿Qué será de mí? —insistió ella.

Jason entrecerró los ojos al escucharla.

—Yo tengo dinero, te cuidaré.

Vivien parpadeó. Era inocente, ingenua, pero no tonta. Él le había dicho que la cuidaría, pero en un tono de resignación que la había molestado.

—¡No me importa tu dinero!

Jason terminó por soltar un suspiro largo.

—Bueno, tendrás tu propio dinero cuando venda las joyas de tu madre.

—¿Las joyas de mi madre? —Jason no le había dicho que las tenía.

—Las que me enseñaste junto a sus pertenencias —contestó neutro—. Yo puedo venderlas, y obtendré un dinero que te permitirá subsistir.

La angustia rezumaba por los ojos de Vivien.

—Soy un problema para ti —dijo ella amargamente—. Tendrías que haberme dejado en la isla.

Vivien lo soltó de la mano porque veía a Jason excesivamente preocupado por ambos.

—Indagaré sobre Thomas Walsingham. Trataré de conocer todos los detalles que te sean útiles.

De pronto, Jason se levantó del lecho y comenzó a caminar de forma pensativa por el camarote hasta que un ruido conocido detuvo sus pasos. Era el estómago de Vivien.

—¿Tienes hambre? —inquirió sorprendido. Vivien le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Estabas inconsciente, por ese motivo no te han dado de comer, pero eso es algo que vamos solucionar ahora mismo.

Jason salió por la puerta como alma que lleva el diablo. Vivien se quedó sola mirando el hueco de la puerta vacía, sin embargo, antes de que pasara mucho tiempo, Hagerthy apareció con una enorme bandeja. Jason y el doctor lo seguían a pocos pasos. Que la paciente tuviese ganas de comer era un síntoma indiscutible de mejoría.

El robusto marinero depositó con cuidado la bandeja a un lado del lecho

y cuando Vivien contempló el contenido miró escandalizada a Jason. ¡No había pescado ni huevos ni bayas! Alimentos que ella conocía.

—Es un filete, te gustará —le informó él con los ojos chispeantes al comprender la debacle de ella.

Vivien no esperó que se sentara a su lado. Jason cortó un trozo de filete y se lo puso en la boca, ella lo masticó y lo tragó en un instante, otro después tomó el grueso filete y lo devoró en cuestión de segundos.

Hagerthy y el doctor la miraron atónitos.

—Creo necesario ir a por otro par de filetes —dijo Hagerthy con voz risueña—. Presumo que la dama está más hambrienta de lo que imaginábamos.

Jason pensó que Vivien bien podría comerse una vaca entera. La había visto comer cada día en la isla, y su apetito era casi igualable al suyo.

CAPÍTULO 16

Jason había descubierto muchos detalles interesantes sobre la vida de Paul Walsingham, no solo provenientes del doctor Doyle, también de algunos conocidos que viajaban en el barco. A la vista de los resultados pensó que la ciudad de Kent debía de ser un lugar pequeño porque todo el mundo parecía conocerse. El doctor le había explicado, sin sospechar del repentino interés que demostraba él, que lord Thomas había desaprobado el matrimonio de su hermano menor con una mujer de ascendencia humilde. El trato entre ambos hermanos desde entonces había sido cada vez más frío y distante. Doyle le informó también que Paul Walsingham había renunciado a su herencia por amor, y que nunca había perdonado del todo la postura de su hermano mayor con respecto a sus sentimientos, y que por ese motivo había terminado por abandonar Kent y decidió instalarse en la ciudad de Leeds de donde era oriundo el abuelo materno de Margaret. Jason pensó que con esa repentina información obtenía cierta ventaja. Si ambos hermanos se habían mantenido distanciados, era muy posible que lord Thomas se sintiera arrepentido y que quisiera recuperar a su sobrina y mantenerla junto a él.

También supo del interés desmedido que había demostrado Paul Walsingham por el mar. Doyle creía que era un soñador que buscaba un tesoro incalculable, pero lo que había encontrado era la muerte de su esposa, y la suya propia.

Paul Walsingham había puesto tanta distancia e indiferencia entre todo lo que conocía, que nadie sabía a ciencia cierta qué había sido de su vida. Solamente conocían que había comprado un barco y que se dedicaba a recorrer la costa de Noruega, Islandia y Escocia sin descanso. El doctor también le habló de un colega que había tratado a Walsingham, Brendan Craig, cuando sufrió una depresión tras regresar de uno de sus largos viajes. Jason descubrió que el tal Brendan Craig vivía muy cerca de la residencia del doctor Doyle, a pocas millas de la ciudad de Dover. Pensó que todo era un cúmulo de buenas noticias.

—Cuando lleguemos a Dover enviaré un mensaje a lord Thomas Walsingham.

—Vivien y yo nos instalaremos en Whernside House, y esperaremos allí su llegada.

El doctor se quedó pensativo.

—Mi residencia en Dover está a su disposición —le ofreció el doctor—, y está mucho más cerca que Londres.

El doctor sabía que la mujer no estaba recuperada, y no creía que le hiciera bien viajar durante varios días en un carruaje.

—Mi prima y yo agradecemos su generosa hospitalidad —le dijo Jason con voz solemne—. Pero no será necesario porque en Whernside House estaremos muy bien atendidos por mi personal.

El doctor no le sostuvo la mirada.

—Al menos quédense esta noche —lo invitó el doctor—. Por la mañana podremos organizar el regreso a Whernside House —Jason rehusó. Estaba deseando llegar a su hogar—. Al menos acepte mi carruaje para que los lleve. Es más grande de lo normal y está preparado para llevar a pacientes.

Jason aceptó esto último.

Cuando llegaron al puerto de Dover, los altos y blancos acantilados parecían una protección natural para la ciudad. Sabía por Miles O'Brien, porque lo decía a menudo, que era una de las ciudades portuarias más antiguas de Europa.

—Es mi hogar —dijo el doctor Doyle—, pero que no le engañe su aspecto porque es una ciudad hospitalaria, tranquila, y muy agradable.

Jason lo dudaba. Las ciudades portuarias a menudo estaban llenas de extranjeros y de comerciantes. Allí, plantado en el pasillo estribor de la nave, el bullicio del puerto era exactamente igual a otros puertos.

—Me gusta perderme entre sus calles y redescubrir el encanto y la magia de sus rincones y sus gentes —dijo Doyle.

Sus ojos no se despegaban de las personas que iban y venían de un lugar hacia otro. De pronto, una trifulca en un lugar apartado del puerto le llamó poderosamente la atención.

—Conocerá que para los habitantes de Dover el vaso siempre está medio lleno... de whisky a ser posible —remató el doctor con humor.

Jason rio la broma del doctor, aunque de improviso su rostro se tornó sumamente serio. Un grupo de cuatro marineros traían la camilla donde estaba recostada Vivien. Parecía dormida, sin embargo, tenía en el rostro un rastro de temor y comprendió el motivo: todo era nuevo y peligroso para ella.

—Gracias por cuidar de mi prima Vivien —reiteró Jason—, gracias por todo—concluyó con voz cansada.

—Vivien mejora de forma notable —informó—, y los cuidados que

requiere ahora son menos intensos.

El doctor mostró un nerviosismo inusitado al hablar de ella, y se preguntó el motivo.

—En Whernside House estará muy bien, contrataré a una enfermera para que sea su asistente personal el tiempo que dure su recuperación.

—Si me permite acompañarles... —Jason iba a interrumpirle, pero el doctor no se lo permitió—. Conozco a una mujer que fue enfermera en su juventud. La señora Phoenix estará encantada de ocuparse de lady Walsingham mientras mejora. Además, deseo seguir su recuperación paso a paso, algo que sería imposible desde Dover.

Algo en la voz del doctor puso en alerta a Jason.

—Imagino que tendrá pacientes que atender —Jason no quería que el doctor abandonara sus obligaciones.

Él, no tenía inconveniente en que los acompañara a Whernside House, pero tampoco quería apresurarse a aceptar su sugerencia.

—Tengo un amigo que se ocupa de ellos cada vez que emprendo un viaje. Jason no se esperaba esa respuesta.

—¿No tiene familia, señor Doyle? —le preguntó con sumo interés.

Doyle contempló a los marineros que bajaban por la planchada de hierro la camilla sobre la que iba recostada Vivien. El carruaje, propiedad suya, esperaba un poco apartado de la zona de desembarco para no molestar al resto de pasajeros que se afanaban buscando un carruaje de alquiler.

—Mi mujer murió en un accidente —confesó con voz dura—. Estaba embarazada de tres meses, salvo que no lo sabía.

Jason enmudeció. Los ojos del doctor se habían ensombrecido de repente ante los recuerdos, y él lamentó haberlos provocado. Ahora entendía las arrugas de sufrimiento que había observado en el rostro de él.

—Lamento mi imprudencia al preguntarle —le ofreció, pero Doyle ya no respondió.

Le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. El grueso de los pasajeros había desembarcado ya, y Vivien esperaba dentro del carruaje. A Jason le extrañó el escaso equipaje del doctor.

—Estoy deseando tomar una taza de té.

Jason siguió los pasos del doctor, pero antes de llegar al comienzo de la planchada, varios de los marineros hicieron fila para despedirse, entre ellos el señor Hagerthy y el capitán. Ambos hombres se estrecharon la mano con fuerza y se unieron después en un emotivo abrazo.

—Confío que te unas pronto a nosotros, Doyle —la voz del capitán era grave, con un matiz áspero que no era premeditado.

El doctor le palmeó la espalda varias veces.

—Antes de lo que imaginas —respondió el otro con sencillez.

—Cuida a los polizones —apuntó con un humor inesperado, y que a Jason le resultó sorpresivo.

Apenas había tenido tratos con el capitán del Victory salvo la vez que le había pedido los objetos que custodiaba en su camarote, pero Doyle no lo había dejado solo en ninguna ocasión.

—Lo echaré de menos, doctor —las palabras graves de Hagerthy lograron que Jason lo mirara fijamente.

El rudo marinero estrechaba con fuerza la mano del doctor, y Jason se percató de lo querido y admirado que era el médico entre la tripulación. ¿Y si lo convencía para que se convirtiera en el doctor de Whernside House? Aunque lo creía improbable.

—Nos veremos pronto Hagerthy. Cuida esa espalda, y no olvides tomar el tónico que te recomendé.

Hagerthy afirmó con un gesto brusco. Finalmente el doctor y él abandonaron la nave y se dirigieron hacia el carruaje que esperaba de forma paciente. Cuando ambos se adentraron en su interior, Vivien estaba recostada sobre un cojín aterciopelado. Tenía una manta fina cubriendo la parte inferior de su cuerpo. Jason se la colocó con cuidado sobre el regazo para que no se deslizara hacia el suelo. A un golpe del bastón de Doyle el carruaje se puso en marcha, y, durante un tiempo largo, ninguno de los dos habló, se limitaron a observar el paisaje por la ventanilla.

El doctor le dio una dosis de láudano a Vivien para que siguiera durmiendo. Pararon en una posada para alimentarse, a ella la dejaron descansar en el interior del carruaje bien vigilada por el cochero y el palafrenero. Cuando retomaron de nuevo la marcha, el doctor se mostró relajado y Jason impaciente. Durante el resto del viaje, lo que más llamó la atención de Jason fue las innumerables cañadas, así como las hermosas cascadas y lagos transparentes que se sucedían a lo largo del recorrido.

El carruaje tomó una ruta hacia el este bordeando el mar. Mucho tiempo después, el doctor pudo observar que sobre una colina destacaba una enorme mansión de piedra marrón. Tenía unas espectaculares vistas sobre la playa. La construcción era de aspecto sólido y parecía inexpugnable. Cuando el carruaje se detuvo en la puerta de entrada, una fila de sirvientes le dieron la bienvenida

al cuarto conde de Whernside.

El mensaje había llegado mucho antes que ellos.

Por orden de Jason, el mayordomo y el mozo de cuadra sacaron a Vivien con sumo cuidado y la llevaron al interior de la casa sin despertarla. La dosis de láudano que el doctor le había administrado debía de ser considerable porque seguía profundamente dormida.

Se había pasado la mayor parte del recorrido así.

Whernside House era muy grande y se alzaba orgullosa en sus dos plantas. Cuando ambos pusieron un pie en el interior, el doctor se fijó en el enorme salón que tenía unas grandes cristaleras que estaban orientadas hacia la playa y los acantilados. La vista era majestuosa. En la planta inferior, además de albergar dos alcobas con estudio, tenía una enorme biblioteca con una gran chimenea similar a la del salón principal. Había una sala de lectura, y una galería corrida que llevaba a las cocinas y dependencias del servicio. La casa contaba con un amplio porche a modo de mirador cubría la entrada trasera donde se apilaba ordenadamente leña cortada, además había un amplio jardín con huerto plantado de vegetales. La segunda planta tenía una parte abuhardillada que contenía la alcoba principal, un salón con despacho, además del resto de dormitorios y baños. El doctor pensó que nunca había visto una casa tan grande.

Todo a su alrededor mostraba serenidad y buen gusto.

La decoración era de un gusto exquisito, además de cálida y acogedora. Los muebles que la adornaban eran de madera maciza y olían a cera. Clavó los ojos en un viejo y enorme piano, y se sintió atraído por sus teclas de ébano y marfil que brillaban bajo la araña del techo porque en su juventud le había gustado tocarlo. Miró el amplio y cómodo sofá que invitaba a la relajación, estaba bien acompañado de un gran sillón de piel marrón, y la gran chimenea de piedra que por su aspecto parecía más antigua que la propia casa. Todas las ventanas estaban vestidas de visillos blancos bordados con hilos de plata que dejaban pasar la luz.

—Bienvenido a Whernside House —dijo Jason con mirada brillante.

Había sido consciente de todas y cada una de las emociones que se habían reflejado en el rostro del doctor.

Amaba su casa, era su bastión, y después de tantos meses perdido en una isla desierta, se sentía inmensamente feliz. El servicio se esmeraba en atenderlo, y se notaba que estaban felices de tenerlo de nuevo en la casa.

—Es la casa más espectacular que he visto nunca.

A Jason le gustaron las palabras de Doyle, y le sonrió agradecido.

CAPÍTULO 17

Regresar a su alcoba era como entrar en el Edén. Habitado como estaba a compartir el estrecho jergón con Vivien, y de malvivir en un espacio reducido, dormir en el mullido colchón de plumas y arropado por mantas que olían a lavanda, era como despertar en el paraíso. En la noche pasada apenas había cenado por los nervios que sentía, y por ese motivo se despertó hambriento. Se frotó los ojos con los puños cerrados para despertar del sueño que creía estar viviendo, pero no era un sueño.

¡Había regresado!

«Bienvenido a tu hogar Jason Bennet Craven», se dijo con humor. Se vistió de prisa con sus antiguas ropas que le quedaban algo holgadas sin esperar la asistencia del mayordomo. Se ajustó el pantalón y se arremangó las mangas de la camisa. Se colocó un chaleco verde y se anudó el pañuelo al cuello. Así vestido se sentía de nuevo el caballero que era. Salió de la alcoba lleno de optimismo. Bajó las escaleras de prisa y entró al comedor con rapidez. El doctor Doyle ya estaba sentado en la mesa, y leía el periódico. Bajó las hojas para fijar su vista en él, y le sonrió de medio lado a modo de saludo.

—Lord Bennet...

—¡Buenos días, señor Doyle!

Jason cayó en la cuenta que no conocía el nombre de pila del doctor.

—Buenos días, milord —dijo el mayordomo—. Confío que haya dormido bien.

Dormir bien era un eufemismo pensó él: había descansado como nunca antes. Tenía los músculos relajados y la mente despierta.

—La estancia que me ha destinado es maravillosa —dijo el doctor—. Toda la casa es preciosa.

Jason amplió la sonrisa al mismo tiempo que el mayordomo traía una bandeja tapada. Al descubrirla, el aroma a tocino ahumado y a huevos revueltos le provocó una exclamación de placer. Se llenó el plato sin pensar, como tantas veces en el pasado.

—Vivien ha descansado muy bien —informó el doctor.

Jason paró el tenedor a medio camino de la boca. Por un momento se había olvidado de ella. «No me he olvidado de ella, es que estoy demasiado

hambriento», se dijo en un arranque lógico.

—Nunca he visto a una muchacha con semejante apetito —el doctor recordaba perfectamente la vez que la vio comer en el barco.

Jason masticó el tocino de forma muy lenta, a pesar del ansia que tenía de darse un atracón. Ya no estaba en una isla perdida sino en su hogar.

—Me sorprende su despreocupación —le comunicó al doctor abiertamente—. No es usual en una dama.

Jason no podía decirle que Vivien no se había criado ni educado como una señorita de buena familia. No podía explicarle que había estado sola desde los ocho años, que había tenido que aprender por sí misma todo lo que conocía, hasta la llegada de él. Doyle dejó el periódico a un lado y aceptó el café que el mayordomo le traía. Untó un cruasán con mantequilla y se lo llevó a la boca. Masticó lentamente, como el hombre educado que era.

—¿Siempre ha mostrado ese apetito por la comida? —preguntó interesado.

Jason creyó que no hacía mal confesando parte de la verdad.

—Sí —admitió sin dejar de masticar los huevos.

No le había mentido: el tiempo que la conocía siempre la había visto comer con descuido. La gran mayoría de damas que conocía, jamás mostraban desmesurado apetito en público. Eran comedidas hasta la exageración.

—El ama de llaves pronto le subirá el desayuno —le informó Jason.

—¿No le ha asignado una doncella particular? —se interesó el doctor.

Jason hizo un gesto negativo. Acababan de llegar a la casa, todavía no se había ocupado del ingente papeleo ni asuntos que requerían su atención inmediata. En la mañana ordenaría a Ophelia, el ama de llaves, que se ocupara de buscar a una enfermera apta para cuidar a Vivien.

—Me gustaría verla esta mañana —respondió rápido el doctor—. Así comprobaré por mí mismo cómo ha pasado la noche, y no es que desconfíe lord Bennet, pero sigo considerando a Vivien mi paciente.

Jason hizo un gesto afirmativo.

—Cuando desayune —dijo serio—, podrá visitarla.

Jason devoró el desayuno, y se levantó rápido cuando escuchó al ama de llaves subir el primer escalón hacia la planta superior. Ella no protestó cuando él le comunicó que deseaba llevar la bandeja del desayuno.

Vivien estaba sentada en la cama. Vestida con un camisón blanco parecía un ángel. El cabello lo tenía algo enmarañado, y en los ojos advirtió una cierta tristeza que le causó preocupación. Dejó la bandeja en la mesilla de noche, y

le puso un cojín tras la espalda.

—¿Has dormido bien? —ella hizo un gesto negativo—. ¿Te duelen las piernas? —preguntó a continuación.

Al escuchar el fuerte suspiro femenino, Jason se sentó al borde del lecho para mirarla con atención. Tenía grandes ojeras bajo los bonitos ojos verdes, y, al observarlos detenidamente, le pareció que estaba mirando dos espejos que reflejaban el mar. Imaginó que la luz que entraba a raudales por los cristales era la culpable de provocarle esa impresión.

—Tengo que decirte algo importante —ella lo escuchaba de forma atenta y sin un pestañeo—. El doctor Doyle nos ha acompañado a Whernside House, desea continuar cuidándote hasta que te recuperes completamente.

Un silencio prolongado siguió a las palabras de Jason que la miró perplejo durante un momento. Instantes después miró hacia la puerta para comprobar que estaba cerrada y que realmente estaban solos en la alcoba.

—Ophelia se ha encargado de que te preparen un buen desayuno —le informó mirando la bandeja.

La expresión de Vivien resultó muy elocuente porque no conocía ninguno de los alimentos que contenía: bollos calientes, mermelada de ciruelas, un vaso con zumo, una tetera que humeaba, una jarrita con leche. Bacon frito, y huevos revueltos.

—¿Todo eso se come? —preguntó curiosa.

—Y mucho más —respondió él.

—Hoy vas a descubrir nuevos sabores —ella lo miró con una ceja alzada muy simpática—. Me comeré lo que no quieras.

Jason tomó de la bandeja el bollo caliente y lo untó con mantequilla y mermelada de ciruela, se lo ofreció. Vivien le dio un mordisco y lo saboreó, después lo devoró en cuestión de segundos.

—No sé definir el sabor —arguyó relamiéndose los labios.

Jason sabía que era la primera vez que Vivien tomaba algo dulce.

—¿Está bueno?

Los ojos de ella brillaban.

—Quiero más...

La obligó a tomarse el zumo de frutas, pero ella rechazó al Bacón aunque se comió los huevos revueltos.

—Es fascinante observar tu rostro cuando descubres nuevos sabores.

—En la isla no había mucho donde elegir —respondió pensativa.

—Ahora te convertirás en una damisela quisquillosa.

Ella no sabía qué significaba esa palabra, pero dedujo que no debía ser halagadora, lo miró reprobadora, y a Jason le arrancó una sonrisa porque supo lo que pasaba por la cabeza de ella.

—Ahora no tienes a Tizón para mojar me —continuó jocoso pero sin dejar de mirarla—, y no sabes cuánto me alegro.

Vivien se lamió los dedos porque los tenía empapados en mermelada. El sabor dulce le había gustado de verdad.

—Tienes que comenzar a usar los cubiertos —le aconsejó de forma muy paciente—. Te enseñaré.

Sin embargo, antes de hacerlo, unos suaves toques en la puerta desviaron su atención. Jason soltó el tenedor y el cuchillo en la bandeja, y giró la cabeza. Doyle ya cruzaba el umbral hacia el interior de la alcoba. Se levantó con rapidez para dejarle sitio al doctor al ser consciente de que iba a examinarla.

Doyle levantó la colcha que tapaba la parte inferior del cuerpo de Vivien, y con ojo crítico examinó ambas piernas.

—¡Interesante! —Jason inclinó el cuerpo para mirarlas con la misma atención que le dispensaba el médico.

Y era cierto. El aspecto de la carne ya no era acartonado ni seco, aunque mostraba grandes hematomas de un rojo bastante intenso.

—Parece un milagro —repitió Jason con voz emocionada—. Casi están curadas.

Doyle examinaba las piernas con sumo interés mientras especulaba por la rapidez con la que estaban sanando. Habían pasado tres semanas desde que el Victory los había rescatado del mar.

—Su prima debe de tener una fuerza de hierro —comentó como de pasada.

Tomó el pulso de la muñeca de Vivien, y clavó sus ojos oscuros en la piel pálida del rostro de ella.

—Las piernas sanan bien, pero tiene el rostro demacrado —dijo de pronto.

El corazón de Jason saltó en el interior de su pecho porque él había advertido lo mismo momentos antes. La piel de Vivien se veía pálida, y su espectacular melena negra había perdido parte del brillo. Él no entendía el motivo, y siguió observándola con ojo crítico meditando en cada palabra que decía el doctor.

—Le prepararé un tónico vigorizante, y además le daremos aceite de hígado de bacalao.

El rostro de Vivien mostró el horror que las palabras del doctor le provocaban. ¡Hígado de bacalao!

—Vomita cada vez que toma aceite de bacalao —apuntó Jason veloz.

Doyle lo miró algo escéptico.

—¿Lo tomaba a menudo? —preguntó con evidente curiosidad.

Jason tragó aire de forma abrupta. La mentira le había salido espontánea, pero ya no podía retirarla.

—Dicen que curan cualquier dolencia —y con esas palabras confiaba que el médico diera por satisfecha su curiosidad.

El aceite de hígado de bacalao despertaba en él unos recuerdos horribles. Peter Sully, su doctor en la niñez, le había obligado a tomarlo cada invierno. Ante su tozudez para tomarlo de forma voluntaria porque le parecía asqueroso, le explicó con infinita paciencia que era un remedio efectivo usado cientos de años atrás en los pueblos pesqueros del norte para combatir las enfermedades y dar vigorosidad a los niños enclenques. Le explicó que los pescadores desechaban las entrañas de los peces, con ellas alimentaban a otros animales, y con el tiempo notaron que algunos animales combatían mejor las enfermedades y mejoraba su aspecto físico, por ese motivo se lo daban a los niños. Sin embargo, él aborrecía el sabor y olor del aceite de hígado de bacalao.

—Prepararé un tónico vigorizante.

Jason le mostró al doctor una sonrisa a cambio. Gracias a la explicación que le había dado Vivien no tendría que tomar el dichoso aceite que tanto detestaba él.

—¿Qué te parece si te levantamos —le preguntó el médico.

Iba a protestar con energía, si bien la mirada de júbilo de Vivien lo detuvo. ¡Ella quería levantarse! ¡Ansiaba andar! ¿Cómo no se le había ocurrido? Llevaba semanas enclaustrada, primero en el camarote del Victory, ahora en su hogar.

Jason se hizo a un lado con la mirada expectante.

Doyle le movió las piernas con mucho cuidado y las dejó colgando en el lateral del lecho. Le puso una mano en la espalda e hizo presión para que ella se moviera.

—No hay motivo para pensar que no puedas sostenerte por ti misma. Las heridas están cicatrizando muy bien.

Jason presentía que iba a suceder algo importante, aunque ignoraba qué.

—¿Puedes pedirle a un sirviente que nos ayude? —le pidió el doctor.

—No necesitamos la ayuda de Ewan —era el mayordomo de Whernside House—, yo puedo ayudar.

Jason no quería salir de la alcoba, no quería dejarlos solos y perderse el primer paso de la recuperación de ella.

Anhelaba incluso más que ella observar si las piernas la sostenían.

—Entonces vamos, no tenemos todo el día.

Unos golpes en la puerta detuvieron el proceso de ponerla en pie. Un lacayo informaba que había llegado un mensaje urgente a la mansión. Reticente abandonó la estancia y bajó las escaleras a toda velocidad. Encontró al mayordomo que acababa de despedir al mensajero. Era una invitación formal, Jason la desechó. Cuando subió de nuevo a la alcoba se encontró con Vivien tirada en el suelo, recibía ayuda y consuelo del doctor que la calmaba con palabras suaves mientras ella lloraba e hipaba al mismo tiempo.

—¿¡Qué ha ocurrido!?! —gritó Jason sin medir el tono de voz.

—Está más débil de lo que creía —respondió el doctor de forma cauta.

Lo ayudó a llevar a Vivien de nuevo al lecho. Ella se recostó en el colchón y enterró la cara en la almohada como apartándose de todo. Jason nunca la había visto tan falta de vitalidad y de energía.

—Dejémosla descansar —dijo el doctor mientras corría las cortinas del dormitorio.

Un sirviente que acudió a la llamada de él, tomó la bandeja del desayuno vacía y salió por la puerta en silencio. Jason no podía apartar los ojos del lecho donde reposaba Vivien sin mirarlo. Era como si estuviera enojada con él, y se preguntó el motivo.

—Lady Walsingham debe reposar para recuperarse del todo —las palabras del doctor le llegaron entre brumas.

Necesitaba saber qué le ocurría, pero Vivien no lo miraba. Se mantenía en un silencio que le resultó agobiante. Él, se acercó al lecho, le subió la fina colcha hasta los hombros y se puso en cuclillas frente a ella.

—Vendré más tarde para ver cómo te encuentras —le dijo en un tono preocupado—. Duerme, recobra fuerzas, después hablaremos.

Jason salió de la alcoba en silencio seguido por el doctor. La imagen de Vivien lo había dejado muy inquieto porque no parecía la misma.

CAPÍTULO 18

En los días siguientes el aspecto de Vivien no mejoró en absoluto, todo lo contrario. Empeoraba por momentos. Tenía la piel cada vez más pálida. Apenas tenía fuerzas para comer ni para hacer nada que no fuera dormir y abandonarse.

El doctor le suministraba agua con una cuchara ante la posibilidad de ella de tomarla por sí misma. Doyle había consultado con otros médicos de la comarca el insólito caso. Lo único bueno de todo era que las piernas de ella estaba prácticamente curadas. El señor Doyle leía mucho y repasaba gruesos tomos de medicina que había ordenado que le enviaran de su propio hogar, esperando encontrar una respuesta al respecto, aunque sin hallarla.

Lo poco que comía lo vomitaba, y el brillo de sus ojos verdes se veía opaco. Jason estaba tan preocupado por ella que no podía dormir por las noches. Decidió por sí mismo consultar con especialistas de Londres, esperaba en breve la llegada de uno de ellos que había accedido a revisar el caso de ella.

Ahora, sentado de nuevo en el lecho de Vivien, la miraba con interés y preocupación. Ella no mejoraba, todo lo contrario, empeoraba a cada instante. Jason tomó la mano y la retuvo entre las suyas. El tacto era áspero y seco, como si en vez de sostener la mano de una chica sostuviera la de una anciana.

—¿Qué te pasa? —preguntó angustiado—. ¿Cómo puedo ayudarte.

Pero ella seguía en silencio a la vez que respiraba con dificultad. Tenía la frente fruncida de forma constante y el pelo enmarañado. El ama de llaves había contratado a una doncella para que la bañara a diario y le desenredara los cabellos, pero éstos parecían yesca reseca por el sol.

—¡Háblame, Vivien! ¡Dime qué puedo hacer para que mejores!

El calor en la estancia resultaba excesivo. Jason se sentía incómodo porque apenas podía respirar con normalidad sin sentir que se ahogaba. El hogar se mantenía encendido de día y de noche para ella.

—Abriré la ventana para que entre un poco de aire fresco.

Corrió las cortinas con brusquedad y se quedó durante un momento observando el horizonte. El cielo, de un gris plomizo, anunciaba tormenta, y a lo lejos se podía escuchar el comienzo de un trueno que aumentaba en intensidad a medida que se acercaban las nubes hacia la casa. Accionó el

picaporte, abrió las hojas, y, al hacerlo, una ligera brisa suave, de esas que de día soplan desde el interior del mar hacia la costa, inundó la estancia y los acarició por completo. Jason escuchó el gemido de ella y se giró de golpe. Vivien mantenía la boca abierta, como si tratara de tragar todo el aire que había entrado a la alcoba.

—Mucho mejor, ¿verdad?

Caminó despacio hacia el lecho y la miró con atención.

—No soportas estar encerrada, lo sé —le dijo con voz modulada para que ella no advirtiera lo preocupado que estaba—. Cógete a mi cuello, te llevaré hasta la ventana.

Jason deslizó la colcha hacia atrás. La sujetó entre sus brazos y la llevó hasta el enorme ventanal. La brisa seguía entrando a raudales y les alborotaba el cabello. Se quedó de pie frente al mar que comenzaba a golpear las rocas de la costa.

—Es una vista espectacular. Hasta ahora no la había apreciado.

La sostenía apenas sin esfuerzo y se dio cuenta de lo poco que pesaba. Había perdido mucho peso, y ese detalle lo llenó de profundo pesar.

—Mira el mar qué furioso está —le dijo en un susurro quedo tratando de animarla.

Parecía que a cada instante que pasaba, el mar se embravecía todavía más. Lamía las rocas como si lanzara una protesta. Las olas rompían entre sí formando un cuadro de espuma blanca hasta convertirse después en nada.

—Si no fuera porque suena absurdo, diría que el mar está celoso: está celoso porque estás conmigo y no en la isla con él.

Jason se percató que ella tenía los ojos cerrados y los labios abiertos, como si bebiera del viento y se deleitara en ello, y de nuevo clavó los ojos en el agua.

—Si fuese un trovador diría que el mar está bailando para ti —afirmó con sincero cariño—, para que mejores.

Sus ojos azules se clavaron en la lejanía, allí donde las nubes se mezclaban con el horizonte dibujando un mapa de tonos grises.

—Dime, ¿cómo puedo ayudarte? —reiteró sin dejar de mirar el mar con respeto—. ¿Qué te ocurre, Vivien?

Pero la muchacha seguía en silencio con los ojos cerrados.

La puerta de la alcoba se abrió de golpe, sin embargo, Jason no se giró: seguía con ella en brazos mirando el constante movimiento del mar.

—Apártala de la ventana —ordenó el doctor con voz seria—. Está

demasiado débil y puede pillar una pulmonía —advirtió con sequedad, pero sin que su tono sonara perentorio.

Siguió de pie con ella en brazos, y sin apartar la vista.

—La estancia estaba demasiado caliente —le dijo—, apenas podía respirar, aunque ya está mucho mejor.

Doyle trató de quitársela de los brazos pero Jason no se lo permitió. Se giró con ella y regresó a la cama. La depositó con mucha suavidad en el lecho y la arropó con ternura.

—Cada día que pasa está más enferma —aseveró preocupado—, e ignoro por qué.

El doctor le tomó el pulso y observó que el rostro de la muchacha estaba levemente sonrojado. La tocó pero no percibió fiebre.

—Apenas prueba bocado —le dijo a Jason—. Si sigue así tendré que sedarla y administrarle suero para alimentarla. —El silencio entre los dos resultó demasiado tenso—. He pensado ingresarla. En el hospital St. Thomas, estará bien atendida hasta que descubra qué le sucede.

Las palabras del doctor le provocaron un maremoto emocional. Le parecía sumamente injusto que estuviera casi curada de las heridas de sus piernas, y que ahora enfermara por otra causa desconocida.

—¿Cuándo piensa hacerlo? —preguntó con voz atormentada.

Ingresar a Vivien en el hospital lo inquietaba, pero en esos momentos era primordial que sanara por completo.

—Arreglaré los trámites para que venga un carruaje ambulancia. Ya lo tengo todo previsto.

El doctor Doyle cerró las hojas de las ventanas, las aseguró, y corrió la pesada cortina. De pronto en el interior de la alcoba Jason sintió que de nuevo le faltaba el aire. Era como si lo hubieran encerrado en un ataúd sellado.

—El ama de llaves le ha preparado una sopa de pollo y verdura que le sentará muy bien. Tenemos que obligarla a comer.

Jason entrecerró los ojos. El doctor tomaba decisiones en Whernside House como si fuera el propietario.

—Yo se la daré —afirmó, y como si el ama de llaves los hubiera escuchado, apareció repentinamente trayendo una bandeja que dejó sobre el tocador.

—Está bien —admitió Doyle—, ayúdela con la cena, y cuando regrese de Londres cuénteme qué tal ha ido todo.

—¿Se marcha? —preguntó interesado.

El doctor hizo un gesto afirmativo.

—He de consultar algo de suma importancia con un colega de profesión, y arreglar lo de su ingreso, pero estaré de regreso mañana por la noche.

El doctor y el ama de llaves abandonaron la estancia con sigilo. Jason inspiró profundamente y tomó la bandeja entre las manos. La dejó en la mesilla y tomó el cuenco con la cuchara. También la servilleta de hilo que dejó muy cerca del pecho de ella.

—Tienes que comer —la animó de pronto.

Jason metió la cuchara dentro del cuenco y tomó un poco de caldo, sopló para enfriarlo y lo llevó hasta los labios de ella.

—Si no comes, enfermarás más —comenzó con voz muy suave—, y casi te pierdo una vez, no pienso pasar por la misma angustia dos veces.

Pero Vivien no respondía a los intentos que hacía él. Seguía con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Colín probó el caldo para saber si le faltaba sabor, si quemaba, pero estaba tibio aunque soso pues no tenía sal.

—Vamos, inténtalo. Toma un poco de sopa para que repongas fuerzas.

Todo su esfuerzo resultó inútil.

Jason observó que ella tenía los labios agrietados, como cuando estuvieron a la deriva antes de ser rescatados. Miró la ventana, y un instante después la miró a ella. Giró de nuevo su cabeza hacia la ventana cerrada, y de nuevo hacia el rostro femenino. La frente de ella estaba marcada por las arrugas, parecía que soportaba un dolor intenso, además respiraba con fruición, como si le faltara el aire. Jason pensó que la piel de ella parecía deshidratada, estaba demasiado reseca. Dejó la bandeja en la mesita y avanzó hacia la ventana, corrió de nuevo la cortina y abrió las hojas de cristal de par en par, la brisa fría penetra en el interior de la alcoba causándole un escalofrío. Miró a Vivien y la observó que bebía literalmente el aire que el mar empujaba. Parpadeó atónito sin dejar de mirarla. Con cada entrada de aire húmedo, ella respiraba más profundamente. Miró la jarra de agua que ella no había probado en días salvo las pequeñas cantidades que el doctor la había obligado a tragar, y de pronto tuvo una fuerte corazonada.

«¿Cómo no se me ha ocurrido antes?», se preguntó pasmado. «¡Creo que lo entiendo!».

Tomó la jarra de cristal entre las manos y salió de la alcoba como alma que lleva el diablo. Bajó las escaleras a una velocidad alarmante, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de que daba acceso a la calle. Cuando salió al exterior, una ráfaga de aire frío y húmedo le golpeó el rostro, pero apenas se

dio cuenta, tampoco de la lluvia que comenzaba a caer y a empaparlo. Jason se dirigió colina abajo, dejó el camino que llevaba a la casa, y bajó hasta la playa de arena, le tomó veinte minutos llegar. Corrió en dirección hacia las rocas donde el mar golpeaba con fuerza, al llegar a las rocas se arrodilló para llenarla. Una ola lo mojó de pies a cabeza, pero lo había logrado, la jarra estaba llena. Se alzó de forma ágil y regresó a la casa con cuidado de no derramar el agua salada.

El ama de llaves y el mayordomo lo esperaban en la puerta con un paraguas abierto. Ambos lo miraban sorprendidos, aunque él estaba demasiado ocupado en pensamientos encontrados para percatarse de ello, o para que le importase. Subió las escaleras con cuidado y llegó a la alcoba con el corazón palpitándole en las sienes. El agua de lluvia le escurría por el rostro e iba dejando un rastro por donde avanzaba. Su meta, su objetivo: ella.

Llegó al aparador y dejó la jarra, tomó el vaso de cristal que reposaba en la misma bandeja, y que estaba lleno de agua dulce, vertió un poco de agua de mar, caminó hacia el lecho sin apenas parpadear por la expectativa. Se sentó en el borde del colchón que se hundió bajo su peso, agarró la cabeza de ella para alzársela un poco para que bebiera con comodidad, vertió un poco de agua en los labios entreabiertos aunque no ocurrió nada. Vivien seguía con los ojos cerrados ajena a todo, pero Jason no se iba a dar por vencido tan fácilmente. Volvió a acercar el cristal y a presionarlo de forma suave para incitarla a beber. Tras unos instantes, Vivien abrió la boca y tragó un poco de líquido. Un segundo después abrió los ojos.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó con la emoción saliendo por cada poro de su cuerpo.

—Está salada —se quejó.

—Esto tiene que tener alguna explicación —dijo pensativo mientras se dirigía hacia el aparador para depositar el vaso junto a la jarra de agua.

Jason fue consciente que se había dejado la ventana abierta. El aire caliente y rancio del interior de la alcoba se había disipado, y, mientras observaba la ventana, una sirvienta trajo un cubo y un trapo con el que empezó a secar el rastro de agua que él había dejado por la casa, incluso había mojado el lecho donde estaba Vivien recostada.

Él, volvió su robusto cuerpo hacia ella.

—Estás débil, pero te repondrás —afirmó con una convicción inamovible.

La doncella había terminado de secar los restos de agua, y, sin decir

nada, los dejó de nuevo a solas.

Jason puso las manos en jarras y la miró de forma penetrante. La preciosa muchacha que contemplaba era un ser especial que había vivido toda su vida en el mar, se había alimentado de él, ¿cómo había obviado algo tan importante? Y desde que la habían rescatado, la habían alimentado de una forma a la que no estaba acostumbrada.

—Lo siento, debí imaginar que tenías carencia de algo —se excusó muy sincero—. Ignoro de qué se trata porque no soy médico, pero vamos a ayudarte.

Había hecho un descubrimiento asombroso, y tenía que comunicárselo al doctor cuando regresara.

Ella le mostró una sonrisa tímida.

—Siempre trataré de comprenderte, lo juro.

Ella trató de reincorporarse pero le fallaron las fuerzas. Se encontraba demasiado agotada.

—¿Te gustaría un enorme chuletón para cenar? —la muchacha hizo un gesto negativo con la cabeza—. Vamos, Vivien, tienes que comer.

Era pensar en la comida, y se descomponía entera.

—No estás acostumbrada a este calor insoportable —era cierto, ella estaba habituada al clima húmedo de la isla, y pasaba más tiempo dentro del mar que fuera, ¿cómo no iba a notar el cambio en Inglaterra?

Doyle había llegado a la conclusión que la enfermedad de Vivien tenía que ver con una falta importante de yodo en su dieta diaria. El doctor se sumergió en libros de medicina escritos por Thomas W. King, Cruvelhier, y Thomas Addison, y aprendió los varios aportes de ellos sobre el conocimiento de la glándula tiroides, y el hipotiroidismo. Tras leerlos entendía mucho mejor la compleja enfermedad que había desarrollado Vivien cuando dejó la isla.

CAPÍTULO 19

Pasaban las semanas, y la salud de Vivien mejoraba notablemente. Jason estaba empeñado en hacerla caminar, y cada mañana dedicaba varias horas a tratar de fortalecer las piernas de ella con ejercicios que el doctor le había explicado cómo debía efectuarlos, también utilizaba juegos para hacerla participar de forma voluntaria y complaciente. Vivien ya daba algunos pasos bastantes inseguros, sin embargo, seguía vomitando todas las mañanas y dormía muchísimo pues siempre estaba cansada

Doyle terminó de leer el mensaje que había llegado a su nombre a la mansión, se había tomado la libertad de escribirle para informarle a Thomas Walsingham que llegaría en breve para conocer a su sobrina y llevarla con él a Kent. Esta circunstancia lo apenaba bastante porque Vivien se había ganado un lugar en su corazón. Nunca había visto una joven tan extraordinaria y sencilla. Era hija de un gran señor, sobrina de un par del reino de Inglaterra, sin embargo, se comportaba con el resto del servicio como si fuese los más humilde doncella. Vivien estaba muy alejada de toda vanidad y orgullo. Era la mujer que todo hombre desearía tener... incluso él mismo. Doyle soltó un suspiro y dobló la carta para meterla de nuevo en el sobre.

Unos toques suaves en la puerta detuvieron la conversación que mantenían el conde y el doctor. Era el mayordomo anunciando una visita inesperada.

—El señor Sullivan ruega que lo reciba —el mayordomo le pasó una tarjeta de visita.

Jason ignoraba que Clark Sullivan era un joyero muy conocido. Tenía una pequeña tienda de objetos antiguos, así como una de las mejores joyerías de Londres muy cerca de Eastfield, junto al canal Regent's.

—Como mi presencia es inoportuna, me retiró para conversar con Vivien. Jason le hizo un gesto con la cabeza a modo de aceptación.

—Bien, lo recibiré —respondió al mayordomo.

El mayordomo hizo un gesto solemne y cerró la puerta de la biblioteca tras la salida del doctor. Momentos después la hoja de madera volvió a abrirse para dar paso al señor Sullivan. El hombre le extendió la mano, pero

Jason únicamente hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Después lo invitó a tomar asiento tras el escritorio de caoba frente a él.

—Disculpe, lord Bennet, mi visita inesperada.

El conde hizo un gesto a modo de aceptación.

—Reconozco que su visita me resulta un tanto extraña —admitió sin apartar los ojos del rostro enjuto de—. Si bien le doy la bienvenida a Whernside House.

Los ojos oscuros de Sullivan mostraron azoro.

—Mi visita tiene un motivo determinado —le dijo—, mostrarle una joya que una joven vendió en mi taller por valor de quinientas libras.

La exclamación salió por la boca del conde sin poder detenerla. ¡Quinientas libras! Eso era una suma de dinero considerable.

Sullivan sacó un pequeño estuche y le mostró el contenido: un anillo de rubíes. Las piedras brillaban como si hubieran sido talladas con ascuas al rojo vivo. Jason por un momento pareció confuso, la reliquia era muy costosa, y él la había rescatado del mar, pero se la había entregado a su legítima dueña. ¿Por qué motivo había decidido Vivien venderla? ¿A quién había contratado para tal menester? ¿Por qué no le había dicho nada?

—Según las anotaciones que he podido obtener de un libro sobre joyas antiguas —comenzó el joyero—, el anillo es muy valioso. Por el engarzado y las rosas talladas, indudablemente es de origen Tudor —hizo una pausa bastante significativa—. Estoy convencido que la joya es una reliquia.

Jason tomó aire y lo soltó a continuación. Clark Sullivan era un hombre con una reputación incuestionable. Conocía su profesión a la perfección, y por ese motivo no cuestionó sus palabras sobre el valor de la joya. Aunque le parecía inaudito que Vivien hubiera decidido deshacerse de ella. ¿Qué le ocultaba?

—El anillo podría alcanzar si se subastara la sorprendente cifra de diez mil libras esterlinas. —Jason silbó asombrado—, pero soy un hombre honrado lord Bennet, y por ese motivo he venido para informarle sobre las acciones del sirviente que tiene bajo su custodia. Temo que se lo haya robado.

—La joya no es mía —le explicó—, pertenece a mi prima, lady Walsingham.

Sullivan miraba alternativamente el rostro del conde y de la joya. No podía estar más atónito, pero ahora entendía, los Walsingham habían obtenido el favor de la reina Elizabeth que premiaba a sus fieles con joyas excepcionales.

—Le daré lo que ha pagado por ella —ofreció de forma honorable—, más una remuneración por las molestias.

Tras la oferta, Sullivan negó reiteradamente.

—En modo alguno —expresó de viva voz—. Deseo entregársela personalmente a lord Walsingham, pues así obtendré la oportunidad de mantener una conversación con él.

Jason lo miró extrañado. ¿Por qué motivo deseaba mantener una conversación con el tío de Vivien?

—Estoy muy interesado en conocer si su sobrina posee más joyas extraordinarias —terminó por explicarle.

—De tenerlas, lady Walsingham no se desprenderá de ellas —le advirtió. Sullivan era consciente de ello, pero estaba muy interesado.

—No pretendo comprarlas, simplemente tasarlas. Lo consideraría un gran honor. La fama de algunas de ellas es notoria.

Jason seguía especulando sobre la conversación que mantenían.

—Lord Walsingham llegará a Whernside House a finales de esta semana. Daré una recepción en su honor, y me gustaría que asistiera.

Sullivan se mostró encantado. El conde acababa de ofrecerle la oportunidad que estaba esperando.

—Con gusto acepto la invitación —dijo el joyero—. Y ahora le ofrezco mi despedida que será breve hasta que nos volvamos a ver.

Esta vez Jason sí aceptó la mano que le ofrecía antes de tirar de la campanilla para llamar al mayordomo que lo acompañó hasta la salida. De nuevo se quedó a solas y en silencio. Vivien le ocultaba algo importante se dijo el conde, porque le parecía inaudito que tratara de deshacerse de una joya sin consultarle. ¿Cómo había embaucado a un sirviente para que se arriesgara de ese modo? El mismo lord Walsingham podría montar en cólera cuando lo supiera, pues las joyas pertenecían a la familia.

Volvió a llamar al mayordomo, y cuando éste apareció silencioso por la puerta, le pidió que buscara al sirviente y lo llevara a la biblioteca. Tenía que hablar de forma urgente con él, pero ello fue imposible porque a Whernside House llegó una nueva visita, la de un colega experto en problemas digestivos. Al doctor le preocupaba mucho la indisposición diaria de Vivien, por ese motivo necesitaba una segunda opinión de alguien competente en esa materia.

Vivien había logrado vender el anillo, pero necesitaba más dinero. Junto

a su doncella Clare, había ideado una forma de abandonar Whernside House. Ella no podía quedarse, sobre todo ahora que comprendía la importancia del título que ostentaba Jason. Era nada nada menos que un conde y un par del reino. Clare le había explicado la enorme diferencia que existía entre los nobles y los plebeyos, y ella estaba convencida que no era familiar de los Walsingham que pronto llegarían a la casa para conocerla y desenmascararla, además, ahora tenía un motivo muy importante para marcharse, y para hacerlo necesitaba vender las joyas que pertenecía a los verdaderos Walsingham.

Los dos pasajes, porque pensaba llevarse a Clare con ella, costaban un total de cuatrocientas libras, sin contar el trayecto hasta Londres. Tenía pensado vender el camafeo de oro con las incrustaciones de marfil. Esperaba conseguir al menos trescientas libras. Había indagado sobre los barcos que partían desde Dover hacia Calais, también los barcos que zarpaban con rumbo a Nueva York, y, para sorpresa suya, el Saint John partía en una semana. Casi lo tenía todo listo pues ya podía desplazarse por sí misma, aunque se cansaba muy rápido, pero huiría de Whernside House el mismo día que salía el barco hacia Londres. Lo haría de madrugada, y una vez en el pueblo alquilarían un carruaje hasta Dover. Allí solo tenían que esconderse durante unas horas para que ninguna persona se percatara de ellas dos y que pudiera dar la alarma.

Sin embargo vender el camafeo le suponía un viacrucis porque la mayoría de joyeros le habían ofrecido una respuesta negativa. Clare le habló entonces de los cambistas, con ellos podría tener alguna oportunidad.

El silencio en la casa resultó premonitorio porque apenas alcanzó el vestíbulo, Jason salió por la puerta de la biblioteca cortándole el paso. Ella lamentó esa variación de acontecimientos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo de pronto.

La voz había sonado áspera. Vivien cuadró los hombros y lo siguió al interior de la estancia. Ignoraba qué hacía levantado a esa hora de la madrugada, aunque no pensaba preguntárselo. Jason tomó asiento tras su enorme escritorio, le extendió una mano para invitarla a que hiciera lo mismo, Vivien obedeció sin pronunciar palabra. Instantes después, Jason abrió uno de los cajones y sacó un objeto envuelto en un pañuelo de seda gris. Cuando descubrió el pañuelo observó el anillo de rubíes que Clare había vendido en su nombre. Por un momento no supo qué hacer o cómo actuar. Parpadeó nerviosa y se recostó en el respaldo de la silla como si buscara una posición más cómoda.

—¿Reconoces la joya? —le preguntó de forma directa.

Vivien inspiró profundamente y guardó silencio. Tenía que pensar muy bien la respuesta para no alertarlo o despertar sus sospechas.

—Sí —admitió concisa—, la vendí días atrás a un joyero.

Jason contuvo el aliento porque le mentía, la había vendido su doncella, la mujer a la que él pagaba para que la asistiera. Había interrogado a la mujer, pero la misma había decidido guardar silencio para proteger a su señora. A él le gustaba la gente fiel, pero no en un caso así.

—Es una de las piezas más valiosas que te entregué —le informó sin dejar de mirarla. Trataba de encontrar en el rostro juvenil una muestra de culpabilidad, pero no la encontró.

—Mi padre está muerto —alegó con voz controlada—, las joyas tiene poco valor para mí.

Jason entrecerró los ojos cauto. La respuesta había sido del todo inesperada.

—No es correcto vender a hurtadillas las joyas de la familia —la censuró con la voz—. Tu tío podría tener una opinión muy diferente al respecto, y estaría en su derecho de mostrarse enojado al conocer lo que tratas de hacer.

Vivien arqueó la espalda porque las palabras de Jason le habían parecido acusatorias. ¿Qué sospechaba él? ¿Tendría algún indicio de lo que tenía planeado?

—Soy responsable de ti, y por eso tendré que rendir cuentas a tu tío cuando reclame aquello que no se hundió con el barco que capitaneaba tu padre.

—Podemos decirle que las joyas se hundieron con el barco.

Esa era una pésima idea.

—Hasta que las subasten —le explicó Jason—. Llegará a sus oídos que se subastan las joyas familiares de los Walsingham.

—Eso es una conjetura —se defendió ella.

Jason no parpadeaba al mirarla.

—Créeme Vivien, esas cosas se saben en nuestro círculo —Jason volvía a mostrarle con sus palabras la gran diferencia que existía ente ambos—. Por ese motivo debo prohibirte que trates de vender alguna reliquia más de la familia.

—Necesito el dinero —confesó de pronto.

—En Whernside House no te hace falta dinero —le explicó muy tranquilo pero firme—, y tampoco lo necesitarás cuando te vayas a Kent.

Vivien cerró los ojos durante unos segundos. Ella no podía marcharse con ese hombre desconocido.

—No deseo marcharme con ese hombre —confesó con la voz entrecortada.

—¿Deseas quedarte en Whernside House?

Ella ni se lo pensó.

—Sí —el corazón de Jason se agitó—, pero no debo.

Se tomó un tiempo en hacerle la pregunta que le quemaba la garganta.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—¿Qué razones? —insistió.

Vivien se mordió ligeramente el labio inferior. Llevaba varias semanas en Whernside House. Era el lugar más hermoso del mundo, sobre todo porque estaba Jason, pero en todo ese tiempo había recibido una ingente cantidad de información sobre los nobles, la educación de las doncellas, los pecados entre un hombre y una mujer... las consecuencias. Había recibido tanta información que había terminado saturada incapaz de procesarla. El doctor la había instruido sobre conocimientos que ella no era capaz de asimilar. El mayordomo sobre la importancia de los Bennet a lo largo de la historia. El ama de llaves sobre el infierno y purgatorio, sobre la destrucción eterna de las almas pecadoras, sobre todo de mujeres lujuriosas, y Clare, Clare le había explicado las injusticias que sufrían las mujeres por ser mujeres en un mundo de hombres que tenían todos los privilegios y ninguna obligación. Le había costado mucho asimilar todo eso pues ella era ignorante en todas esas materias. En ocasiones, Vivien deseaba no haber salido de su isla, y ahora tenía muy claro que iba a marcharse de Whernside House.

—¿Qué razones? —insistió Jason.

Vivien se lamió el labio inferior antes de responderle.

—Lady Elizabeth Berkeley, hija del vizconde de Portman, tu prometida.

Jason parpadeó asombrado. Él se había olvidado completamente de esa mujer, pero era cierto. El compromiso entre ambos se había pactado cuando los dos eran niños. Él había querido romperlo en varias ocasiones, y Elizabeth siempre lo había pospuesto.

—¿Quién te ha contado...? —no pudo continuar.

—Todos y cada uno de los integrantes de esta casa me han explicado con todo detalle la historia de tu familia —respondió ella, aunque se guardó la ingente cantidad de información que le habían dado con respecto a todos los

aspectos sociales y morales de una sociedad que ella no comprendía—. Ahora sé que un compromiso es inquebrantable.

—No es cierto —afirmó rotundo.

Ella pestañeó confundida.

—No está bien lo que hicimos en la isla —ella no sabía dónde posar la mirada, y Jason se dijo que le iba a arrancar la lengua a todo el servicio de Whernside House. Mataría a quién fuese si ella perdía su adorable inocencia.

—Fue hermoso...

—Fue pecado...

—Nos ayudó a sobrevivir...

—Estoy condenada.

Jason creía saber de dónde provenían esas palabras, de Ophelia, el ama de llaves, que era una mujer muy puritana y beata hasta lo impensable.

—Intentábamos sobrevivir, Vivien.

Ella giró el rostro hacia la puerta.

—Podías haberme instruido en lugar de corromperme.

—¿Corromperte...? —sí que aprendía rápido, se dijo Jason.

—Si fuera una dama como las de aquí —dijo muy suave—, cumplirías con tu obligación.

—¿Con mi obligación? —Jason parecía un loro repitiendo sus palabras.

—Tendrías que casarte conmigo.

Ahora estalló en carcajadas. Vivien era adorablemente inocente, y le gustaba mucho ese gesto enojado.

—Vas a obligarme a casarme contigo —dijo con humor—. ¿Sabes lo que eso significa?

Ella soltó un suspiro largo. A la vista estaba de que no lo comprendía del todo.

—No —admitió de forma llana—, pero no quiero estar aquí a la misma vez que tu esposa, ni quiero irme con ese señor que no es mi tío por mucho que te empeñes en que lo sea.

Jason quería reír de nuevo.

—Puedo entender tu postura, pero no es correcto que te deshagas de algo tan valioso como las joyas de la familia.

Entre ambos se levantó un muro de tensión.

—Esas joyas no tienen valor para mí —reiteró.

—Mañana llega tu tío.

La noticia no podía llegar en peor momento pues casi lo tenía todo listo

para su marcha. Con la llegada de lord Walsingham, escaparse iba a resultar mucho más complicado.

Jason se mesó el espeso cabello con impaciencia.

—¿Qué pensabas vender hoy?

La culpabilidad rezumó por los ojos verdes de ella. Vivien soltó el aire de forma abrupta al sentirse pillada por sorpresa.

—Puedes confiar en mí. No importa lo que te preocupe, estoy aquí para protegerte.

Las palabras de Jason podrían ser aceptadas de buen grado si no fuera por la urgente necesidad que tenían de escapar.

—No confío en lord Walsingham —confesó contrita, y era verdad. Por ese motivo sus palabras sonaron ciertamente preocupadas—. No lo conozco, ni sé las intenciones que puede albergar con respecto a mí.

Jason parpadeó atónito porque nunca se le habría ocurrido pensar que el tío pudiese tener motivos para no querer ocuparse de su sobrina. Esa nueva posibilidad le produjo una cierta desazón. ¿Y si trasladaba a ella el malestar que sentía hacia su propio hermano muerto? ¿Y si la rechazaba? ¿Por qué motivo desconfiaba Vivien?

—Quería reunir dinero por si las cosas se complicaban —admitió con la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Si te doy mi palabra de que no permitiré que nadie te haga daño, ¿confiarás en mí?

Jason le pedía un imposible. Ella nunca había sido desconfiada ni había sentido miedo en su isla, pero ahora en Whernside House, sí.

—¿Me protegerás también de tu prometida, lord Bennet? —inquirió con voz ronca.

Era la primera vez que ella utilizaba su título, y lo molestó.

—Hace muchos años que no veo a Elizabeth, incluso es posible que deteste la idea de estar comprometida conmigo.

—¿Y eso qué significa?

—Que es posible que no desee casarse.

Esa respuesta le gustó, pero Ophelia le había explicado que los matrimonios entre nobles nunca estaban propiciados por el amor sino por intereses comerciales entre dos familias que ostentaban rangos de alcurnia similares. A ella le había costado lo suyo entenderla, pero Clare había sido una luz en el túnel donde estaba metida.

—¿Y tú... deseas casarte?

Jason la miró de forma profunda. No, él no tenía todavía intención de casarse porque tenía que ocuparse de su herencia. Poner en orden el caos monumental que había provocado su ausencia en su patrimonio, y después, después pensaría en ello. Decidió ser sincero con ella.

—Ahora no puedo casarme —comenzó—, he desatendido muchas de mis obligaciones, y debo ponerme al día con todo.

Cuando Vivien le había formulado la misma pregunta a Ophelia, el ama de llaves, le había dado la misma respuesta que él, aunque ella había esperado otra muy distinta.

—Deseo establecerme en mi propia casita, y criar animales, como en la isla.

Su voz había sonado melancólica.

—Podrás hacerlo en unos meses.

No, se dijo Vivien, debía irse pronto. Pero como no quería alertarlo ni levantar más sospechas sobre ella, decidió hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Yo guardaré las joyas de tu familia hasta que haya hablado con tu tío y averiguado las intenciones que tiene para tu futuro —Jason había extendido su mano con la palma hacia arriba frente a él, Vivien supo lo que significaba ese gesto porque lo había visto a menudo en Whernside House.

La promesa era mucho más de lo que podía esperar, Vivien se sacó el camafeo del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió.

—Iré a mi alcoba para traer el resto de joyas.

Jason asintió y le mostró una mirada dulce y cálida que le penetró en el pecho causándole un dolor físico. Cuando ella se marchó, un mensajero llegó a Whernside House, le traía una disculpa porque lord Thomas Walsingham retrasaba su viaje. Asuntos importantes en la Cámara de los Lores se lo impedían. El hombre se disculpaba, y Jason pensó que aprovecharía para poner al día sus asuntos y comprarle a Vivien un completo vestuario.

Quería quitarle de la cabeza la idea de marcharse, y él mejor que nadie sabía cómo lograrlo.

CAPÍTULO 20

Vivien había dejado de vomitar los alimentos, y se la veía lozana. Jason había encargado varios vestidos para ella, además de variada ropa femenina que no había tenido nunca. En ese momento, vestida de muselina rosa, parecía una auténtica princesa. Clare le había cepillado el cabello de forma tan intensa que brillaba como si fueran carbones. Le había recogido una parte de la melena en varias trenzas que luego sujetó con algunas perlas y flores de tela.

Caminaba con la mano apoyada en la pared, y, a menudo tenía que sentarse a descansar, sin embargo, no tener angustia por primera vez en semanas le pareció una auténtica maravilla. Aunque se negaba a utilizar zapatos porque le apretaban los dedos de una forma cruel, no soportaba ir calzada con ellos, por ese motivo Jason le permitía andar descalza por toda la casa sin objetar nada. Al resto de la servidumbre le parecía una excentricidad de muchacha rica, aunque se comportaban con respeto y consideración como correspondía a su rango.

Dar pasos y sentir la madera y la lana de las alfombras bajo la planta de los pies le parecía extraordinario. Vivien se preguntó por qué las personas no meditaban en lo afortunados que eran de poder hacer algo tan increíble como caminar descalzos.

—El salón está lleno de gente —la voz de Jason le llegó tras la puerta de madera, si bien ella no tenía prisa.

Era su primera vez para todo: socializar con gente, comer entre gente, escuchar...

—Estoy cansado de esperar —la amenaza no le restó alegría a su corazón. Finalmente la doncella abrió la puerta y Vivien quedó plantada en el umbral.

Jason cuando la vio silbó asombrado. Se le aceleró el corazón, y sufrió un sobresalto. Vivien era un ángel. Estaba tan hermosa que le quitaba la respiración.

—Estás tan guapa que podría caerme de espaldas. —Ella le mostró una sonrisa llena de encanto—. ¿Estás nerviosa? —preguntó, Vivien asintió con energía.

No estaba nerviosa sino muerta de miedo. Jason extendió la mano para que ella la tomara, y, al hacerlo, la pulsera que ella le había obsequiado en la isla, brilló en su muñeca. Vivien tomó la mano entre las suyas. Se llevó la

mano a la mejilla y acarició su rostro con ella. Jason la miraba embobado. Miró los ojos verdes y perdió la capacidad de pensar y razonar. Inclino la cabeza y fue el encuentro de los labios de ella. Vivien no le negó el beso que deseaba. Jason no le había vuelto a hacer el amor desde que habían dejado la isla. Ella se había sentido tan mal durante semanas, que no le había importado, pero ahora, ahora lo necesitaba. Se alzó de puntillas y le correspondió.

Jason sin percatarse, la abrazó por la cintura y aplastó su cuerpo al de ella. era glorioso sentirla de nuevo entre sus brazos, beber su dulce sabor. Ahora sentía la urgente necesidad de llevarla hasta el lecho y hacerle el amor como un loco, intensificó el beso, se la comía entera, pero ella se retiró.

Cuando interrumpió el beso, lo miró con los ojos grandes y brillantes.

—No quiero pecar...

A él le costó un mundo procesar su explicación.

—¿Pecar?

—Que me hagas el amor —respondió sincera—. Soy una mujer soltera, y debo cuidar mi reputación.

Jason estaba perplejo.

—¿Quién te mete todas esas ideas en la cabeza? —quiso saber.

Y creyó que ella no iba a responderle, pero lo hizo.

—El doctor Doyle —ahora se sintió estupefacto.

¿Un hombre de ciencias hablándole de moralidad espiritual a una mujer? Se dijo que tenía que hablar seriamente con él, e invitarlo que regresara a su hogar. Vivien ya estaba curada, incluso había dejado de vomitar los alimentos que ingería.

El momento de pasión había pasado.

Vivien se apoyó en el brazo de él y comenzó a caminar, primero con paso inseguro, después con bastante más confianza. Doyle los esperaba en el gran salón que estaba lleno de conocidos del anterior conde, y también de algunas personalidades de la ciudad de Londres. Al doctor no le importaban las clases sociales porque en su casa de Dover a menudo se encontraban desde aldeanos a comerciantes, incluso al capellán le gustaba beberse una jarra de cerveza con él.

—Estás muy hermosa, lady Walsingham —le dijo el doctor.

Ella le sonrió con una sonrisa de oreja a oreja al mismo tiempo que él la tomaba de la mano para besársela. Segundos después, Jason la presentó a la mayoría de personas que habían acudido a la recepción. Y las horas pasaron a una velocidad vertiginosa.

Las mujeres se mostraron educadas y muy interesadas en la muchacha que había sufrido la peor de las torturas: un naufragio, además, las entristecía sobremanera el hecho de que fuera huérfana de padre y madre. Una muchacha tan bonita no se merecía un futuro cercenado por esas circunstancias adversas. Jason la seguía con los ojos al mismo tiempo que sostenía una copa de champán. Al doctor le presentaron una cantidad ingente de invitados que ansiaban conocer todos los detalles del rescate de la sobrina de lord Thomas Walsingham.

La llegada de una invitada inesperada logró que los habitantes de la casa sufrieran una pequeña conmoción. La dama en cuestión era Lady Elizabeth Berkeley, hija de los vizcondes de Portman. Al evento no asistían sus padres, sobre todo porque no habían sido invitados. Jason se mostró vacilante ante el anuncio del mayordomo de la llegada de ella. Los invitados hicieron la fila de honor para recibirla. Vivien se encontraba en un rincón del enorme salón de recepciones algo inquieta. Cuando la dama hizo su entrada triunfal, el grueso de caballeros hicieron una profunda reverencia, incluido el anfitrión que se apresuró a acercarse a ella y besarle la mano en señal de respeto.

Los ojos de la mujer eran fríos y oscuros. Analizaron cada rincón de la sala mientras hacía la correspondiente inclinación de cabeza a cada una de las señoras presentes. Actuaba como si buscara algo en concreto, y Jason, cuando se percató que los ojos femeninos se clavaron directamente en Vivien, arrugó el entrecejo. Trató de sujetar a Elizabeth de la mano para impedirle el avance. Cuando se giró para buscar a Vivien, había desaparecido. El momento se volvió tenso pues él ignoraba las intenciones que tendría ella. Una preocupación real se le instaló en el pecho. Alzó la mano para mesarse el pelo, al hacerlo, la pulsera de perlas brilló captando la atención de varios invitados. Los ojos fríos de la prometida se entrecerraron con inusitada sorpresa, pero el destello duró un solo instante. Resultó tan fugaz que Jason no se percató del interés que mostraba ella sobre la joya porque había logrado ocultarlo a la perfección.

Que Jason, su prometido, llevara una pulsera femenina, y seguramente de esa pardilla, la previno por completo. Había soportado sus desaires, sus continuos escándalos amorosos, sus varios intentos por romper el compromiso entre ambos, pero ella había soportado todo porque deseaba ser condesa de Whernside, y una niña no iba a impedirselo.

Jason estaba demasiado concentrado buscando a Vivien. Despacio, comenzó a caminar hacia la salida para encontrarla, imaginó que habría

regresado a su alcoba, pero ella no había abandonado la sala. Medio escondida entre varias matronas que la doblaban en peso, observaba con inusitado interés a la mujer que había hecho su aparición en Whernside House momentos antes. Desde que había escuchado su nombre en la presentación, todo su cuerpo se había puesto en tensión. Sus sentidos alerta. Por el rabillo contempló a Jason que se dirigía hacia la puerta de salida abandonando el salón, pero no hizo amago de seguirlo: se quedó observando a la fascinante prometida que lo observaba todo con ojos calculadores, fríos, sin embargo, el revuelo por su llegada duró muy poco pues el mayordomo anunció la llegada de lord Walsingham.

El hombre que entró tras el sirviente parecía salido de un cuadro.

Las ropas que vestía eran fastuosas y muy elegantes, si bien lo que más le impactó fue la mirada peligrosa que se advertían en sus ojos verdes. Llevaba el cabello atado con una cinta negra. Un bastón en la mano derecha rematado con una cabeza de león bruñida en plata, también, un binóculo que llevaba al cuello sujeto por una gruesa cadena de oro. La prometida de Jason se giró hacia él, pero Vivien no pudo ver si el rostro femenino mostraba que lo conocía o no porque le daba la espalda en ese momento. No obstante, la conversación que iniciaron las mujeres tras las que ella se escondía, llamaron poderosamente su atención: ¡hablaban de ella!

—Lady Elizabeth Berkeley no suele salir de Sheldon Cross. Es inaudito verla en Whernside House.

Vivien imaginó que Sheldon Cross era la casa de los vizcondes, siguió escuchando muy atenta.

—Siempre me ha inspirado lástima —apuntó una de ellas—. Se la ve siempre tan infeliz esperando que lord Bennet haga honor a su promesa y la haga su esposa.

—Una mujer así de rica no me inspira ni la más leve de las compasiones, os lo aseguro —apostilló otra—. Además, es soberbia y condescendiente. Fría como un témpano.

—No ha superado todavía la traición de la que fue objeto por culpa de lady Crowe. Fue el hazme reír de toda Inglaterra.

Vivien se enteró del motivo por el que Jason había emprendido un viaje en el Galatea: huir de un escándalo. Lady Crowe había anunciado a todo el mundo la deshonra que la seducción de lord Bennet le había creado. Y no fue esa la única mujer desagraviada por el libertino más depravado de toda Inglaterra. Según esas mujeres, a Jason no se le resistía ninguna, ya fuese

doncella, sirvienta, o incluso una respetable casada.

Sus mejillas comenzaron a adquirir un rojo intenso.

¿Por qué hablaban de que lady Berkeley era infeliz? La mirada de ella al entrar a la sala le había mostrado que era decidida, y que no se amedrentaba ante nada. Sobre todo que no le afectaban los escándalos propiciados por su prometido. Vivien terminó tragando la saliva con fuerza. La visión que las mujeres proyectaban de Jason no se parecía en nada a la del hombre que ella creía conocer, pero cayó brusca de su ensoñación. La lista de amantes que había tenido era escandalosa, degradante, y ella se sintió de pronto sucia porque había pasado a engrosar la dichosa lista.

Las tres mujeres estaban giradas hacia la puerta y le daban la espalda a Vivien ignorándola, pero no le importó porque de esa forma podía espiar a la mujer que todos parecían conocer y que a ella le resultaba tan atrayente.

Lord Walsingham, el doctor y lady Berkeley, iniciaron una conversación que se prolongó durante varios minutos, aunque la mujer simplemente asentía de tanto en tanto. El mayordomo le llevó copas de champán que tomaron los dos hombres al unísono, sin embargo, ella rehusó beber de la suya. Sujetaba el fino cristal entre sus dedos de una forma que le resultó inquietante, como si no soportara el contacto con el material transparente. Doyle giró el rostro buscando a Jason y posiblemente también a ella, y al no encontrarlos frunció el cejo extrañado. Le dio indicaciones al mayordomo y se disculpó con los dos invitados de rango antes de salir por el hueco de la puerta abierta. El silencio se instaló entre todos los invitados que no dejaban de observar a tan distinguidas personalidades aunque sin atreverse a comenzar una conversación con ellos.

—Yo no soportaría un desaire más si lord Bennet fuese mi prometido y futuro esposo —dijo de pronto la mujer que había mostrado una actitud compasiva hacia la noble—. Exigiría el cumplimiento del acuerdo matrimonial y lo ataría en corto.

—Un libertino así nunca se formaliza —anotó otra aunque con el tono un tanto duro y ausente de piedad—. La mujer que sea su esposa el día de mañana, será una completa desgraciada —arguyó con la espalda algo tensa—. Será digna de nuestra lástima.

Los ojos de lady Berkeley se habían clavado en ésta última con sequedad, y Vivien creyó entender el motivo. La mujer no permitía que la gente le mostrara pena o compasión por los continuos escauceos amorosos de su prometido, y por eso se había ganado el desdén que percibía en la mayoría

de las invitadas: era una cornuda consentida en pos de un título y un hombre que la despreciaba.

—Si pudiera responderme, le diría cuatro frescas —una cuarta se unió al grupo que se mantenían de pie muy cerca del hogar encendido—. Es una descarada por presentarse en Whernside House sin ser invitada.

—Es la prometida —apuntó otra.

El interés de Vivien crecía a pasos agigantados. Ansiaba saber, sin embargo, las mujeres no hablaban de forma directa, solo con insinuaciones que ella tenía que adivinar.

—Lady Walsingham, ¿qué hace aquí escondida? —preguntó de pronto el doctor. Una de las mujeres se percató de la presencia de ella—. Debería estar allí con su tío —continuó con un deje sorpresa en la voz—. ¿No desea saludarlo?

El regreso de Jason a la estancia le arrancó un suspiro de alivio. Traía en el rostro una mueca de preocupación que se disipó al observarla junto a las mujeres de más edad de la estancia.

—Vivien, ¡estaba preocupado! —exclamó el conde con sinceridad.

Jason la miraba fijamente. La tomó de la mano y la dirigió junto hacia la presencia de lord Walsingham. El resto de invitados observaban expectantes. El hombre, de rostro anguloso y nariz aguileña, entrecerró los ojos mientras los veía acercarse.

—Lord Walsingham —comenzó con voz neutra—, permítame que haga los honores con su sobrina.

El silencio en el salón se tornó pesado mientras se hacían las oportunas presentaciones. Vivien no le quitaba ojo a la mujer vestida de azul que miraba a Jason con interés desmedido. Escuchó entre brumas la respuesta del lord, y de pronto fue consciente que todos la miraban con un brillo extraño en los ojos.

—El accidente de naufragio le ha dejado secuelas físicas aunque no visibles al ojo —informaba en ese momento el doctor con el semblante serio.

Lord Walsingham la escudriñó a conciencia, pero de una forma que le provocó a Vivien un escalofrío en la columna vertebral.

—Eras apenas un bebé cuando te vi por última vez —dijo Walsingham.

Vivien no sabía cómo actuar o qué se esperaba de ella. El hombre era un completo desconocido que la miraba de forma extraña. Jason se acercó a ella por instinto, aunque ignoraba qué pasaba por la mente femenina, sus ojos verdes resultaron muy expresivos. Vivien tomó la mano de él y se la apretó

asustada. Después del momento incómodo, las pupilas negras e inquisidoras de su tío se apartaron del rostro de ella para fijarse en Jason.

—Mi sobrina ha cambiado mucho —apuntó con ojos entrecerrados.

—Ya es una mujer y no un bebé —dijo Jason con voz firme. Ignoraba qué le causaba tanta desazón a Vivien, aunque pensaba averiguarlo—. Han pasado muchos años.

El resto de la velada transcurrió de forma lenta, cargada de tensión y de preguntas sin respuestas. Jason no se apartó de Vivien que a su vez no se separó del doctor. Buscaba a menudo la mano masculina para asirla y percibir su fuerza: como si necesitara apoyo físico, sin saber que ese gesto no era bien visto por los invitados asistentes. Era una mujer soltera, hija y sobrina de una de las familias más importantes de Inglaterra, y aunque había sufrido lo indecible en ese naufragio, no podía comportarse de forma tan ligera con el hombre más libertino de todos.

Cuando la hora previa a la media noche fue agonizando y extinguiéndose, muchos de los asistentes optaron por marcharse, únicamente quedaron en Whernside House el joyero, el capellán, lord Walsingham, y la prometida de actitud fría.

Cuando Thomas pidió hablar a solas con su sobrina, Vivien se apretó más al recio cuerpo, pero sabía que ese momento tenía que llegar tarde o temprano, y se puso a la tarea de pasar la prueba del interrogatorio cuanto antes.

CAPÍTULO 21

El despacho le pareció en ese momento una tumba. Vivien sentía que se ahogaba entre las cuatro paredes. La puerta estaba cerrada, apenas había una par de lámparas de gas encendidas, y la penumbra no le gustaba en absoluto. Prefería mirar de frente a las personas para evaluar la expresión de sus rostros, cosa imposible con lord Walsingham. La semioscuridad de la estancia le provocaba desasosiego.

—No hay motivos para que estés nerviosa.

La voz de lord Walsingham sonó en sus oídos algo áspera.

—No es nerviosismo sino agitación.

La respuesta de ella tomó por sorpresa a Thomas que apoyó la espalda en el respaldo del sillón de cuero.

—¿Conoces la diferencia entre ambas palabras?

«¿Por qué me hace esa pregunta tan insustancial?», se preguntó con sorpresa.

—La primera tiene que ver con un cierto estado de malestar aunque suele ser pasajero, no definitivo —respondió con voz firme, como si estuviera sentada frente a un profesor severo—. Y la agitación es algo así como una preocupación inexplicable.

Lord Walsingham sonrió la respuesta de ella.

—Háblame sobre tu padre.

Esas palabras sí la pillaron con la guardia baja. Vivien abrió la boca, pero la cerró un instante después. Se quedó pensativa durante un momento, otro después comenzó una larga explicación de todo lo que había vivido en la isla, a excepción de las semanas que había pasado en los brazos de lord Bennet. Vivien mostró la prudencia que provocaba la incertidumbre.

—Mi padre no hablaba mucho sobre su familia —esa era una verdad innegable. El mismo doctor Doyle se la había facilitado—, por razones que ya conoce, pero no se preocupe porque no pienso mostrar insolencia recordándoselas.

Lord Walsingham cruzó una pierna sobre la otra con cierta indiferencia, aunque con pleno control sobre su expresión facial.

—Lamento tu pérdida —se condolió el noble.

Vivien inspiró de forma profunda.

—Y yo la suya —arguyó rápida.

Thomas arqueó las cejas ante la inteligencia de su sobrina. Era muy ágil con las respuestas.

—¿Cómo ocurrió el naufragio?

Vivien recordaba perfectamente todas las anotaciones de su padre en el diario de abordo, y comenzó a desgranar cada palabra anotada. Pausó para tomar aire, pero no se dejó absolutamente nada de los sentimientos de miedo y desesperanza que la habían embargado.

—¿Cómo murió tu padre?

Parpadeó una sola vez para mostrar tranquilidad. A continuación le relató el naufragio de Jason, el descubrimiento de la barca con el cadáver de su padre. Vivien no se dejó nada. Cuando ella terminó, el rostro de lord Walsingham era una máscara impasible.

—¿Se salvó algo del naufragio?

—¿Algo? —preguntó con cierta alarma—. ¿Como qué?

Thomas percibió la tensión en los hombros de su sobrina, y supo que no era todo lo sincera que él esperaba.

—Dímelo tú —respondió conciso.

Vivien tomó una gran bocanada de aire. Parecía que los pulmones se le habían contraído.

—Nos salvamos lord Bennet y yo, nada más.

Vivien había endurecido el tono y la mirada.

«Muy astuta lady Walsingham, muy astuta, pero no me darás esquinazo así de fácil», se dijo el noble con ojos entornados, como si lo escudriñara a placer e intentara conocer sus más íntimos secretos.

—También logré salvar un cofre de mi padre con algunas joyas de la familia.

«Esto mejora por momentos», pensó Thomas con mirada sapiente.

—Tu padre solía llevar siempre un diario —preguntó de forma directa. Vivien pudo oler la trampa en la pregunta antes de que la concluyera—. ¿Sabes algo de eso.

Ahora negó reiteradamente con la cabeza.

—Todo se perdió en el naufragio —respondió con un hilo de voz—. Salvo las joyas, no quedó nada.

Y era cierto. Las cartas de navegación, el diario de abordo y todo lo demás, habían terminado en el fondo del mar.

Durante un momento largo y que a ella le pareció sumamente pesado, lord Walsingham no dijo nada. Se mantuvo en un silencio constante que le

provocaba palpitaciones en las sienas, como si el corazón le hubiera escalado del pecho a la cabeza.

—He decidido aceptar por unos días la amable invitación de lord Bennet para quedarme en Whernside House —informó de pronto el tío—. Él lo cree apropiado por ti, para que recuperes todas las fuerzas antes de viajar.

Ella podía viajar perfectamente en carruaje, salvo que no quería marcharse con un desconocido por muy familiar que fuese.

—Bien —aceptó en un susurro.

—Entonces, buenas noches, sobrina

¿Era su imaginación o el tono había sonado irónico?

—Buenas noches, lord Walsingham.

No espero una respuesta. Se levantó rauda del sillón y caminó hacia la puerta tan veloz como le permitían sus piernas. No giró la cabeza una sola vez. Deseaba huir cuanto antes de la opresión asfixiante que sentía. Cuando salió de la biblioteca la casa estaba en silencio, como si todos se hubieran marchado a dormir. Ignoraba que Jason estaba en otra estancia más alejada hablando con su prometida sobre su intención de romper definitivamente el compromiso entre ambos. Era una decisión firme que no admitía réplica. Jason fue firme, claro, y Elizabeth se juró que se lo haría pagar.

El doctor Doyle se encontraba conversando con el ama de llaves, en ese momento le revelaba algo transcendental sobre Vivien que lo dejó muy preocupado.

Y ella, la causante de que Jason rompiera con su prometida de toda la vida, la causante de que el doctor se inclinara a tomar una decisión transcendental, salió a la calle en busca de aire fresco porque se ahogaba en Whernside House.

La conversación con su prometida le había dejado un mal sabor de boca. Elizabeth se había mostrado como la arpía que era, pero al fin había aceptado que él no tenía intenciones de hacerla condesa de Whernside. Se lo había tomado tan mal que incluso lo había amenazado y acusado de ser un desalmado sin sentimientos por haberla engañado en cantidad de ocasiones. Él no había sido un hombre ejemplar, pero ella sabía desde los dieciocho años que él no quería casarse con ella.

Habían roto, pero ella le había prometido vengar todos y cada uno de los desaires que le había provocado.

Jason quería comprobar si Vivien se encontraba bien. Cuando llegó a la puerta de su alcoba, tocó la madera de forma suave, giró el picaporte y entró en la estancia iluminada con la lámpara de gas que la doncella había dejado encendida, pero Vivien no estaba.

«¿Dónde estás pequeña?», se preguntó con cierta ansiedad. Siguiendo un impulso repentino caminó hacia la ventana que tenía las cortinas corridas. Tras las hojas de cristal vio la mancha rosa que se movía por le acantilado muy cerca del borde.

¡Era Vivien!

«¡Por San Jorge que va a saltar!», exclamó para sí mismo.

No se paró a analizar la situación. Salió de la alcoba y bajó las escalera de forma precaria. Llegó al vestíbulo y salió a la calle dejando la puerta abierta. Tenía que llegar hasta ella e impedir que saltara al mar. «¿Qué le ha provocado tanto miedo?», se preguntó con el corazón en un puño. «¡Qué le habría dicho su tío para inquietarla hasta ese punto».

Corrió sin descanso, sin resuello, pero la figura femenina seguía un movimiento oscilante de izquierda a derecha con los brazos extendidos en cruz.

«Ya llegó, no saltes por favor».

Le faltaba el aliento. Sentía los pulmones a punto de estallar, y para aumentar su angustia, Jason tropezó con sus propios pies y cayó de bruces sobre la arena fría. La boca se le llenó de ella y la escupió mientras continuaba su carrera para alcanzarla.

Vivien debió presentirlo porque se giró hacia él sin parar el movimiento de sus brazos y de la parte superior de su cuerpo. Le sonrió con mirada triste, y él paró su carrera de golpe. Respiraba de forma agitada y tenía el rostro cubierto de arena, sin embargo, ya no avanzó. Los ojos femeninos estaba cubiertos de lágrimas, y, sin poder detenerlas, comenzaron a deslizarse por las sonrosadas mejillas.

—Llamaba a Tizón —explicó contra toda lógica.

—¿Tizón? —preguntó perplejo—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Él había pensado otra cosa muy distinta cuando la divisó desde la alcoba. Había creído durante un instante loco que pensaba saltar al mar.

—A veces me gustaría regresar a mi isla —murmuró cabizbaja.

—No te comprendo, Vivien —y era cierto—. Acabas de recuperar tu vida, a tu familia —la acusó con un tono de voz que parecía un graznido—. Tu actitud me parece cuanto menos sorprendente.

Vivien lo miró con inmensa tristeza.

—No me gusta el señor Walsingham —confesó.

Jason se iba acercando a ella muy lentamente. Cuando llegó a su lado, la mano de Vivien le limpió del rostro parte de la arena que tenía adherida a la piel.

—¿Por qué te provoca desconfianza? —inquirió lleno de curiosidad.

—No me ha parecido que se alegrara de verme.

—Es tu tío, claro que se alegra de ver a su único pariente vivo.

—Estaba muy interesado en conocer lo que habíamos logrado salvar del naufragio.

—Las joyas que se llevó tu padre eran muy valiosas, y pertenecían a la familia desde hace siglos —ella lo ignoraba.

—Se las devolveré —murmuró para sí misma.

Jason soltó un suspiro largo porque Vivien era un manojo de nervios.

—También son tuyas —le dijo.

Vivien estaba completamente quieta observándolo. Estaba tan agitada de espíritu que había sentido la imperiosa necesidad de acercarse al mar, y en un impulso llamó a Tizón, como si fuera a materializarse de pronto allí.

—Me dejé llevar por la nostalgia, y por eso vine al mar.

Jason desvió el rostro de ella al mar que se extendía frente así y se unía en la lejanía con el horizonte. Era un espejo que reflejaba la luna, y se encontraba tan calmado como una balsa de aceite.

Algo completamente inusual en esa época del año.

—Regresemos a la casa o cogerás frío.

Vivien no se movió del lugar donde estaba, ni dejó de mirarlo de forma intensa. Había tantas cosas que él no quería comprender, que ser consciente de ello le provocaba una ansiedad profunda. El mar había sido todo su mundo, igual que su isla, Tizón, sus patos, gaviotas... y tenía que renunciar. Hacerlo era lo más doloroso que había sufrido en su vida, incluso más que la herida que le habían provocado el bando de morenas.

Ella dio un paso hacia él aunque de forma vacilante

—De ahora en adelante cada vez que sientas la necesidad de salir de la casa, por favor, avísame. Estoy cansado de que me provoques ataques de pánico innecesarios.

Vivien inclinó la cabeza apesadumbrada.

—¿Estás enfadado?

Jason volvió a suspirar. No, no estaba cansado, la deseaba, pero Vivien

ya no era la adorable inocencia que había conocido en la isla, sino una mujer de rango a la que no podía tocar por mucho que la deseara. Cuando lord Walsingham le demandó explicaciones sobre la estancia de ambos en esa isla desierta hasta que fueron rescatados, le había dejado muy claro que cualquier intención romántica que quisiera mantener con su sobrina, estaba completamente descartada porque Vivien tenía la protección de la corona. El hombre que quisiera desposarla debía de ser como mínimo duque...

—No, no estoy enfadado contigo.

Llevaba varios días sin apenas sin pegar ojo intentando reunir el valor para hablar con su prometida, poner en orden sus asuntos, y luchar con todas sus fuerzas contra el deseo que sentía hacia ella.

—Mañana te llevaré al parque —le ofreció Jason.

Sin embargo, la promesa no logró la reacción animada que esperaba en ella.

—¿Te parezco una niña pequeña?

—Podrás ver algunos caballos extraordinarios...

Esta vez sí logró la atención deseada.

Juntos emprendieron la subida a la casa, pero Vivien no llevaba calzado. Jason la tomó finalmente en brazos y comenzó a subir la empinada cuesta con ella.

—Vivien, debes dejar de comer tanta carne de vaca o te convertirás en una de ellas —protestó con humor—. Pesas más de lo que recordaba.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, puerta que él había dejado abierta, se encontraron con el doctor que los miraba entre el enojo y la preocupación en el mismo porcentaje. Se había colocado la capa y el sombrero para salir a buscarlos.

—Extraña demasiado el mar—trató de explicar él.

Doyle tenía que mantener una conversación con Vivien por la mañana temprano. El ama de llaves le había confiado algo que lo tenía muy preocupado.

El parque le causó una honda impresión a Vivien. Las diversas ondulaciones del terreno que configuraban el parque estaban realizadas con tanta suavidad que montañas enteras seguirían pareciendo tan naturales como el terreno que pisaba en esos momentos. Había una zona de setos podados y senderos que invitaban a perderse. También una fuente de agua y extensos

prados por donde trotaban caballos montados por expertas amazonas que vestían hermosos vestidos de terciopelo en variados colores, unos en rojo granate, otros en gris, verde y azul. Igualmente paseaban por el parque pequeños faetones que eran manejados por hábiles conductores que presumían de agilidad frente a las damiselas que los acompañaban.

Lord Walsingham no se había levantado todavía cuando ellos partieron a mitad de la mañana.

—Hay tantos jinetes y carruajes porque condado de Middlesex está muy cerca de Londres —le explicó Jason—, posee extensos prados y hermosos parajes para cabalgar —continuó con infinita paciencia—. Si tienes ganas de hacer volar tu montura, éste es el mejor lugar.

Vivien lo observaba todo con sumo interés. Los fastuosos vestidos de las damas le provocaban admiración, así como sus originales sombreros y sombrillas. Los caballeros iban tan bien engalanados que parecía que asistían a un evento importante en vez de un paseo a media mañana por el parque.

La muchacha aceptó el brazo que Jason le ofreció de forma galante. Peter, el mozo de cuadra, los seguía unos pasos por detrás atento a todo lo que sucedía a su alrededor. De pronto Vivien se quedó parada y con mirada alerta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza a modo de respuesta—. ¿Por qué te detienes? —insistió.

Vivien se giró sobre sí misma y clavó los ojos en Peter que también paró sus pasos. Jason pensó que buscaba algo.

—¿Qué sucede? —sin embargo ella se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

—He sentido un cosquilleo en la nuca —respondió sin mirarlo.

—¿Un cosquilleo?

Se volvió de golpe y clavó la mirada en el resto de mujeres que paseaban ajenas a ellos dos.

—Dime lo que buscas y posiblemente podré ayudarte.

Presentía que alguien los observaba, y la intuición se había convertido en una sensación de peligro.

—Seguramente no es nada...

Las manos de Vivien se llenaron de un sudor frío porque la premonición resultaba demasiado intensa. Ya no creía que los observaban, estaba convencida.

—No hay motivos para preocuparse —decidió Jason que no permitió que ella se soltara de su brazo—. Yo te protegeré de todo.

No obstante, Vivien tenía razón porque en el parque y no muy lejos de ellos una persona los espiaba. Resguardada tras las cortinas de satén rojo de un carruaje negro. Los observaba desde que llegaron al parque. Vivien se habían convertido en un claro objetivo: debía ser eliminada.

CAPÍTULO 22

—Lady Walsingham —la voz del doctor había sonado más seca de lo habitual.

Vivien ya estaba vestida, aunque prescindía del corsé y de los zapatos en el interior de la casa.

—Señor Doyle...

El doctor tenía libertad para examinarla, aunque hacía semanas que no lo hacía porque ella había mejorado por completo.

—Quería cerciorarme de que se encuentra bien.

Ella le sonrió de forma cándida. Vivien no perdía su natural inocencia ni con las conversaciones que mantenía con el servicio.

—Sí, me encuentro mucho mejor, gracias.

El doctor miró a su doncella Clare y le hizo un gesto para que los dejara a solas. Vivien se sorprendió.

—Necesito hacerle una pregunta muy personal.

—¿Una pregunta muy personal?

El doctor tomó asiento y le hizo una indicación con la mano para que ella también se sentara a los pies del lecho pues en la alcoba había un único sillón junto a la ventana: el que él ocupaba.

—¿Cuándo tuvo su última menstruación? —por la mirada de ella, Doyle supo que no sabía a qué se refería—. ¿Cuándo sangró por última vez?

Ella seguía sin comprender, pero le contestó.

—Cuando me atacaron las morenas.

El doctor soltó un suspiro suave.

—He sabido por el ama de llaves que no ha utilizado paños para sus sangrados. Que no lo ha hecho desde que está en Whernside House —ella se mantuvo en silencio—, tampoco lo hizo en el Victory en las semanas de travesía hasta que llegamos a Dover.

Como estaba claro que ella no sabía de qué le hablaba, Doyle optó por darle una clase avanzada sobre la fertilidad de las mujeres. Horas más tarde cuando terminó, Vivien se sintió agobiada, asustada, preocupada, y llena de aprensión. El doctor le preguntó si le permitía examinarla, ella consintió, cuando hubo acabado la exploración, no hubo duda alguna de lo que sucedía.

Vivien tenía un gran problema, y Doyle no supo en ese momento cómo ayudarla salvo con el silencio.

Lord Walsingham parecía decidido a seguir como huésped en Whernside House porque Vivien necesitaba más tiempo para mejorar. El doctor Doyle había mantenido una conversación con el tío, y con Jason al respecto. Les había pedido a ambos más tiempo para ella porque no estaba todo lo repuesta que parecía.

Jason se dijo que Vivien parecía completamente recuperada, pero aceptó la sugerencia del doctor porque no quería que llegara el momento de su marcha. La iba a extrañar muchísimo.

Vivien cada vez pasaba más horas paseando fuera de la casa y cerca de los acantilados: como si estuviera inmersa en un problema del que no encontraba salida. Jason creía que se debía a la reticencia de ella de abandonar Whernside House.

En esos momentos Doyle mantenía una conversación con Thomas Walsingham en el gran salón, y él se preguntó de qué hablarían, y él decidió leer algo interesante en la biblioteca mientras esperaba la llegada de Vivien. Había varios libros interesantes, sin embargo, *Las aventuras de Roderick Random* de Tobias Smollett, fue el que atrapó su interés. Lo sacó con cuidado del estante de la librería y se pasó los siguientes minutos ojeando el tomo, leyó algunos párrafos y al hacerlo descubrió que no era la lectura que pensaba. Miró el hueco donde antes había estado el libro y lo depositó de nuevo en su lugar. Con el dedo índice recorrió varios tomos de diferente tamaño y encuadernación que estaban escritos, unos en francés y otros en alemán. Caminó varios pasos al mismo tiempo que leía algunos de los títulos para buscar uno que lo atrajera al mismo tiempo que la puerta de la biblioteca se abría.

—Lord Bennet —dijo el doctor—. Andaba buscándole.

Jason dejó el libro donde estaba y se giró hacia él.

—¿Vivien se encuentra bien? —le preguntó.

El doctor Doyle tomó asiento sin decir una palabra.

—De ella precisamente quería hablarle.

El tono del doctor lo puso sobre aviso.

—¿Ha empeorado? —inquirió verdadero con interés.

Doyle pensó un momento en lo que tenía que decir antes de pronunciar la primera palabra.

—Me gustaría conocer algo más sobre su estancia en esa isla antes de que los rescatara el Victory.

Jason lo miró con algo parecido al asombro.

—Ya le dije todo lo que necesitaba saber.

—Pero no fue del todo sincero.

Ahora parpadeó asombrado. ¿Cómo se atrevía a llamarlo mentiroso en su propio hogar?

—Se está mostrando insolente —lo acusó—, y faltó de prudencia.

—Solo me preocupo por lady Walsingham —respondió.

—Como todos los habitantes de esta casa —afirmó seco.

—¿Mantuvo relaciones íntimas con lady Walsingham? —la pregunta fue tan directa que no pudo responder de inmediato.

—¿Qué insinúa?

—¿Se aprovechó de una joven inocente, lord Bennet?

Esa era una acusación muy grave, pero cierta. Vivien no conocía nada de las relaciones carnales hasta que él se lo enseñó. La culpa lo hizo girar la cabeza.

—No me aproveché —se justificó—. Estábamos solos, Vivien es muy hermosa, creía que nunca íbamos a salir de esa maldita isla...

—Lady Walsingham está embarazada.

Jason tardó en procesar la información. Cuando lo hizo, el corazón se le salía del pecho.

—¿Embarazada? —no podía creérselo, y se dijo que el inocente había sido él porque era el resultado natural.

¡Le había hecho el amor durante días, semanas, y meses! Sin protección, sin pensar, y como un consumado egoísta.

—De cuatro meses —respondió el doctor.

Jason sintió vértigo.

—Tendré que casarme con ella.

Fue su tono el que enfureció a Doyle. Lord Bennet parecía resignado, como un preso que sube al cadalso.

—Dudo que lord Walsingham lo acepté.

Para Jason se abrió todo un mundo de posibilidades, hasta que escuchó las palabras del doctor.

—¿Por qué?

—Porque ha demostrado ser un hombre sin honor —le espetó con dureza.

—¿Cómo se atreve?

—¿Acaso no se aprovechó de una joven inocente que no conocía nada sobre los hombres como usted? —eso no podía discutírselo—. Su fama lo precede allá donde va, lord Bennet, incluso me pregunto cómo una señorita tan refinada y distinguida como lady Berkeley ha consentido todos sus excesos sin reprochárselos.

Jason lo miró con ojos brillantes de furia.

—Le recuerdo que está en mi casa.

—¿Y por qué maldita sea mintió diciendo que era su prima? —preguntó el doctor sin dejar de mirarlo—. Yo se lo diré, porque así se aseguraba de que ella no le reclamara nada cuando el capitán y yo mismo le hiciéramos notar lo incorrecto de su actitud.

—Pero, cómo se atreve —repitió indignado.

—Eso mismo, lord Bennet, cómo ha caído tan bajo.

El doctor abandonó la biblioteca sin mirarlo y sin despedirse. Jason hizo lo propio, abandonó la biblioteca, y cuando alcanzó el vestíbulo decidió salir en busca de Vivien, ¡tenía que hablar con ella!

Enfiló el camino de bajada a los acantilados, y la buscó con los ojos. Ella estaba sentada en las rocas, una de ellas era lo suficientemente plana como para estar a escasas pulgadas del agua. Cualquiera nadador podría zambullirse de cabeza sin problemas. Desde su posición la veía mover los brazos en vaivén como la otra noche, y se preguntó qué diantres estaba haciendo, tan absorto estaba contemplando sus movimientos que no advirtió el carruaje que se acercaba peligrosamente hacia donde estaba él. Al escuchar los relinchos de los caballos supo que tenía poco tiempo para reaccionar, dio un gran salto hacia atrás pero perdió el equilibrio y terminó tumbado en el suelo. Aunque el camino estaba cubierto de hierba verde, las ruedas a su paso elevaron una nube de polvo blanco que lo hizo toser, pero Jason había reconocido el coche de caballos. Era el mismo que había visto merodeando en el parque cerca de ellos cuando Vivien le dijo que sentía una premonición. Las cortinillas de satén cubrían las dos ventanillas y no se veía nada del interior. Se preguntó quién iría dentro y por qué motivo casi lo atropella en el camino.

«Por ese motivo Vivien se mostró inquieta en el parque», se dijo con los ojos reducidos a una línea. «¿Estás en peligro Vivien?», se preguntó.

Cuando giró el rostro del camino por donde se perdía el carruaje hacia el comienzo de la playa, vio que Vivien corría de forma precaria hacia él. Debía

de haber visto que casi lo atropellan, poco después cayó de rodillas en la arena. ¡No estaba acostumbrada a correr embarazada de cuatro meses! Ahora entendía su aumento de peso y su lozanía. En varias zancadas largas llegó hasta ella, y sonrió con sorna consciente de la preocupación que le había despertado. Le enternecía. Vivien entrecerró los ojos al ver el rostro burlón. Le tendió la mano para ayudarla a reincorporarse, si bien al ver que lo ignoraba, optó por sentarse en la arena a su lado.

Vio sus pies descalzos, y sonrió. En ocasiones extrañaba el tiempo que habían pasado juntos en la isla.

—Es delicioso contemplar tu particular forma de correr. Pareces uno de tus patos, ¿no te lo he mencionado antes? —las cejas de Vivien se alzaron en un perfecto arco—. O quizás sea por ese aumento de peso —siguió burlón sin dejar de mirarla—. ¿Será la ingente cantidad de alimentos que comes, u otro motivo que me ocultas?

Ella desvió el rostro. Él no pretendía molestarla, pero sí animarla a que fuera sincera con él, y que le revelara el secreto que ya conocía, que iba a ser padre.

Ella tomó un puñado de arena y se la lanzó a la cara. Jason tenía la boca abierta y buena parte se le metió dentro. Comenzó a escupir y a limpiarse con el dorso de la mano.

—¡Qué poco sentido del humor tienes! —le recordó sus palabras en la isla.

Vivien lo miró con enojo mal disimulado. Ella hervía de preocupación por el accidente que había presenciado, y él se tomaba los asuntos de forma trivial.

—Creí que el carruaje iba a aplastarte —arguyó ofendida.

Jason terminó por ponerse serio, un accidente de carruaje se había llevado la vida de sus padres. Por algún motivo, ese pensamiento le hizo fruncir el ceño.

—No hay razón para preocuparse —le dijo como si tratara de consolar a una niña pequeña—, soy perfectamente capaz de cuidarme. —Vivien se tomó bastante mal la aseveración de él—. No me di cuenta que venía el carruaje a esa velocidad —admitió culpable—. Estaba pendiente de ti.

Tomó otro puñado de arena y lo amenazó de nuevo. Jason optó por reír, el carácter de ella era bastante temperamental, y no le apetecía seguir masticando los diminutos granos dorados.

—¿No tienes nada que informarme, Vivian?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. No tenía nada que decirle porque tras la conversación con el doctor Doyle, se había dado cuenta de que no quería quedarse en Whernside House, tampoco quería irse con su pariente a Ken ni a Londres. Necesitaba estar un tiempo a solas, pensar en su presente, y cómo iba a encarar el futuro. Clare estaba dispuesta a cuidarla, a enseñarle lo que necesitaba para tomar sus propias decisiones. Era ingenua, inculta, pero nadie iba a aprovecharse de ella nuevamente.

—Estoy decidida a comprar una casita en Cornualles, una pequeña con un bonito jardín y que esté cerca del mar.

Los planes de ella lo excluían a él, y Jason se dijo que se lo tenía merecido.

—No tenía ningún derecho a aprovecharme de ti en la isla.

Fue pensar en los días que pasaron juntos, y arder por el sofoco. Ella había sido una ignorante en todos esos asuntos, ahora que tenía conocimiento, maldecía la vergüenza que él le hacía sentir.

—No, no lo tenías —terminó aceptando—. Sabías que estaba mal, pero eso no te detuvo.

—Me aferré a ti como a una tabla de salvación —confesó sin dejar de mirarla.

Ella apartó el rostro porque se sentía muy turbada.

—No conocía la diferencia entre amistad, compromiso, lujuria...

Jason tuvo el atino de parecer avergonzado.

—Me casaré contigo —los ojos de Vivien se abrieron de par en par.

—¿Por qué? —hizo la pregunta de forma estrangulada.

Él, se tomó un tiempo en responder.

—Por qué es lo correcto —terminó aceptando.

Vivien sentía muchas cosas en su interior, pero ninguna de ellas era emoción. Ella no quería ver a Jason como lo veía, como un libertino impenitente, esa palabra la había aprendido de Ophelia, pero el caso era que lo veía de una forma que no le gustaba.

—No hiciste lo correcto con lady Berkeley —le espetó con amargura.

—Es que no siento por Elizabeth lo que siento por ti.

Los ojos de Vivien brillaban.

—¿Qué sientes por mí?

—Una pasión abrasadora, una ternura infinita...

Vivien no sabía la palabra que daba sentido a lo que ella sentía por él, pero no lo veía en los ojos de Jason, y se decepcionó.

—Entiendo —respondió en un susurro.

—Tenemos que hacer lo correcto —insistió—. He comprometido tu reputación, y debemos casarnos.

—Yo no quiero casarme.

Esa afirmación le provocó a él una congoja que no supo entender.

—Cuando un hombre y una mujer hacen el amor, establecen una cierta responsabilidad, obligaciones —Vivien pensó que si él seguía hablando así, lo abofetearía—. Eras una mujer inocente, pura, y te corrompí.

—Antes no te importaba ese detalle.

—Pero hoy todo ha cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—Una conversación que he mantenido con el doctor Doyle.

Ella se quedó pensativa.

—Comprendo.

—Es lo correcto, Vivien.

Ella soltó un suspiro.

—Lord Walsingham no lo permitirá.

—Sí que lo hará.

—Eres un crápula sin escrúpulos —le dijo sin mirarlo. Esa palabra y otras se las había escuchado a unas invitadas en la recepción—. Un mujeriego que no respeta nada ni nadie.

—Todo eso ha sido cierto... antes.

—Y no deseo casarme con un hombre sin principios —Jason se merecía todas y cada una de esas recriminaciones—. Con un hombre que me hará infeliz porque no es capaz de hacer feliz a nadie.

—Estás siendo muy dura...

Estaba comenzando a enojarse.

—Expreso lo que siento.

Vivien era así. Nadie le había enseñado a guardar prudencia en las acusaciones, ni medía la severidad de sus palabras. Decía lo que sentía, lo que le afectaba, y por eso la admiraba tanto.

—En la isla te hice muy feliz.

Ese había sido un golpe bajo porque en la isla ella era muy tonta y confiada.

—En tu mundo soy muy desgraciada.

—Es nuestro mundo Vivien.

La muchacha dejó caer los hombros como si estuviera agotada. Clavó las

pupilas en un punto indeterminado mientras meditaba.

—¿Por qué no me hablas? —la voz de Jason sonó ofendida—. No me gustan estos silencios tan largos —continuó—, parece que te encierras en ti misma, y no compartes conmigo tus pensamientos.

—Ya no tengo nada que decir.

Vivien inspiró profundamente antes de mirarlo de nuevo.

—Vamos a tener un hijo —susurró en voz baja—. No fue planeado, pero es un hecho que nos une.

—Estoy asustada —terminó aceptando—. Hasta que te conocí, no sabía lo que era el miedo, sentirse insegura, llena de preocupación. Trajiste a mi vida todo lo que ahora desprecio.

—No puedo perderos, Vivian —le dijo con afecto genuino—. Eres mi luz, mi tabla de salvación —la muchacha lo miró de hito en hito—. Cuando supe la noticia me sentí tan asustado como tú.

—¿Y ahora?

—Todavía lo estoy, pero aprenderemos juntos a no tenerlo, te lo prometo.

CAPÍTULO 23

Era bien entrada la madrugada cuando Vivien despertó sobresaltada, había tenido una pesadilla. Por alguna extraña razón se sentía inquieta. La habitación estaba a oscuras y apenas se escuchaba el sonido del aire que golpeaba el cristal tras la ventana.

Se apoyó en el codo izquierdo antes de sentarse sobre el lecho, trató de encender la lámpara de gas que estaba en la mesita de noche. Cuando la luz inundó la estancia de un suave tono amarillo, buscó la bata de terciopelo fino para ponérsela sobre los hombros, iba a buscar un vaso de agua porque sentía la garganta reseca.

Tomó la lámpara con la mano izquierda.

Cuando salió al corredor, el silencio la envolvió todavía más, pero en vez de continuar hacia las escaleras de bajada, se dirigió hacia la alcoba de Vivien, quería comprobar que se encontraba bien. Accionó el picaporte con cuidado y abrió la hoja de madera con suavidad. El bulto en la cama le indicó que dormía plácidamente. Regresó sobre sus pasos y comenzó a bajar los escalones tratando de no hacer ruido. La casa descansaba, y todo estaba en quietud. Llegó al vestíbulo y alzó el brazo para que la tenue luz de la lámpara alumbrara mejor. Cuando enfiló el camino hacia la cocina, un murmullo quedó que provenía del interior de la biblioteca, detuvo sus pasos de golpe. ¡Era la voz de su tío! Hablaba con alguien, y tras un instante supo que lo hacía con el doctor. Dudó un momento entre seguir por su camino o preguntarle si le sucedía algo. En un impulso se decidió por esto último. Caminó con paso firme hacia la puerta cerrada, y con la mano derecha tomó el picaporte para abrirla, si bien antes de hacerlo, la voz detuvo su impulso. ¡Hablaban de ella! Vivien hizo lo más censurable que se podía hacer en una situación así: escuchar tras la puerta.

Apoyó la oreja con cuidado sobre la tibia madera y se fue quedando perpleja a medida que escuchaba las palabras de ambos.

Lord Walsingham miraba a Doyle con rostro sombrío mientras se mesaba el oscuro cabello con impaciencia. Su llamada para conversar poco después de la media noche, le había provocado un sin fin de sensaciones contradictorias.

—Mi sobrina no se casará con semejante depravado —espetó de forma fría.

Había creído durante muchos años que toda la familia de su hermano menor había muerto con él en el naufragio, ahora tenía la oportunidad de enmendar los errores cometidos en el pasado. Se había arrepentido mucho de sus actitud recalcitrante. No le importaba que el canalla de Bennet la hubiera deshonrado, que se hubiera aprovechado de ella. Vivien era una Walsingham, y podría obtener muchas ventajas con un matrimonio apropiado. Entregaría al hijo de ella en adopción, incluso se lo podría dar al padre, pero estaba seguro de que no iba a permitir una unión entre la casa Walsingham y Bennet.

—Lord Bennet desea hacerse cargo de la situación de vuestra sobrina y de su futuro hijo —apuntó el doctor que conocía las intenciones de Jason.

Si él había decidido intervenir en el asunto, era porque esa muchacha se le había metido en la sangre. Sentía por ella una dulzura infinita. Unas ansias de protección enormes. Era la hija que no tuvo, y había decidido ayudarla.

—Lady Walsingham está muy por encima de sus posibilidades, es mi sobrina.

Un silencio repentino inundo la biblioteca. Doyle miraba a la persona que tenía frente así con ojos entrecerrados, él le correspondía en la mirada, pero sus pupilas tenían un brillo que parecía determinante.

—Está encinta, y ese es un detalle a tener en cuenta.

—La encerraré en mi casa de Kent, y cuando tenga al crío, lo entregaré en un auspicio. Mi sobrina volverá a ser la heredera que le corresponde por ley.

—Lord Bennet tendrá que decir algo al respecto —insistió el doctor que ahora se arrepentía de haber consultado con el lord las dudas que tenía.

—Tengo de mi parte a la corona —bramó el lord.

—No puede llevársela. Vivien no es una niña pequeña, es una mujer con una gran herencia, y que puede decidir sobre su propio destino.

—Mi sobrina es una mujer inculta. Ilustrada e ignorante en todos los asuntos de la familia, incluida su fortuna de la que soy protector. Ningún crápula por muy conde que sea se burlará de ella como ha hecho ese tal Bennet con decenas de mujeres a lo largo y ancho del reino.

—Su sobrina decidirá si se marcha con usted a Kent, o se queda con el padre de su hijo.

—¡No lo permitiré! —bramó Walsingham—. Antes le pegaré un tiro a Bennet e incendiaré Whernside House hasta reducirlo a ruinas.

Doyle miró hacia la puerta de la biblioteca como si algo hubiera llamado poderosamente su atención. Abrió la puerta con brusquedad, pero tras ella no había nadie. Salió al vestíbulo y observó cada rincón oscuro. Con paso

decidido se dirigió hacia la escalera y alcanzó la planta superior con zancadas grandes. Llegó primero al dormitorio del conde y abrió la puerta con suavidad, el noble dormía plácidamente, y ajeno a los planes del tío de Vivien. Cerró la puerta e hizo lo mismo con la puerta que cerraba la alcoba de ella, pero en vez de quedarse en el umbral, se adentró y se dirigió hacia el lecho. La muchacha estaba sumida en un grato sueño. El doctor se giró sobre sí mismo y comenzó a caminar hacia el corredor. Había tenido un presentimiento, no obstante, se había equivocado.

—¡Clare, despierta! —Vivien movía con suavidad los hombros de la doncella para traerla del sueño profundo en el que estaba sumergida—. Ha llegado el momento de marcharnos, ¿me oyes? —le preguntó en un susurro quedo.

La doncella abrió los ojos y lo primero que vio fue a su señora inclinada sobre su rostro. Le puso un dedo en los labios para que guardara silencio.

—Tenemos que irnos... —al mismo tiempo que hablaba, se levantó del lecho y se dirigió al armario ropero. Rebuscó entre las ropas de la criada. Encontró uno de muselina verde. Lo sacó y lo lanzó a la cama—. No podemos hacer ruido. ¡Luego te explico!

La criada terminó de vestirse a la velocidad del rayo.

—Todos duermen salvo el doctor y lord Walsingham. Ambos están reunidos en la biblioteca hablando de mi futuro, de mi hijo, de asesinato.

Los ojos de Clare entrecerraron con horror, un instante después especulativos.

—Tenemos que hacer el menor ruido posible, ¿entiendes? Iremos descalzas hasta alcanzar la puerta de entrada. Después correremos hasta que no podamos más. Llegar hasta el pueblo nos llevará algunas horas, pero podremos estar allí y escondernos en el puerto hasta que salga el barco que nos llevará hacia Dover.

La criada asintió pues ella misma había elaborado el plan. Clare no era una mujer muy ambiciosa, solo un poco, pero quería servir a una mujer a la que podía manipular para hacerse imprescindible en su vida, y vivir de sus rentas. Era muy buena influenciando a otros, sobre todo a esa dama rica y

guapa que no tenía muchas luces. Que estaba preñada de un mujeriego despreciable, como despreciables eran todos los hombres que ella había conocido.

—Vamos —la apremió.

Ambas llevaban los zapatos en las manos, Vivien se echó la capa azul sobre los hombros y se ató las cintas con un lazo. Salieron al corredor con pasos muy suaves y descendieron por la escalera despacio para que la madera de los escalones no crujiera bajo el peso de las dos. La mano derecha de Vivien se deslizaba por la firme barandilla de latón, con la otra sujetaba los botines de piel de cabritilla que Jason le había regalado y que apenas había usado una vez. La gruesa alfombra ayudaba a mitigar el sonido de los pasos. Cuando llegaron al amplio vestíbulo contuvieron el aliento. Clare la sujetó de la mano y la condujo sin una vacilación hacia la calle. Abrir la cerradura sin hacer el menor ruido supuso todo un acto de proeza, pero lo logró. Abrió la hoja de forma muy despacio, gastando un tiempo precioso aunque necesario. El aire fresco de la madrugada las golpeó a ambas cuando salieron, mas no se detuvieron a ponerse los zapatos. Enfilaron el camino que conducía a la playa, y comenzaron a caminar de forma apresurada. Luego torcieron hacia la izquierda para coger el camino principal que los llevaría hasta el pueblo y después a Dover.

Sin embargo, un tiempo después, Vivien comenzó a cansarse. Cada vez los pasos los daba más pequeños y respiraba con más fuerza. Le suponía un gran esfuerzo seguir el ritmo de la doncella porque ella estaba embarazada de cuatro meses, y se sentía pesada. Hasta que no cruzaron el pueblo y lo dejaron atrás, no se detuvieron a descansar. Se apartaron a un lado del camino y se cobijaron bajo una arboleda espesa.

—Vamos más lentas de lo que pensaba —admitió vacilante.

Vivien inclinó la cabeza en dirección al manto de hierva verde que tenía bajo sus pies. Ella no podía ir más rápido, aunque lo intentaba. Caminar deprisa se había convertido en un reto.

—Tenemos que poner la mayor distancia posible entre ellos y nosotras.

Recuperaron el aliento y comenzaron de nuevo la marcha, sin embargo, en esta ocasión, más alejadas del camino. Sortearon árboles y arbustos. Piedras y diversos escollos. La doncella temía que si continuaban andando por el camino podrían avistarlas desde la distancia. Había tomado la iniciativa en la huida con sus señora hacia Cornualles donde ella conocía el lugar perfecto para esconderse las dos.

—¿Ha cogido las joyas y el dinero? —le preguntó.

Vivien hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No podríamos comprar ninguna casita de haberlas dejado.

La luna brillaba sobre sus cabezas con un haz de luz plateada que les permitía guiarse. A su derecha escuchaban el murmullo del mar que se veía inusualmente calmado, pero ello era debido a la escasa brisa que los acompañaba. Cuando la criada se percató que su señora se quedaba regazada, la tomó de la mano y la ayudó a caminar a su lado.

—Sé que le cuesta, pero es imperativo que pongamos la máxima distancia antes de que emprendan nuestra búsqueda. Y lo harán muy pronto.

Ella lo sabía, pero mantener su peso sobre la planta de sus pies, era un suplicio porque le costaba mucho mantener el equilibrio. Sentía los talones doloridos, los tobillos pesados, y los gemelos duros como las piedras, a pesar de ello se esforzó al máximo, y, asida de la mano por su doncella, continuó la marcha sin una queja, sin un solo lamento mostrando una determinación loable.

Cuando el alba despuntó sobre el horizonte, las mujeres detuvieron la marcha de nuevo.

—Cuando lleguemos al puerto descasaremos. Conozco un lugar donde estaremos a salvo —Vivien no imaginaba cómo podrían dos mujeres solas estar a salvo—. Es una pensión humilde donde se hospedan los marineros antes de embarcar de nuevo.

Ella lo miró con algo parecido a la reticencia.

—No suelen hacer preguntas —le dijo queda—. Yo me he hospedado ahí algunas veces. Estaremos ocultas los días que resten antes de embarcar hacia Dover.

Vivien confiaba en ella.

CAPÍTULO 24

El olor del puerto le provocó a Vivien una arcada que contuvo a duras penas. Se puso la mano en la boca para disimularlo.

El insoportable hedor del pescado podrido, de las cajas de maderas salobres, y el orín de algunos rincones, le penetraban por los orificios de la nariz causándole un enorme malestar físico. Ese olor ácido era nuevo para ella, y no le gustó en absoluto. Ambas permanecieron quietas y ocultas entre las enormes cajas apiladas a un lado del malecón, muy cerca del edificio principal de una vieja fábrica que estaba en desuso. Vivien ajustó la tela de su capa en torno a su cuerpo porque el aire frío y la humedad del agua traspasaban el tejido. Debían esperar a que la posada abriese, y todavía faltaban un par de horas para ello.

El estómago de Vivien rugió de hambre.

—Puedo buscarle algo de fruta aunque que es posible que esté podrida.

Vivien apretó los labios con asco. Prefería pasar hambre a comer algo podrido o que oliese tan mal como el tufo que flotaba a la altura de su nariz, incluso sobre su cabeza.

—Huele bastante mal —admitió la mujer. Hacía mucho tiempo que no pisaba un muelle, y, aunque creía que estaba acostumbrada al nauseabundo olor, no era cierto—. Huele así porque los marineros destripan los pescados muy cerca de donde nos encontramos nosotras.

La mujer entrecerró los ojos mostrando un desinterés abrumador. No le atraía en absoluto conocer lo que hacían los hombres con los seres que vivían en el mar y que lograban capturar con sus barcos.

—¿Por qué no entierran las tripas? —preguntó atónita.

Clare nunca se había parado a pensar en el motivo, pero si los marineros y comerciantes enterraran los restos y desperdicios del pescado, el puerto no olería así.

—Imagino que las sobras las echan al mar para que otros peces se alimenten de los restos. Pese a ello, siempre quedan vísceras y fluidos en el suelo que no se molestan en limpiar.

Vivien inspiró profundamente ante la explicación de la doncella.

—Vamos, es la hora de llegar hasta la posada.

Vivien se levantó al mismo tiempo que ella. La siguió sin soltar su mano. Esa parte del puerto estaba solitaria. A medida que caminaban, Vivien lo

observó todo con sumo interés. Enormes barcos de arrastre de redes, barcazas a remos, boyas y tinajas para la captura del pulpo, aguardaban pacientemente esperando la llegada de los capitanes y marineros para comenzar las diversas labores.

Cruzaron por la fachada norte de un pequeño edificio habilitado para la venta del pescado. Allí se reunían negociantes para vender o intercambiar sus mercancías. Vivien ignoraba que la compra y subasta de los pescados se hacía a pleno pulmón, y que solía ganar las mejores ofertas siempre el más rápido.

Ninguna de las dos pudieron llegar a la posada como pretendían. Justo cuando se encontraban a mitad de camino, fueron acorralados en un estrecho callejón por un carruaje tirado por dos caballos y tres mercenarios sanguinarios. Uno de ellos apresó a Vivien y la inmovilizó, mientras el otro trataba de golpear a la doncella para dejarla inconsciente. Cuando Vivien y Clare estuvieron sujetas con las manos atadas a la espalda, el tercer sicario abrió la puerta del carruaje y ambas fueron introducidas con brusquedad hacia el interior. Cayeron en el duro suelo sin contemplaciones. Dos de los matones entraron tras ellas para continuar sujetándolas, el tercero se había subido al pescante para conducir el vehículo. La sorpresa de Vivien fue monumental al clavar sus ojos verdes en la persona que la miraba desde su posición sentada.

¡Lady Elizabeth Berkeley!

Uno de los matones la alzó con brusquedad y la sentó sobre el mullido sillón de terciopelo verde oscuro. Hizo lo propio con Clare que estaba mortalmente asustada.

Vivien no era tan tonta como la mujer creía, supo por la mirada que le dedicó a sus hombres, que no había ido a buscarlas porque estuviera preocupada por ellas. Tramaba algo, y supuso que no sería nada bueno.

—¿Por qué motivo nos ha atado? —le dijo sin mostrar miedo—. No hemos hecho nada malo.

El silencio se apoderó del interior del vehículo sin que ninguna de las cinco personas dijera nada. La noble tocó con el puño el techo, y el carruaje comenzó a deslizarse por los adoquines grises. Tras unos momentos de observación mutua, Vivien volvió a inquirir sobre los posibles motivos para un secuestro.

—¿Qué pretende? ¿Nos lleva de regreso a Whernside House? —insistió con el mismo tono de voz calmado. La mujer le hizo un gesto negativo que le abrió a Vivien una puerta de posibilidades y todas desastrosas—. Lord Bennet, y lord Walsingham sabrán que nos ha secuestrado —siguió, y al fin la

mujer rompió su silencio.

—Te he mandado seguir desde hace días. Observando cada uno de tus movimientos.

La voz aguda reverberó en el pequeño habitáculo.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Qué quiere? —quiso saber con una voz que, aunque temblaba, pudo disfrazar de furia.

—Quitarte de en medio —los ojos fríos de ella se clavaron en los de Vivien que se encogió de forma involuntaria—. Jason es mío, siempre lo ha sido.

Ella no podía creérselo. ¿La secuestraba por celos? ¡Precisamente ella le dejaba el camino libre con Jason!

—¿No ha visto que me marchaba de Whernside House? ¿Qué me alejaba de Jason por propia voluntad? —preguntó sin mostrar miedo.

De nuevo el silencio se apoderó del interior del habitáculo. Ella pensó que la mujer tenía una mirada peligrosa. Por la ventanilla del carruaje se percató que continuaban hacia el norte.

—¿Qué pretende hacer con nosotras? —se aventuró a preguntar.

Tenía que saber cuanto antes qué planes tenía. Estaban atadas, y con la compañía de hombres peligrosos, Vivien no esperaba un desenlace feliz.

La mujer se metió la mano enguantada de cuero negro en el bolsillo lateral de su capa, sacó un objeto y se lo mostró. Era un anillo de compromiso, la piedra era enorme.

—Esta joya pertenece a los Bennet, y pronto la luciré en mi mano.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Jason no se casará conmigo mientras estés tú.

Vivien apretó los labios.

—Mi señora está encinta, no puede hacerle daño.

Clare había elegido el peor momento para hablar. Los ojos de lady Berkeley brillaban con un odio extremo.

—¿Es eso cierto? —preguntó con voz estruendosa—. ¿Estás preñada de Jason? ¡Putas!

Vivien no se esperó el ataque que vino a continuación. Lady Berkeley se lanzó hacia ella y le arañó el rostro y le tiro del le cabello.

—¡Putas! ¡Eres una puta y voy a matarte!

Vivien no era estúpida como la otra se creía. Sabía defenderse muy bien pues se había criado sola en una isla llena de peligros. Le mordió la oreja y la pateó. Los dos delincuentes la sujetaron, si no hubiera tenido las manos atadas,

esa perra no mantendría la cabeza sobre los hombros.

—¡Aquí no! —las separó uno de los esbirros.

Los ojos de Clare mostraban el miedo que sentía. ¿Cómo podían escapar si estaban atadas? ¿Cómo, por San Jorge, podría enfrentarse dos mujeres indefensas a esos delincuentes?

—Voy a ganar mucho dinero contigo, ¡perra! —le escupió la mujer con verdadero odio.

Clare comenzó a llorar quizás porque sospechaba el destino al que iban.

De repente, el carruaje se detuvo con cierta brusquedad y uno de los matones abrió la puerta y la mantuvo abierta, por ella salió Clare y posteriormente Vivien que fue empujada por otro sicario, y cuando lo hizo se percató que estaban muy cerca de una playa. En la arena había una barca de remos, dos hombres de igual calaña que los que había en el carruaje, esperaban la llegada de ellos. A una cierta distancia, un velero de tres mástiles estaba fondeado en el agua.

Clare comenzó a llorar

—¡Es un barco de esclavos!

Vivien no entendía.

—¡No suba a la barca! ¡No suba a la barca porque estaremos perdidas!

Fue escucharla y tomar conciencia. Querían meterlas en la barca y llevarlas al barco donde serían entregadas como esclavas. Comenzó a patlear y a tratar de desasirse. Clare la miraba con ojos horrorizados. En el rostro mostraba de forma clara el miedo que la invadía.

—¡Soltadme! —exclamó con energía, pero tenía las manos atadas. Uno de los matones la sujetó con más fuerza—. ¡No iré a ningún lugar! —bramó mientras se debatía.

Otro de los hombres iba empujando a Clare hacia el interior de la playa, hacia la barca varada en la arena.

Vivien recibió un fuerte bofetón en la cara que propició el efecto contrario al que pretendía su captor. Se debatió con mucha más fuerzas dando patadas a izquierda y derecha.

—Si no te mantienes quieta te haré mucho daño —las palabras del esbirro no lograron detenerla, Vivien siguió pataleando y dando mordiscos a su captor.

Recibió un puñetazo en el hombro que la desestabilizó Tosió para recuperar el aliento, y cuando miró hacia donde sujetaban a Clare, se paró de golpe. El hombre la sostenía por los cabellos mientras le colocaba un puñal

bajo la barbilla. Una línea púrpura comenzó a manchar el níveo cuello femenino. Se giró hacia lady Berkeley que lo miraba todo con un brillo de triunfo en sus ojos.

—Mi doncella no tiene la culpa.

Y entonces ocurrió un silencio que se le antojó eterno. Apenas soplabla brisa y el mar se mostraba muy quieto.

—Tienes razón —admitió ella—, tu doncella no me sirve, pero si la dejas viva me delatará.

A Vivien no le dio tiempo de saber a qué se refería, y de pronto, vio la hoja de acero que le penetraba en la carne y le perforaba el costado izquierdo. El matón la había apuñalado a un gesto de lady Berkeley. La vio caer de rodillas al suelo y lanzó un grito de espanto. Comprobó que la herida sangraba profusamente.

—Ahora subirás a esa barca de forma voluntaria, o la siguiente serás tú.

Vivien era consciente que estaba en clara desventaja. Con las manos atadas apenas podía mantenerse erguida, mucho menos presentar pelea.

—Señora, no suba a la barca...

Los ojos de Vivien se clavaron en su doncella, el fluido de vida se extendía con mucha facilidad sobre su vestido. Por su culpa la habían herido, por su culpa la subieron sin contemplaciones en la pequeña embarcación. La vio caer como un saco de avena en el interior.

Vivien se sentía inmovilizada por el miedo. Estaba terriblemente asustada y sin capacidad de reacción, pero de pronto, lanzó un chillido de tal magnitud que los hombres se tuvieron que tapar los oídos sobresaltados.

El sonido de Vivien era aterrador, y siguió chillando con una fuerza inaudita.

—¡Hacedla callar! —bramó lady Berkeley que no podía quitarse las manos de la cabeza.

Ninguno de los cinco escucharon el sonido de otro carruaje que llegaba hasta el lugar donde estaba parado el negro. Un bote venía también hacia ellos desde el velero. Varios marineros habían visto desde la distancia lo que ocurría en la playa, y trataban de recuperar la mercancía por la que habían pagado.

Los caballos relincharon con fuerza y se encabitaron, y, hasta el bote varado en la arena, llegaron varios hombres uniformados que avanzaban con rapidez. Un hombre los precedía y llegó hasta ellos mucho antes de que lo hicieran los guardias.

Vivien vio frente a sí el rostro de Jason. La abrazó para consolarla pero ella estaba tan agitada que no se percató del abrazo que recibía. Los guardias comenzaron a detener a los hombres que trataban de huir. Los que venían en dirección a ellos en bote, dieron la vuelta, y se dirigieron de nuevo al barco.

Lady Berkeley fue arrestada por el jefe de policía y conducido hacia uno de los carruajes que tenía barrotes de hierro en vez de puertas.

Un policía asistía a Clare que se retorció de dolor en el interior del bote.

—Tranquila Vivien, ya ha terminado todo...

CAPÍTULO 25

La herida de Clare había resultado muy seria, pero la asistencia de Doyle había resultado un milagro. Lady Berkeley y sus matones habían sido arrestados por la policía y puestos a disposición judicial. El barco había sido requisado por la policía del puerto que previamente habían sido avisados por el mismo Jason. Los cargos contra ella eran de asesinato y secuestro. Le esperaba una larga condena.

Jason nunca en su vida había pasado tanto miedo.

Jason entró por la puerta llevando una taza de té. Vivien estaba sentada en el lecho, aunque estaba deseosa de levantarse para saciar la curiosidad que sentía. ¿Cómo había descubierto Jason dónde los llevaba lady Berkeley? Mejor, ¿lo que pretendía hacer con ellos? Tenía muchas preguntas, y estaba a punto de recibir las respuestas.

Jason se sentó a los pies del lecho y le entregó la taza humeante. Las espirales de vapor le calentaron las mejillas. Sopló y tomó un sorbo. La mirada de él era inexplicable. El rostro mostraba una serenidad que le resultó tranquilizadora. Siguió bebiendo en espera de que él comenzara la conversación, pero no lo hizo. Cuando terminó de tragar el último sorbo, dejó la taza sobre la mesilla de noche.

—Estaba muy preocupado por ti —le dijo al mismo tiempo que le palmeaba una pierna por encima de la colcha—. ¿Por qué Vivien? ¿Por qué motivo te marchastes de forma tan repentina? Me consumió la preocupación —confesó.

—Me desperté sedienta e inquieta y bajé a la cocina a buscar un poco de agua. Escuché la voz del doctor y la de lord Walsingham tras la puerta de la biblioteca, hablaban sobre nosotros, sobre mi futuro, y tomé una decisión precipitada.

—Ya había hablado con tu tío sobre ti...

Jason suspiró, y ese gesto le dio alas a ella para inquirir sobre la conversación que había escuchado a escondidas la noche anterior.

—¿De qué has hablado con lord Walsingham? —comenzó aunque calló un momento, como si escogiera las mejores palabras para formar la frase—. Tengo muchas preguntas, y obtengo pocas respuestas.

—Le pedí a tu tío permiso para casarnos.

Ella había escuchado en la biblioteca otra cosa muy distinta.

—Si quisiera casarme contigo, no me habría marchado de Whernside House.

Jason volvió a suspirar. Lord Thomas Walsingham había sido un hueso duro de roer, pero él estaba muy decidido. El doctor Doley había terminado despertándole para contarle detalles muy interesantes sobre la herencia de Vivien, y que nadie conocía. Jason le había preguntado cómo los conocía él, pero Doyle tenía buenos contactos a lo largo y ancho del reino. Ya despierto e informado sobre los planes de Walsingham, había despertado al noble de su placido sueño, y le había exigido una explicación sobre su conducta, y sus amenazas. Le había insinuado incluso con llevarlo a la corona si le impedía que cumpliera con su deber de reparar el honor de su sobrina. Después de horas de conversación, de gritos, insultos, y advertencias, había obtenido el consentimiento del noble, Jason fue corriendo a la habitación de ella para explicárselo, pero no estaba en su lecho, ni en habitación ni en toda la maldita casa.

—Vamos a tener un hijo, Vivien, deberás ceder en esto.

Ella estaba cansada. Le aterraba traer un hijo porque nadie la había preparado para ello. Clare había encontrado un hueco entre sus miedos, y la había convencido para que se marcharan juntas a un lugar donde no tendrían que temer nada. Las palabras de lord Walsingham la habían decidido.

—Lady Berkeley casi me mata, por tu culpa —lo acusó.

Jason negó con la cabeza.

—Había planeado algo mucho peor para ti que el asesinato.

Ella se mordió el labio inferior de forma pensativa.

—¿Por qué me siento tan desdichada?

—Vamos a casarnos Vivien.

—¿Cuántas más lady Berkeley tienes por ahí escondidas para atacarme?
—preguntó con ojos brillantes de enojo.

Jason podía comprenderla.

—He tenido muchas amantes en mi vida, pero tras conocerte, ninguna otra salvo tú —fue escucharlo y el corazón se le aceleró—. Me aseguraré que ninguna otra mujer vuelva a amenazar tu seguridad.

A ella le gustó esa promesa. No quería pasar miedo nunca más.

—¿Cómo convenciste a mi tío?

A Jason le pareció cuanto menos curioso que ella ya se refiriera a lord Walsingham como su tío.

—Le grité, lo amenacé, lo insulté, lo agredí verbalmente...

Vivien se tapó la boca.

—Y terminó aceptando —concluyó ella por él.

Jason hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Le dije que te raptaría y que te llevaría a una isla desierta donde te haría engendrar muchos hijos...

Ella se tapó la boca para ocultar una sonrisa.

—¡Jason! —exclamó feliz.

—Hasta anoche, no supe cuanto te amaba.

—¡Jason! —exclamó más feliz todavía.

Y era cierto. Toda la ternura, paciencia, sonrisas y felicidad que sentía con ella, era puro y sincero amor. Como Jason nunca había estado enamorado, le había costado reconocer los síntomas.

—Yo creo que siento lo mismo —se aventuró a decir.

—¿Sientes el corazón acelerado, la garganta cerrada? ¿Te sudan las manos y sientes aleteos en el vientre? —le preguntó.

—Sí...

—¿Te cuesta dormir por las noches, y sientes que ardes por dentro solo de pensar en mí y en mis besos?

—Sí...

—¿Matarías a cualquiera que estuviera dispuesto a hacerme daño?

—Sí...

—Eso es amor, lady Walsingham, eso es amor...

Vivien miraba de forma atenta a su tío. Había intentado tomarla de la mano, pero no se lo permitió. No hacía falta que emitiera sonido alguno, ambos intercambiaban un río de reproches. Desde su llegada a Inglaterra la angustia y la desesperación habían hecho presa de ella. Nunca en su vida había pasado tanto miedo, y todavía lo sentía: unos profundos calambres en el estómago, y una sensación aplastante en el pecho.

—Tenía que protegerte —le dijo con rostro sombrío.

Vivien giró el rostro para contener las lágrimas. Ella no quería marcharse de Whernside House. No quería alejarse de Jason, pero su tío le decía que era lo correcto hasta la boda.

—No puedes quedarte aquí con él —insistió.

—¿Por qué? —preguntó angustiada.

Quería muchísimo a Jason, y no podía apartarse de él. Ahora que conocía

el significado de esa palabra, no se cansaba de repetírsela.

—Eres la única familia que tengo —le dijo pero con voz débil—. Eres una Walsingham, y debes casarte en tu hogar en Kent.

Vivien recordaba perfectamente lo mal que lo pasaron Jason y ella cuando trataban de huir de la isla. Habían estado a punto de perecer, pero se habían salvado gracias al Victory y al doctor Doyle.

—Debes lealtad a la familia —le dijo el tío.

Vivien no lo miraba, le resultaba imposible. Walsingham pretendía que se fuera a vivir con él, y eso era del todo imposible. No pensaba abandonar a Jason, nunca lo haría.

—Lo amo...

Thomas Walsingham la miró con una intensidad abrasadora.

—¿Lo amas? —le preguntó sin ambages.

Vivien meditó la pregunta. Lo que sentía era demasiado intenso, tanto, que no le importaría dar su vida por la de él.

—Ya no me opongo a vuestro enlace, pero te pido que lo hagas de la forma correcta —Vivien se pasó la palma de las manos por el cabello para tratar de tranquilizarse—. Si es lo que has decidido...

Lord Walsingham ya no dijo nada más.

Tras varios días de conversaciones con Jason, lord Walsingham abandonó Whernside House. Durante horas se habían mantenido encerrados en la biblioteca diseñando un plan de futuro para Vivien.

Entre las muchas conversaciones y cesiones que habían hecho ambos, estaba la de aceptar que Vivien llevase el nombre de Bennet y no el de Walsingham, la corona había ofrecido a tan notable casa la posibilidad de que las hijas no perdieran el apellido paterno. Pero Jason fue tajante en ese asunto, su esposa pasaría a llamarse lady Bennet. La fortuna de Vivien era mayor que la suya propia, y Jason casi sufre un mareo al conocerla. Thomas Walsingham quería que su título y propiedades pasaran al primogénito de Vivien cuando cumpliera los dieciocho años, Jason no puso inconveniente.

La boda iba a celebrarse esa misma tarde. Lord Walsingham había terminado aceptando.

Whernside House era un hervidero de actividad. Había mucho que celebrar, y por doquier se oían risas y bromas. Jason pensó que nunca había sido tan feliz como en ese momento. Los casó el párroco de Kent amigo íntimo

del lord Walsingham, y tanto el mayordomo, como el ama de llaves y la totalidad de sirvientes, habían preparado la casa para tal evento. La cena que habían elaborado para celebrar el enlace era digna de un rey.

Vivien no podía ser más feliz, ni Jason tampoco. Cuando le colocó el anillo de esmeraldas que había pertenecido a su madre en el dedo, y dijo las palabras mágicas de aceptación, creía que moriría de felicidad. Se escaparon a mitad de la cena, y subieron entre risas y bromas al dormitorio. Jason le hizo el amor de forma tierna, apasionada, como si fuera la primera vez, la última. Le exprimió el amor hasta dejarla seca, y solo cuando ella le pidió que parara, la dejó dormir, pero sin permitirle que se apartara de sus brazos.

Lady Bennet era suya, suya y de nadie más.

Despertó sobresaltado, giró el rostro, pero Vivien no estaba en el lecho. Todo en la casa estaba silencioso. Se levantó y se dirigió hacia la ventana para abrirla. Cuando llegó hasta ella corrió las cortinas hacia un lado y abrió las hojas de cristal. La brisa nocturna le alborotó el cabello y Jason cerró los ojos extasiado. Miró hacia el mar y siguió la estela de luz que la luna derramaba sobre el agua como un trazo de pintura plateado. Un movimiento hacia su izquierda atrapó su atención por completo. Un ángel vestido de blanco bailaba frente al mar que se veía en completa quietud, como si le mostrara respeto por la danza que ella efectuaba.

Los labios de Jason se ampliaron en una sonrisa genuina. Le parecía gracioso la obsesión de Vivien por bailar frente al mar. Siguió con sus brazos los movimientos de ella, y decidió ir a buscarla.

Se puso el batín de terciopelo, y se lo puso, lo anudó sobre su cintura, y buscó la capa de ella. No hacía frío, pero no quería que ella se resfriara, sobre todo ahora que iba a ser madre.

Todos en la casa dormían, pero él no hizo ruido. Salió al exterior y comenzó a silbar a medida que bajaba la pendiente hasta la playa, pero ella no estaba en la arena sino en las rocas, concretamente en la plana. En ese momento estaba inclinada hacia el agua, como si fuera a darle un beso.

Cuando llegó donde estaba ella, la observó perplejo.

—¿Qué haces?

Vivien lo miró sonriéndole, y el corazón de Jason comenzó a cabalgar sin freno ni control dentro de su pecho.

—Llamo a Tizón.

Ahora la miró sin comprenderla.

—Tizón está muy lejos, Vivien, es imposible que te oiga.

Ella volvió a mirar en el agua al mismo tiempo que metía la mano y tocaba algo.

—¡Ten cuidado! —exclamó de pronto preocupado—. En el mar hay muchos peligros.

Vivien soltó un suspiro.

—Tengo el presentimiento de que me encontrará —había verdadera esperanza en su voz.

Jason la obligó a levantarse de la roca y le puso la capa sobre los hombros.

—No vengas sola y de madrugada —le pidió—. Si lo deseas, yo mismo te acompañaré aquí cada vez que quieras.

—¿Me ayudarás a llamar a Tizón?

Él le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Para que me cale con uno de tus silbidos? No gracias.

—Yo le enseñaré a no mojararte.

—Es un pez, Vivien, no tiene recuerdos, ni emociones —trataba de ser firme pero tierno a la vez.

Ella no podía esperar que un pez al que había criado viajara miles de millas para encontrarla.

—Regresa a la casa conmigo —la tomó de los brazos y no le dio opción a negarse.

Ella se dejó guiar, pero antes de entrar de nuevo en Whernside House, miró hacia las rocas.

—Sé que me encontrará...

CAPÍTULO 26

Whernside House resplandecía gracias a lady Bennet. Su propia vida era maravillosa gracias a ella. Era la mujer de su vida. Se moriría si alguna vez le faltaba. Pensó en ella, en los hermosos hijos que le había dado, y el corazón le estalló de dicha dentro del pecho.

Amaba con toda su alma a Michael, su primogénito, y adoraba la pequeña Rose que era la luz de sus ojos. En ese momento Vivien estaba embarazada de su tercer hijo, y él se sentía pleno y satisfecho.

—Lord Thomas Walsingham, milord.

Anunció el ayudante de mayordomo. Vivien había contratado más ayuda para la casa puesto que el ama de llaves y el mayordomo se estaban haciendo mayores, y ella deseaba aliviarles en sus cargas diarias.

Jason entrecerró los ojos. El tío de Vivien no visitaba a menudo Whernside House.

—Hágalo pasar —aceptó.

Jason se preparó para escuchar un montón de quejas de su tío político.

—Lord Bennet —lo saludo.

—Walsingham —correspondió él.

—¿Y mi sobrina? —preguntó el noble.

—Dando su paseo vespertino por la playa.

Si la explicación extrañó al hombre, no lo demostró.

—Tengo que transmitirle una queja de lady Constance.

Jason se lo temía. En la última visita a Kent, en la recepción oficial que dio su tío para ella, Vivien había desatado el escándalo. Se había descalzado en un momento de la noche, y, como siempre, había prescindido del corsé, de los guantes y del abanico. Solía decir que era artilugios inservibles, y no podía quitarle la razón. Los zapatos eran harina de otro costal, solía llevarlos un tiempo, pero no aguantaba muchas horas con ellos puestos. Para su visita a Kent, había estrenado unos muy bonitos a juego con su vestido de satén azul, pero en palabras de ella, el sufrimiento que le causaban era inhumano, y terminó por quitárselos en medio de la recepción. Fue caminando descalza y sonriendo a todos y cada uno de los invitados sin percatarse de las miradas horrorizadas que le dedicaban las invitadas.

—He hablado con ella en innumerables ocasiones por los zapatos —se excusó Jason.

Lord Walsingham entrecerró los ojos.

—Hay programada una visita muy importante a Londres donde será recibirá por la corona —soltó el tío—. No podrá descalzarse en presencia del rey.

Mucho se temía Jason que eso no le importaba a su esposa. No soportaba llevar los pies calzados, y poco podía hacer él al respecto.

—Hablaré con Vivien —trató de conformarlo.

—¡Y por amor de Dios! —exclamó el tío—. Debe vestir acorde a su rango.

Jason trató de ocultar una sonrisa. A él le gustaba mucho que su mujer fuera por la casa vestida solo con una enagua como en la isla, de tela mucho más gruesa, eso sí.

—Para la visita con el rey, Vivien se comportará.

El tío lo dudaba mucho.

—¿Está de nuevo encinta?

Jason hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Confío que si es un varón se llame como yo.

Ya habían hablado sobre ese tema en particular. Él no tenía inconveniente que su nuevo vástago se llamase Jason Thomas Walsingham-Bennet.

Iba a contestarle cuando una preciosa niña de cuatro años cruzó la biblioteca corriendo y riendo. Llevaba el largo cabello suelto, y una enagua blanco como único vestido, por supuesto, no llevaba zapatos en los pies. Los ojos de Walsingham se entrecerraron.

—Iré a buscar a vuestra sobrina, cuidado mientras tanto a lady Rose-Anne.

No le dio opción a negarse. Jason salió de Whernside House como alma que lleva el diablo. Si él no podía lograr que su mujer se calzara los zapatos, ¿creía lord Walsingham que podría hacerlo con sus hijos?

Iba silbando una melodía mientras bajaba hasta la playa, desde allí se subía al acantilado, sobre todo a la piedra que tanto le gustaba a Vivien. La encontró sentada y con una mano mentida en el agua, su primogénito Michael de seis años, estaba bajo una sombrilla, un lacayo lo vigilaba atentamente.

—Tu tío espera en la casa.

Vivien giró el rostro hacia su marido y los ojos se le iluminaron.

—Si el temible lord Walsingham decide visitarnos en nuestra humilde morada de Whernside House de improviso, algo preocupante ocurre.

—Nada importante —respondió el marido—, algo relacionado con tus zapatos, y con nuestra próxima visita a Londres.

Vivien no sacaba la mano del agua. La movía como si acariciara algo con ella. Jason miró al lacayo y le indicó que llevara el niño a la casa. Cuando los dos se marcharon, miró de nuevo a su mujer.

—Estoy celoso, pasas demasiado tiempo en este lugar.

Ella sonrió al responderle.

—Adoro el mar —le dijo—. Aquí me siento casi como en la isla.

Jason sabía que ella pensaba a menudo en el tiempo que había transcurrido allí. Por un momento vio la melancolía en sus ojos, y se puso serio.

—Tizón no vendrá —le dijo de forma ecuánime para no molestarla.

Ella soltó un suspiro largo.

—Lo sé —respondió sin dejar de mirarlo.

Pasaba el tiempo, y ella amaba todavía más a ese hombre que era su esposo.

—Es un verdadero alivio saber que ya no me mojará más a una orden tuya.

—No necesito a Tizón para eso —respondió ella como si guardara un secreto.

Jason cometió la imprudencia de acercarse demasiado a ella, extendió su mano para ayudarla a levantarse, ella la aceptó, y entonces hizo ese sonido tan particular, y que tanto recordaba él. Una sombra gris que merodeaba cerca de ella, salió del agua, hizo pirueta y cayó al agua con estrépito. Jason quedó empapado de los pies a la cabeza, Vivien también.

—Detesto cuando haces eso... —la atrajo hacia sí y se apoderó de su boca con ansia, con desesperación. La besó largo y tendido.

El pequeño delfín que aprendía a saltar se marchó nadando rápido mar adentro. Volvería a las rocas otro día para seguir conociendo a esa humana que parecía comunicarse con él.

©2019 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Morgan, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.